

 Seix Barral



Rafael Pérez Gay

Perseguir la noche



Rafael Pérez Gay
Perseguir la noche

ÍNDICE

Primera parte

Segunda parte

Un mapa repentino

Acerca del autor

Créditos

El tiempo presente y el tiempo pasado
acaso estén presentes en el tiempo futuro.
Tal vez a ese futuro lo contenga el pasado.

Si todo tiempo es un presente eterno
todo el tiempo es irredimible.
Lo que pudo haber sido una abstracción
y sigue siendo perpetua posibilidad
sólo en un mundo de especulaciones.
Lo que pudo haber sido y lo que ha sido
tienden a un solo fin, presente siempre.

T. S. ELIOT

«Burnt Norton», *Cuatro Cuartetos*,
versión de José Emilio Pacheco

La diferencia entre el pasado, el presente
y el futuro es sólo una ilusión persistente.

ALBERT EINSTEIN

PRIMERA PARTE

I

La vida está hecha de diversos caminos. Cada cosa puede ocurrir de una forma y también de otra. Todos hemos pasado alguna vez por un acantilado desde donde vemos la ciudad de nuestra existencia. A lo lejos se ve el trazo de la avenida central de la familia, las calles de los amores imposibles, los callejones de los sueños rotos, los monumentos de nuestros muertos, el gran teatro de la historia, la catedral de la memoria, la plaza de la enfermedad. De ese acantilado y esa ciudad trata este informe.

He pasado una buena parte de la vida esperando mensajes. Me refiero a comunicaciones serias, a esas que vienen del más allá. Hay cosas que dependen más que otras de la paciencia y esta es una de ellas. Siempre esperé envíos del otro mundo, como si hubiera una sección de paquetería detrás de la neblina que separa a la vida de la muerte. Por eso he dedicado años de mi vida a la historia cultural, porque la considero un enorme libro de mensajes que vienen de lejos a través de ecos de otros tiempos. Por esta compleja razón que cualquier psicoanalista quisiera interpretar, hace años llegué a la esquina que forman las calles de Madero e Isabel la Católica una noche fría de vientos cruzados en el Centro de la Ciudad de México.

En ese lugar estaba el Gran Café La Concordia. Era el punto de reunión de la generación de liberales que tantos elogios patrios ha recibido no sé si con plenos merecimientos. No vamos a discutir en este momento de literatura y servicios a la nación, faltaba más. Corría el año de 1868, Ignacio Ramírez y Manuel Payno tomaban café en una de las mesas de esa esquina e intrigaban contra sus enemigos políticos y sus rivales literarios. En la oscuridad, las sombras atravesaban las calles enfangadas. La ciudad era un fracaso.

Veinte años después de que Payno y Ramírez intercambiaran juramentos de venganza contra sus adversarios —les sobraban agravios—, en ese mismo lugar, Manuel Gutiérrez Nájera tomaba café con coñac y escribía uno de los miles de artículos que redactó en mesas de café, vestíbulos de teatro y gabinetes umbrosos. Con frecuencia lo acompañaban Amado Nervo, Luis G. Urbina, Jesús Valenzuela. Hablaban de la melancolía, la enfermedad de fin de siglo. Uno no sabe nunca nada. Esos escritores ignoraban que eran la marca final de una época y los últimos que tomarían café y hablarían del porvenir de la ciudad en ese lugar. El edificio de La Concordia fue derruido en 1906, un vaticinio de los duros tiempos de tempestad que se avecinaban. Más libre y egoísta, no hay libertad sin egoísmo, el Duque abandonó a sus amigos en el año de 1895. Murió a los treinta y cinco.

Años atrás, a unos pasos de La Concordia, había cerrado el Café El Cazador, en la esquina de Plateros y el Zócalo.

En sus interiores, Juan de Dios Peza declamó una y otra vez alguno de sus insufribles versos,

cursis como el almíbar. Si usted camina por esa banquetta encontrará en su lugar la joyería El Portal, uno de los locales de las accesorias del hotel Majestic. El Cazador cerró sus puertas en 1900, el nuevo siglo lo borró del mapa urbano.

Me he desviado, pero era necesario para volver a la noche en que fui a la esquina de Madero e Isabel la Católica. Yo preparaba una antología del Duque Job, principal seudónimo de Manuel Gutiérrez Nájera. Idas y venidas a la hemeroteca, cuadernos llenos de notas transcritas de viejos periódicos —no había computadoras portátiles—, mapas de la ciudad, sitios clave en que se situaban los templos, los cafés, los diarios de fines del siglo XIX. Me concentré en la vida breve de un hombre tocado por el magisterio de la prensa de finales de siglo. Mis páginas no eran la antología de un autor, tocaban la orilla de la obsesión que mis amigos empezaron a lamentar. Duro y dale con el Duque Job, día y noche. Los amigos somos así, sólo entendemos nuestras obsesiones, las ideas de los otros nos parecen triviales.

Una noche conocí a Villasana. Me lo presentó Guillermo Fadanelli una noche de juerga que empezó en una cantina de avenida Revolución, El Puerto de Veracruz, y terminó veinte horas después en una bar *after hours* de la Roma que ostentaba este nombre: El Último Rincón de los Bohemios. El Puerto de Veracruz ocupa una esquina en avenida Revolución y traza una línea fronteriza de la colonia Escandón, donde empezó esa parranda. Puestos frente a frente por un azar, le dije a Villasana que estábamos bebiendo en lo que fue el granero de la hacienda de la Condesa a finales del siglo XIX. Entonces me dijo, en corto y sin venir a cuento, que él era capaz de comunicarse con seres que habían abandonado el mundo de los vivos. Así nomás, como si pudiera abrir el directorio, marcar un número y decir: ¿Cómo se vive allá en el otro barrio, señor Pérez? Se le extraña por estos rumbos.

Villasana tenía ancestros cubanos, santeros, decía él, y alardeaba con imágenes efectivísimas para transgredir la aduana que todos pasaremos al final. Sus experiencias espíritas eran interesantes y sonaban más falsas que las frases de un cura en el púlpito, aun así le di carrete:

—¿Si quiero entrar en contacto con alguien del siglo XIX? —yo estaba más borracho que una cuba.

—Me das algo que le haya pertenecido, o me llevas a un lugar que él haya frecuentado probadamente y te contacto después de unos días y ciertos trabajos.

—¿Cuánto me vas a cobrar?

—Si yo cobrara por mis dones sería rico.

—A mí me pasa igual, pero tengo pocos dones —lo provoqué.

Hablaba como un gestor, un coyote del Monte de Piedad, ¿quién no se ha dejado envolver una vez por uno de ellos en busca de una verdad? Recordé a un amigo que siempre dice: ah, la maldita verdad. Así llegamos a la esquina de Madero e Isabel la Católica esa noche de vientos cruzados. Yo no tenía idea de lo que haría Villasana y me sentí irritado conmigo mismo. Me pasa seguido, la cólera me persigue como mi sombra. Una hora después de mirar un edificio como dos idiotas, Villasana me dijo:

—No puedo. Nunca me dijiste que el edificio desapareció y que este nada tiene que ver con el original.

Miré a nuestro alrededor, la ciudad del futuro del Duque también era un fracaso. Figuras recortadas contra la noche atravesaban oscuras en el Centro Histórico, un vendedor de mercancía robada, un *dealer* colocando gramos de cocaína de pésima calidad, un vago perdido, una puta jodida, un niño de la calle planeando un robo de poca monta.

—El Duque escribía y bebía en esta esquina —le dije buscando una salida de emergencia—, en un café muy famoso y luego, para curarse de culpas indomables, cruzaba a la Profesa y rezaba —le señalé el templo.

Los que investigan asuntos históricos de la ciudad convierten su interés en codicia y su codicia en maldad. Yo había estudiado la historia del Templo de la Profesa. En 1629, la gran inundación de la Ciudad de México convirtió a la iglesia en un pedazo inmundo de piedra y lodo. Luego vino la impresionante reconstrucción del arquitecto Pedro de Arrieta en 1720. Las obras de arte pictórico que acumuló fueron únicas en la ciudad. También sabía que ningún conjuro o efluvio de santería impondría su fuerza a las puertas de la Profesa. Esperamos un buen tiempo. Nada. Ni un espíritu, ni un carajo del Duque. Le di un trago al ánfora que cargaba en el bolsillo interior del saco. Villasana se derrotó y yo con él, aunque nunca se lo dije. Me dijo muy serio, desvinculado:

—Sólo he visto fuego, hermano. Sólo llamas. Dios se interpone.

Villasana pensaba que podía comunicarse con los muertos como si pudiera mandarles mensajes de texto. Yo sabía, lo sé aún, que por las calles más antiguas de una ciudad caminan los muertos que hemos olvidado. De esto y no otra cosa tratan las historias de las ciudades: de la derrota de la memoria. Abandonamos a la Profesa y a la noche. No recuerdo qué fue de mí en aquel tiempo. Recuerdo que en esa época todo me desagradaba, no creía en nada ni en nadie. Sé muy bien, lo supe siempre, que la iglesia de la Profesa sufrió un terrible incendio en el año de 1914 que destruyó la cúpula y las pinturas preciosas del siglo XVII. No hay que ser adivino, esto lo sabe cualquiera: las llamas, ese es el patrimonio de la Profesa. Por cierto, sigo a la espera de un mensaje verdadero.

Nunca le revelé a Villasana la verdad de aquella visión nocturna. Sé de personas que han logrado comunicación con seres de otros tiempos, no sólo a través de sesiones espíritas, vía más o menos común con almas perdidas, sino de los mensajes que nos envían desde el más allá, en el caso de que sean ellos y no nosotros los que habiten otro mundo.

No todos saben que en la esquina de Tacuba y Eje Central, en el Centro, está el lugar donde vivió Ignacio Manuel Altamirano, el gran escritor del siglo que le puso casa a la cultura mexicana en la revista *Renacimiento*. Villasana aseguraba que había visto a don Nacho entrar y salir del edificio, perderse en las sombras. Altamirano revive en esas calles algunos de sus muchos fracasos amorosos con grandes actrices que lo despreciaron. El cronista vuelve a pagar la cuenta de su amor propio destrozado por la vanidad de actrices como Adelaida Ristori.

El dinero siempre es atractivo, incluso para quienes afirman que les importa un cacahuete. Y don Nacho andaba en las últimas, sin un quinto partido por la mitad, vivía de prestado. Tampoco era guapo, es decir, no tenía nada que ofrecer para besar el largo cuello de la Ristori. Porfirio Díaz le había retrasado el pago de sus haberes de guerra, inmerecidamente para alguien que participó en el sitio de Querétaro, cuando las fuerzas juaristas derrotaron a Maximiliano de Habsburgo. La señal que Altamirano envía al futuro es simple y dolorosa. Prostitutas que entran y salen de un edificio. Aún después de muertos nuestro amor propio buscará una compensación.

Quien siga las huellas del mapa del Centro de la Ciudad de México se encontrará, tarde o temprano, con fantasmas. Lo inquietante, les decía, será que esos fantasmas se preguntarán quiénes somos, de qué mundo extraño venimos, por qué vagamos en su ciudad sin un rumbo

fijo. Tengo más calles y espectros, los pondré aquí de vez en cuando, como corresponde a un coleccionista de sombras.

No es fácil imaginar que donde se encuentra el Sanborns de Tacuba y Eje Central, frente al Palacio Postal, estuvo la casa de Ignacio Manuel Altamirano. La habitó durante años. Antes de que el Maestro cumpliera con su misión de cónsul en Barcelona se mudó a Puente de Alvarado. La casa fue entonces una tienda, La Mariscal, y después una cantina, El Salón Correo. Los estudiantes se reunían ahí donde Altamirano caminó, se llamaba Café México. En ese lugar ocurrió esto que cuento enseguida:

La noche del 4 de febrero de 1875 la casa de Margarita Pérez Gavilán, esposa de Altamirano, sucumbe a la magia que prepara un secreto. Movimientos rápidos frente al armario, cuidadosas decisiones para una indumentaria especial, aguas de lavanda. Altamirano salió de su casa embozado en una capa de vueltas afelpadas, la cabeza cubierta con un fieltro oscuro, como si fuera a la guerra. Y en efecto, iba a otra guerra que perdió siempre. Un coche de alquiler lo llevó a su destino de fiestas y promesas amorosas —por ese entonces todo su salario como fiscal de la Suprema Corte de Justicia se lo quedaban los cocheros. «Es la única frivolidad que me he permitido en la vida», confesaba Altamirano a sus amigos. No era la única.

Era una noche excepcional para la vida mexicana. El Liceo Hidalgo y la Sociedad Filarmónica Mexicana ofrecían a su ilustre socia de mérito, la señora Adelaida Ristori, una velada en su honor en el teatro del Conservatorio de Música y Declamación. La alocución sería leída, según decían las letras góticas de una invitación mal impresa, por Ignacio Manuel Altamirano. El discurso de amor traía, entre otras maravillas de la retórica y malabares de la entonación, la flor del elogio. Un silencio respetuoso llenó el salón del Conservatorio. Se oyó la voz: «Nosotros no hacemos esta noche más que consagrar con la apoteosis, la aclamación unánime del pueblo mexicano. Acéptala, señora, porque la has merecido por tu talento y por tus virtudes».

El agobio de la despedida cubrió lentamente a Altamirano, que recibía felicitaciones y despachaba asuntos de cultura sin poner atención. Ella se iba, pero él estaba dispuesto a seguirla a donde fuera necesario. Adelaida se resistió, invulnerable, incluso llegó a decirle que su discurso había sido un elogio desmedido que invitaba a la murmuración. Altamirano le dijo:

—Adelaida, quien rechaza un elogio, es porque quiere que lo elogien dos veces —le dijo con un toque de rencor.

—Naciste para los papeles trágicos mucho más que yo, que soy la actriz. No insistas, Nacho —repetía de memoria algún parlamento, única flecha que tuvo a la mano para reponer su vanidad dramática.

Al amanecer, Altamirano volvió a su casa más abatido que nunca. Regresó sintiéndose feo y pobre, pensando que no había mujer sobre la Tierra que lo volteara a ver. Se desvistió en silencio con el corazón despedazado mientras Margarita dormía en otro extremo de la cama. La casa le pareció una prisión miserable. Era peor que un rechazo, se habían amado alguna vez como si su amor empezara una larga temporada de felicidad. Pero la Ristori se iba, y él tuvo la fuerza absurda e inútil de ir a despedirla y rogarle por última vez diciéndole que iría a buscarla a Europa, a su tierra, un pueblo cercano a Venecia.

El día siguiente de la partida de la Ristori fue un día fúnebre para Ignacio Manuel Altamirano. Todo le pareció envuelto en una atmósfera negra que flotaba confusamente sobre el exterior de las cosas, y la tristeza se le metió en el alma como un alarido. Días después vino la gastralgia, y luego el miedo a la muerte, y luego las dudas sobre su trabajo y, finalmente, castigo

con insultos y sin ninguna piedad su triste figura.

En 1889 la actividad pública le puso enfrente un anzuelo que él identificó con la tranquilidad del extranjero. Entonces, fue nombrado cónsul general en España. Meses después del nombramiento, permutó con Payno el puesto y se fue a París. A los cincuenta y cinco años, en el corazón de Europa, lo asaltó una enfermedad grave; le recomendaron San Remo, la superstición de los tuberculosos que se aferran a las brisas mediterráneas, última esperanza de vida y curación.

En febrero de 1893 Altamirano caminaba rumbo a un palacio de construcción a la italiana, con dos alas salientes y tres escalinatas. El castillo se levanta entre manchas de árboles enormes y verdes desiguales sobre la línea curva del camino enarenado. Adelaida Ristori, por supuesto, no apareció esa mañana europea de frío y neblina. De hecho, no volvió a aparecer nunca. Altamirano murió el 13 de aquel mes en San Remo.

Pienso que algo de toda esta historia debe quedar en la esquina de Tacuba y Eje Central, algo que resonará entre las piedras, un eco de aquel fracaso.

Mientras escribía estos episodios de una novela inacabada, me sentí perdido en mis mentiras, mis laberintos y mis sueños. Tiempo después supe que esas tres provincias eran una y la misma cosa. Me acercaba a los cincuenta años y me sentía cada vez más lejos del escritor que quise ser en mis años de juventud.

La fiesta de mis cincuenta años había ocurrido como las imágenes de un álbum fotográfico que enseña el paso del tiempo. Un grupo de amigos que alcanzó la primera juventud en los años setenta se tomaba fotos con mis hermanos, mis sobrinos, mis hijos. Los posesivos no son casuales en esta historia. Una rareza: en algún lugar de la tarde, Delia lloró desconsolada. Recuerdo que le dije:

—Los vinos se te subieron a la cabeza.

—No sé qué me pasa —me contestó sin revelar el enigma antes de arreglarse en el baño los ojos con un rímel a prueba de la sal de las lágrimas.

La tarde de mayo cumplió su promesa de aguas de verano y dejó caer un chubasco antes del atardecer. Nos instalamos en la noche y la música de otros tiempos. Encendí uno de los puros que me llevaron de regalo ese día, me serví un whisky y pensé con deliberada e inútil melancolía: subí el escalón, estoy en los cincuenta, aquí empieza algo distinto.

Durante la noche de vapores que dejó el chubasco habíamos luchado a brazo partido contra el calor. Dormimos casi a la intemperie. Ventanas abiertas al mundo, un enfriador, sábana delgadísima, paños menores. Gran figura la del paño menor, los mayores me imagino que son gruesos abrigos. En la mañana, la rutina esparció su polvo de óxido. Amanecí molido, como si hubiera trabajado en una mina. Regresé a la luz del día con la palabra *novela* en la punta de la lengua. Nadé un kilómetro y medio, regresé a casa a leer los diarios, y antes de salir a la oficina hice lo que pude con un capítulo de la novela que traía entre manos, una estampa de Altamirano, amante desdichado que se gastaba el poco dinero que recibía en putas de callejón, una historia de personajes de fines del siglo XIX. Esta era una de las tramas de la novela que me debía desde hacía muchos años, antes de que tocara la orilla de los cincuenta, incapaz de sacarla adelante hasta que se desvaneció como los sueños cuando volvemos a la vigilia.

El desánimo dirigió las pequeñas causas de mi vida. En una junta de negocios. Así les llamo

yo a las reuniones de trabajo: juntas de negocios. Mientras alguien hablaba muy en serio de cosas que no eran serias, yo pensaba en dos o tres lugares de la ciudad. Saqué un pañuelo azul del bolsillo posterior de mi pantalón y me limpié el sudor de la frente. La historia de mis pañuelos no la voy a contar aquí, pero merece unas líneas aparte. Sólo voy a adelantar que mi padre lo llevaba en la bolsa del saco; yo en la bolsa del pantalón. Un día me di cuenta de que perdía mis pañuelos. Di dos cabezazos de sueño en la junta de negocios. Nadie lo notó. Salí como alma que lleva el diablo. Pensaba en un episodio que mencionara las noches en que don Ignacio se perdía en la oscuridad de la calle de las Gallas, hoy Mesones, el lugar de las putas donde el prócer desataba la fiera de sus amores frustrados.

La noche plantó en casa sus sombras: en un cuarto sonaban los ruidos del fin del mundo de un videojuego de mi hijo; mi hija, estudiante de medicina, había terminado de memorizar los músculos faciales para un examen de anatomía; Delia leía un capítulo del escritor italiano Tabucchi para su sección «Gajes del oficio», un conjunto de subrayados acerca de la pasión de escribir. Su libro de frases y aforismos había aparecido un mes y medio antes y lo habíamos presentado a los amigos en El Hijo del Cuervo, el viejo bar de Coyoacán. Yo estaba leyendo un libro sobre las epidemias del siglo XVII en México. A las doce de la noche me venció el sueño con el libro entre las manos. Antes de meterme a la cama fui a orinar.

Oriné sangre. Un chorro rojo que tiñó la taza y me llenó de estupor. No me dolía nada, no me sentía mal, no había tenido ningún síntoma. Interrumpí como pude la micción y desperté a Delia. La traje al baño y le dije:

—Mira esto —y arrojé la última parte de un torrente rojo oscuro.

—Háblale a Kraus en este momento —me dijo.

Tomé el teléfono y desperté a Arnoldo Kraus, médico y amigo de la familia. Oyó con paciencia mi reporte sangriento y me dijo:

—Tómate un Tafil. Mañana quiero un examen completo, un Perfil 27, y ultrasonido de vías renales, región inguinal y testicular.

Ayudado por la benzodiacepina del Tafil dormí profundo. No sé qué soñé.

A la mañana siguiente oriné un líquido rojo en un bote esterilizado para las muestras del laboratorio. A las nueve de la mañana salimos rumbo al hospital Inglés:

—¿Una infección en los riñones? —le pregunté a Delia.

—Me imagino que sí. ¿Te duele la espalda?

—Nada.

Le contesté la verdad. No me dolía nada. Me hicieron los estudios de laboratorio, pero no el ultrasonido:

—La agenda está llena —me dijo la encargada y me dio una cita para el día siguiente.

Regresamos a la casa al mediodía. Tomamos un té y pusimos panes en un cesto tejido de mimbre. Quise orinar. El chorro rojo ahora era fresco, casi fosforescente, un color imposible. Al terminar arrojé dos coágulos que se estrellaron en las paredes del retrete y se perdieron en un estanque rojo. Tuve miedo y me sentí abatido al mismo tiempo.

—Háblale a Kraus. Si no lo encuentras creo que habría que internarte en el hospital —me dijo Delia, que perdió la serenidad y le impuso al miedo la decisión de actuar de inmediato.

Conseguí a Kraus en su celular y le conté. Me dijo:

—La sangre sin dolor no me gusta. Hay que ver a un urólogo cuanto antes. ¿Ya te hicieron el ultrasonido?

—Mañana a las ocho —le respondí, y de inmediato le pregunté—: ¿qué puede ser esto?

—Muchas cosas, no adelantemos en vísperas. Te veo mañana en el consultorio. De ahí te vas a ver al urólogo.

Las voces en el teléfono dicen mucho más de lo que dicen, la de Kraus sonaba como una alarma de incendio. El miedo me tumbó en un sillón, mi mente se desorganizó como bajo los efectos de un cataclismo psíquico. El fuego de la espera.

Quise desactivar el miedo perdiéndome en el pasado al que me llevaban las tramas de mi novela postergada. Cerré la puerta de casa y arranqué a caminar hacia el Centro. Una hora después llegué a la avenida Reforma, cerca de Juárez.

Buscaba la sede de las oficinas del periódico *El Siglo Diez y Nueve*. En ese lugar, Francisco Zarco fundó el periodismo de combate. Mi padre hacía muchas cosas sin saber y muchas veces cambiaba la vida de las personas. Un día me regaló una poderosa arma para el conocimiento de la ciudad: el directorio telefónico del año de 1891. Caminé por Eje Central Lázaro Cárdenas y llegué a la esquina de Artículo 123. Observaba el desastre de vendedores en un lugar que antes se llamó, según las páginas amarillas del directorio, Rebeldes y Victoria. En esa cuadra estuvo también *El Siglo*

Diez y Nueve, una de las grandes instituciones liberales del periodismo decimonónico. De ser así, podría toparme en cualquier momento con su director, Zarco, o con Ignacio Cumplido, quien lo fundó en el año de 1841.

La noticia de la muerte de Zarco fue una de las primeras desgracias de la República Restaurada. En sus funerales, el 23 de diciembre de 1869, Ignacio Manuel Altamirano pagó el tributo de una deuda intelectual y periodística y pronunció un discurso:

Quienes recuerden lo que era México cuando Zarco, inspirado como por una sibila interior que le hacía ver el porvenir, tomó la pluma y la lanzó a los combates del pensamiento, podrán medir lo gigantesco de su trabajo.

Los políticos, los masones, los periodistas, los amigos de Zarco que vieron descender el ataúd a la fosa en el panteón de San Fernando sólo vieron un cajón vacío. El cadáver del periodista más apasionado y recto de México había sido embalsamado en la casa del diputado Felipe Sánchez Solís, amigo del alma de Zarco. En el altar de la amistad, Solís decidió sentarlo a la mesa, como si estuviera escribiendo, en una de las estancias de su casa. El diputado llegaba a casa y despachaba su correspondencia frente al embalsamado. Seis meses después, Solís aceptó darle a su amigo cristiana sepultura. Esta historia es rigurosamente cierta y formaba un breve capítulo de mi novela sobre la amistad y la admiración. ¿Qué buscamos en el pasado? Una sombra de lo que pudimos ser, un fantasma de nosotros mismos.

Desde la primera vez que escuché la historia de la momia, imaginé a Zarco escribiendo un diario íntimo que no logró atravesar la frontera de los muertos cuando quieren volver al mundo de los vivos. Zarco regresó de Estados Unidos en 1867 con treinta y ocho años y una enfermedad que lo consumiría en poco tiempo. Al periodista, al historiador del Congreso Constituyente de 1856 lo sorprendía, a su vuelta del exilio, no tanto la certidumbre del triunfo

como el leve pero firme desasosiego de una vida que tocaba a su fin.

Un coche arreglado para un solo caballo lo condujo por las calles estrechas de la Ciudad de México, una polvareda en verano, un fango de mosquitos crecidos en los charcos de las lluvias. Entonces Zarco pensó algo sobre el imposible progreso de la nación y estuvo seguro, como muchas veces en el secreto de la intimidad, de que el país estaba más lejos que nunca de ese paraíso moderno del que regresaba: Estados Unidos. La victoria avanzó por el Paseo de la Emperatriz, propicio para los encuentros amorosos, cuando se le atravesó la segunda nube negra. Hay días que son meses, meses que son años, y aquel último mes, el de la victoria liberal —el de los ejércitos de Díaz en la ciudad, el de Juárez triunfante—, estuvo tan lleno de vida pública que todo lo demás, vivir o morir, el miedo o la tristeza, no encontraba espacio ni sitio en su vida: la patria lo arrasaba todo.

Zarco mira pasar la ciudad liberal y recuerda una línea de un viejo discurso pronunciado en el Liceo Hidalgo, en 1851: «Qué cantos ha de entonar el que canta en las ruinas». Y al fin encuentra esa imagen para el regreso, para sus amigos Ramírez, Prieto, Payno, Zamacona. No otra cosa resumía la Ciudad de México en el año de 1867, su presencia débil y triste, ese acto primigenio: cantar en las ruinas.

En unos meses convirtió la redacción de *El Siglo Diez y Nueve* en un nido que ardía en discusiones vehementes sobre la situación del país y las incertidumbres del futuro; acudían hombres de acción a ofrecer dinero para el periódico y los jóvenes escritores ofrecían sus servicios.

En el tramo final de su vida, Zarco trabó amistad con un joven liberal llamado Ignacio Manuel Altamirano. Lo vio llegar muchas veces a la redacción con los manuscritos de sus *Revistas Teatrales*, hablaba del renacimiento de las letras nacionales y de los jóvenes literatos en quienes tenía puesta toda su confianza. Conversó sin pausa con él hasta la mañana de diciembre en que murió sin saber bien a bien quién sería Altamirano. En su diario íntimo, Zarco debió escribir sus recuerdos cuando recorría el Paseo de la Emperatriz, una calle que se llamaría Reforma hasta el final de los tiempos.

De regreso de ese viaje al pasado, recordé que todos llevamos con nosotros una calle, el recuerdo de una calle, en ella se cifra el misterio de nuestra memoria y la luz del porvenir. Cuando llegué a casa, una punzada en el vientre, como un toque eléctrico, me dobló como una vara vencida por los ventarrones.

En coche rumbo a Observatorio, camino al hospital Inglés. La avenida Constituyentes, un asco de tránsito. Me acompañó mi hija. Para la antesala, ella llevaba un libro de Murakami, me parece que *Tokio Blues*; yo traía una antología a cargo de Borges, *El libro de los sueños*. Cuarenta minutos de espera. Odio las antesalas.

Pasé a un cubículo en donde me desvestí y me puse una de esas batas nefastas abiertas por detrás diseñadas para enseñar las nalgas y padecer humillaciones. Me tendí de lado en una cama y empezó el ultrasonido. Creo que primero vio en la pantalla la vejiga y los riñones, luego los testículos y la región inguinal. El médico me pidió que tomara una botella de agua. Luego me dijo que orinara:

—Aprovechemos el tiempo y hagamos también una sonografía de próstata, hígado, de toda la región.

Mientras el aparato se deslizaba sobre la piel lubricada con gel, me preguntó:

—¿Por qué le pidieron estos estudios?

—Porque oriné sangre —aproveché el envión y le pregunté—: ¿ha visto algo?

—Es necesario interpretar el estudio.

Una hora después salí del cubículo de imagenología. Mi hija había abandonado la lectura y perdido la paciencia desde hacía rato. Recogimos el Perfil 27 y bajamos la cuesta de Constituyentes. Fernanda terminaba en esos días el primer año de la carrera de medicina. Lo primero que vio fue la placa de tórax. La interpretación terminaba con la palabra *normal*.

El resto de los estudios presentaba valores correctos en la sangre, la fosfatasa, la bilirrubina y, sobre todo, en algo que me preocupaba, el antígeno prostático. El examen general de orina llamaba la atención con números y párrafos técnicos sobre la muestra con líquido rojo que había entregado el día anterior. Las buenas noticias me tranquilizaron.

Por alguna razón se me quedó adherida a la memoria la trama bíblica de un relato de la antología de los sueños preparada por Borges que repasé en la sala de imagenología y en el piso de asuntos cardiovasculares en donde me hicieron el electrocardiograma:

En el año doce de su reinado, Nabucodonosor tuvo un sueño que lo agitó pero al despertar no podía recordarlo. Llamó a los magos, astrólogos, encantadores y caldeos y les exigió una explicación. Adujeron los caldeos que no podían explicar lo que no conocían. Nabucodonosor les juró que si no le mostraban el sueño y le daban una interpretación, serían descuartizados y sus casas convertidas en muladares, pero si lo hacían recibirían mercedes y mucha honra. No pudieron hacerlo y el rey decretó la muerte de todos los sabios de Babilonia. La sentencia alcanzaba a Daniel y sus compañeros. Daniel tuvo entonces la visión de una estatua con cabeza de oro, cuerpo de plata, piernas de bronce y pies de hierro y barro. Una piedra (no lanzada por mano) derribaría la enorme estatua del rey.

Daniel era como el jefe de asesores de Nabucodonosor y le vendió al rey una trama en la que Dios le otorgaba el imperio, el poder, la fuerza y la gloria. El rey la compró de inmediato y honró a Daniel.

Del breve texto traído por Borges de Daniel 2:1-47 a mí me movía sólo el principio, pues desde la mañana me sentía como quien ha tenido un sueño que lo ha agitado pero que no puede recordar. Y supe algo que confirmaría una y otra vez durante los meses siguientes: algunos médicos son como Daniel, otros como los Sabios de Babilonia. Vislumbré algo más: algunas veces los médicos tienen que contar una fábula inverosímil para decir la verdad.

Torre de consultorios del hospital ABC. Tarde nublada con amenaza de lluvia. Antesala para ver a Arnoldo Kraus. Delia y yo hemos recogido los sonogramas. Mientras esperamos leemos las tres páginas de resultados. Nos abrimos paso entre el lenguaje especializado y creemos descubrir algo que no nos gusta. Hacemos una pausa, recargamos la cabeza en la pared y dormitamos. Traje a mi madre a esa duermevela, un recuerdo de mi madre. Abrimos los ojos y pasamos al consultorio de Arnoldo Kraus. Le entregué los sobres con los estudios.

—Ya los vi. Me los enviaron de imagenología. Además bajé a ver el video en la pantalla. No tengo buenas noticias —hizo una pausa con los papeles en la mano y siguió—: hay una lesión en la vejiga. No creo que sea un pólipo o un coágulo. Está demasiado firme, duro, ¿me entiendes?

—Entiendo —contesté desde lejos, en la otra orilla, el lugar al que tendría que mudarme a

partir de ese momento.

—Hay una probabilidad de que sea una lesión maligna. No podemos adelantarnos, pero si así fuera, ¿cómo calificarla? —me miró como esperando que yo agregara la palabra que faltaba, pero guardé silencio.

—Si es maligno, prefiero que tú lo califiques —le respondí.

—No he dicho que sea maligno —cortó el hilo de mi argumentación—. Quiero decir que si fuera maligno sería cáncer. Un cáncer muy tratable. Debes creerme. Ahora hay nuevas formas de enfrentarlo. Puede curarse después de un tratamiento que no implica quimioterapia o radiaciones. Además, me parece que estamos muy a tiempo. ¿Me sigues? Si te dijera en este momento que tienes diabetes o hipertensión sería un diagnóstico mucho peor. De verdad. El resto de tus estudios nos informa que la zona está limpia —dijo mientras observaba la placa de pulmón—: deja de fumar. El Perfil 27 nos dice que por lo demás estás sano. Preguntas —esperó un momento en silencio.

—No tengo preguntas.

—Quiero que vean el ultrasonido.

Nos levantamos y caminamos hacia una ventana de luz. Desde ahí veríamos la lesión ocupante, como decía el estudio. Kraus puso los negativos en el pizarrón luminoso. En una de las múltiples imágenes había una oquedad, como la boca de una cueva, la entrada a la vejiga. En la oscuridad sobresalía en alto contraste un raro filamento que había crecido en el centro. Arnoldo lo señaló:

—Aquí se ve con claridad.

En efecto, se veía ese desarrollo que yo asocié con algo submarino. Pensé que parecía un coral, un coral incrustado en el fondo de la vejiga. Sentí un viento frío, la primera de las muchas veces en que mis interiores serían públicos.

Yo no tenía preguntas, pero Delia sí, la primera fundamental para la secuencia de los hechos:

—¿Qué sigue?

Kraus nos llamó de nuevo al consultorio, con la mano nos pidió que nos sentáramos. Marcó el teléfono y pidió una cita con el urólogo. Hizo una cita para el lunes siguiente. Eso quería decir, entre muchas otras cosas, que teníamos por delante tres días largos y desconcertantes.

—Se llama Salomón González Blanco y quiero que vayas con él, con ningún otro —insistió—, esperemos hasta el lunes. Mientras tanto no te angusties de más. Llámame a la hora que desees si quieres hablar o consultarme cualquier duda.

Al final Kraus nos había explicado el sueño que nos agitaba y que no recordábamos. Se había portado como Daniel y no como los Sabios de Babilonia. En medicina y en literatura, revelar una verdad es un arte.

En el estacionamiento del hospital, Delia me dio a morder un Tafil. Me tragué un trozo amargo de serenidad, ella la otra porción. Llevábamos un legajo de estudios y un desconcierto irreal como en uno de los sueños que eligió Borges.

Mayo sangriento, título de dos pesos para mi nueva vida. El mes de mi cumpleaños me había traído la enfermedad y el miedo. La idea de que tenía cáncer empezó a ser real en la madrugada. Desperté en la oscuridad y supe que me dirigía hacia la orilla en donde esperan la enfermedad y el laberinto blanco de los hospitales. Mientras todos dormían en casa, la irrealidad se transformó

en una verdad dura como el metal: tengo un tumor canceroso en la vejiga.

Tomé un Tafil completo. Una hora después soñaba con mis padres. A sus ochenta y nueve, no soportarían la noticia. Por eso los traje a mi sueño, para pedirles la ayuda que ya no podrían darme en su vejez. Decidí no decirles nada aún a nuestros hijos. Todo en su momento; de paso, no le arrancaríamos a los días lo poco que les quedaba de normalidad, de vida enraizada en el árbol de las cosas cotidianas.

Bebí whisky, fumé, pensé, leí, me encerré en mí mismo, vi alguna de las películas que un amigo me regaló como apoyo para pasar la oscuridad de los tres días por delante antes de la consulta con el urólogo. Así pasé la primera noche.

II

Salí a caminar por la mañana. Pasear, buscar caminos, menos una huida y más una búsqueda. Fulminado por el rayo de la enfermedad, me convencí de que había tirado por la ventana de mi vida mis sueños de escritor. Todas las vidas tienen ventanas por las cuales alguna vez se lanzan los sueños al vacío. Caminé por la calle de mi infancia: el arroyo de la calle de Madero, antes Plateros, antes San Francisco, la misma vía ancestral de la Ciudad de México. Durante años, esta calle fue un caos de calor, humo, lámina, robo de poca monta, ríos de gente en busca de una luz, una promesa, un trozo de vida.

Madero es una de las calles más antiguas de la ciudad. Su trazo se desprende del miedo a la rebelión. Cortés disponía de tres avenidas a modo de salida en el caso de un ataque tumultuario de los indígenas: Tacuba, Iztapalapa y Tepeyac. La cuarta fue San Francisco. Deseaba que esa calle fuera para mí lo que para Hernán Cortés, una carta de salvación. En esa ruta de evasión, me senté a tomar un café expreso doble en Bertico, el mejor café italiano de México, decía el anuncio.

El azar hace lo que le da la gana con nosotros. La noche del día en que tomé café en Bertico vi una fotografía de dos momentos urbanos, el pie de foto decía así: «El desaparecido edificio del restaurante y cantina Salón Bach, en el número 32 de la calle Madero. En su lugar hay una librería, un café y oficinas». Donde tomé café, una noche de más de cien años atrás, los escritores bebieron, fumaron y dejaron crecer sus sueños desesperados, algunos quizá los tiraron por la ventana. José Juan Tablada, Amado Nervo, Ciro B. Ceballos, Bernardo Couto, Julio Ruelas, Alberto Leduc, Rubén M. Campos se encontraban en esa cantina en los días que el siglo XX subía el telón.

Entre los archivos que guardé en cajas para escribir este informe estaba la fotografía: dos puertas laterales y una entrada central con techo y letras *art déco*: Salón Bach.

Entré a orinar al baño del café. Miré el chorro, amarillo, sin rastros de sangre. En el año de 1638, el virrey dio la orden de que todos los comerciantes que se dedicaran a labrar o vender oro y plata concentraran sus tiendas en una sola calle, de ahí el antiguo nombre de Plateros. Mucho tiempo después, esa calle contenía todo lo imaginable: una fuente de sodas, un cine, una gran joyería, un gran café, una pastelería, el Jockey Club y la luz, la primera calle de la ciudad que se iluminó; antes, la penumbra era su reino. Perseguir la noche se convirtió en un modo radical de fundar un espacio privado; soñar, evadirse de la sanción moral de los tiempos de don Porfirio. La *Revista Moderna* que fundaron Couto y Valenzuela en el año de 1898 estaba en las calles de Bolívar y Madero. Jesús Valenzuela invirtió una parte de la fortuna familiar en una lujosa oficina decorada con gobelinos y tapices chinos, esculturas de faunos y grandes sillones donde

planeaban los números de la revista. Cuando terminaba su trabajo, los esperaba el Salón Bach. Desde las once de la noche, en un bar casi vacío, los escritores modernistas del Porfiriato bebían hasta la una de la mañana, hora en que se cerraba el salón.

Una calle puede encerrar los secretos de una época. Así ocurre con Plateros. Mientras el gobierno de Porfirio Díaz iluminaba la noche, los escritores hacían de las sombras un refugio para la búsqueda de su alma insatisfecha. Unidos por el gusto de la cultura francesa, estos escritores ardieron en los fuegos de la bohemia y el dandismo. Detestaban el día. A la luz del sol sus vidas eran comunes, corrientes, porfirianas en el amanecer del siglo a bordo de las carretelas azules de Valverde, en la perfumería de la baronesa Tieste, en Plateros esquina con el callejón de la Olla, matando las horas en la oficina de *Revista Moderna*. En cambio en la noche eran únicos, rebeldes de las sombras, maestros del arrebato, hombres en desacuerdo con el gobierno de Porfirio Díaz, decadentes, bohemios, flores nocturnas en el alba del nuevo siglo. Ese día estuve en el Salón Bach, la cantina recuperada en Bolívar y 5 de Mayo. Evadirme, la nueva aventura de mi vida. A veces, todos los descubrimientos empiezan con un café.

Desperté solo en la cama y lloré. Primero con desesperación pegando palmadas en la cama, después con un llanto casi inaudible. Me tiré en un pozo de tristeza. No sé cuántos minutos me perdí en ese laberinto. Luego tuve un brote sicótico. Me levanté de la cama y caminé sin dirección. Pasé frente a un espejo y hablé conmigo. No recuerdo lo que me dije, pero me llamé a la acción, a la guerra y al combate como si fuera yo un fanático convencido de una idea. No sé si era viernes. Podría averiguarlo, pero no quiero, prefiero dejarlo perdido en el tiempo. Me di un baño y me vestí. Tomé té y fumé. Cuando regresó, Delia me encontró vestido y preparado nada más que para sentarme a esperar. Le pregunté si había llorado con sus hermanos y ella me contestó:

—No voy a llorar. De momento no voy a llorar.

Los tres días más difíciles de mi vida. Apenas pude controlar la vorágine de la noche con dosis de Tafil más altas que de costumbre. No deja de ser extraña la forma en que el sufrimiento se enquistaba en el alma, como los trucos del ilusionista en el escenario, de pronto aparece, de pronto desaparece. Así conmigo, en un momento pensé: «Estoy sufriendo». Al borde del abismo, un amigo me dijo en el teléfono:

—Saldrá bien; ya verás, saldrá bien.

Se despidió con esa frase y apagó por unas horas el fuego de mi angustia. Cuando uno está enfermo, la ansiedad es un enemigo mortal. Dormí cuatro horas seguidas y amanecí en un domingo de sol como si saliera de una pesadilla, pero lo mío no era un mal sueño.

En esos días yo tenía entre las manos un libro que apenas había empezado a leer, una novela del escritor húngaro Sándor Márai. La posteridad juega a la ruleta rusa con los escritores. A Márai le dio una segunda oportunidad. Pasó una eternidad para que nuevos lectores nos encontráramos con él. Me abrí paso entre el éxito de sus novelas y llegué a *La mujer justa* y a otra novela que dio en el centro del gusto de los lectores: *El último encuentro*. Márai se suicidó a los ochenta y nueve años en 1989. Abrí una página y leí:

Ya no tenía nada que hacer porque, ajeno a mi voluntad, se había iniciado algo que antes no existía; mi cuerpo se había imbuido de esa certeza. ¿Y cómo era esa sensación? Ni buena ni mala. Me había golpeado de repente,

como cuando uno pasea por la calle silbando y de pronto le arrean un garrotazo en la nuca: no me dio tiempo de sentir miedo ni de asombrarme. El cambio estaba allí, ¿qué podía hacer? Podía vestirme y afeitarme.

Saltamos el domingo como pudimos. Salimos a comer para huir de nuestras sombras. Fernanda vino al restaurante, Alonso, mi hijo menor, estaba con amigos. En algún momento de la comida le dije a Fernanda:

—Encontraron en la vejiga un tumor y todo indica que es malo. Mañana vamos al urólogo que nos recomendó Kraus.

Me encontré en su mirada con una nueva persona, una joven estudiante de medicina de diecinueve años y un temple duro como la roca. Apartó el plato de comida y habló largo, hasta donde sus conocimientos se lo permitieron, de la vejiga, del sistema urinario, del cáncer. Luego habló de lo que ella llamó el cuadro general y de las altas posibilidades que veía en el horizonte para salir adelante; sin metástasis, hay camino. Esa misma noche le dijimos, los tres, a Alonso. Lo tomó bien, primero un tanto incrédulo, luego preocupado y, al final, tocado en el corazón de sus quince años. Vino a darme un abrazo y a llorar conmigo. Un padre es un padre, tenía los ojos arrasados, pero evité el cataclismo emocional con una figura estúpida:

—Venga, vamos.

El lunes en la tarde nos encaminamos a Sierra Nevada, en Las Lomas de Chapultepec, donde el doctor Salomón González Blanco puso su consultorio. Una pequeña tribu a la caza del mamut: Delia, Román, mi hermano mayor. Sierra Nevada desemboca en la parte alta de la calle a una barranca convertida en parque. En mi infancia jugué en ese parque con un primo, compañero de fin de semana, cuando mi madre y yo visitábamos a su hermana que vivía en la calle de Andes. Me trataban bien en esa casa, pero siempre me sentí mal en Las Lomas, venido a menos ante la escuela de ricos de mis primos, ante la sombra de nuestras finanzas rotas, ante la insinuación permanente de que mi padre era un irresponsable que nos había llevado al hoyo oscuro de nuestra vida. Ese viejo sentimiento volvió con una fuerza increíble antes de entrar al consultorio del médico.

—Sí, un tumor —dijo González Blanco mientras veía los estudios—. Es un hecho: maligno. No hay tiempo que perder. Mañana mismo haremos una resección en el hospital Inglés. Sólo nos falta el tiempo de coagulación. Mañana a las siete se presenta en el laboratorio.

Le pregunté directo:

—¿Está en peligro mi vida? ¿La intervención es riesgosa?

Me respondió serio, como si lo hubiera ofendido:

—No lo sé. Depende de la forma en que el tumor haya enraizado, por decir así, en el tejido. No puedo saberlo sino hasta que lo retire y patología nos informe. Primer escenario: ochenta por ciento de posibilidades de que el cáncer sea tratable, veinte por ciento de que exista una metástasis agresiva. El resto lo sabremos después. He realizado muchas resecciones de este tipo. Entro por la uretra, retiro el tumor y lo mandamos a analizar. Podría traspasar la pared de la vejiga si el tumor es profundo, pero eso nunca me ha pasado, si usted está hipocoagulado podría existir la posibilidad de una hemorragia; voy a trabajar con plasma a la mano por si fuera necesario, pero ya tendremos entonces los resultados de la coagulación.

No me había respondido. Yo le pregunté si mi vida estaba en peligro. Con el tiempo entendí

que los médicos no pueden saberlo todo, a veces incluso saben muy poco, no vaticinan, observan y proceden de acuerdo con cierta experiencia y cierta técnica. En realidad, los médicos avanzan a ciegas en una noche de neblina. Yo necesitaba un adivino que me dijera la suerte, necesitaba conocer el futuro. Recordé a Kundera: pasamos por el presente con una venda en los ojos. Cuando hemos avanzado suficiente, nos quitamos esa venda y vemos lo que ocurrió en el pasado. Cierto: el presente es un camino que transitamos a ciegas. Insistí:

—Le preguntaba si la intervención es riesgosa.

Volvió a mirarme con cierta impaciencia. Dijo:

—Siempre hay riesgo, pero esta resección no debería representar un problema salvo por su tabaquismo crónico. Esta no es riesgosa.

—¿Cuál sí? —lo presioné para que abriera la puerta que mantenía cerrada.

La abrió:

—Si el tumor ha dañado el tejido a fondo, hay que extirpar la vejiga y la próstata y hacer con el intestino una bolsa para que haga las funciones de la vejiga. Esa resección es más seria.

Sentí un temblor en el estómago. Se llama miedo, nunca lo sentí tan intenso y dentro de mí. Sé que es una de las emociones más profundas, abisales; en eso, el miedo se parece al sexo. El temblor se volvió un nudo. El médico cerró la puerta que entreabrió:

—Mañana a las siete en el hospital.

Salimos del consultorio a una tarde nublada que amenazaba con lluvias torrenciales. De nuevo, frente a mí, el parque en la barranca y mi infancia. O mejor, mi madre y su hermana rica exigiéndole que le pidiera el divorcio a mi padre, o que simplemente lo abandonara.

Aún conservo un odio vivísimo por Las Lomas de Chapultepec. Con ningún otro barrio de la ciudad, otra zona urbana, otras casas con jardín tengo una relación tan extraña e intensa. Me atacó este recuerdo con el arma filosa de la melancolía: mi madre y yo íbamos a bordo de uno de los antiguos taxis cocodrilo, llamados así por las grecas que adornaban los costados del coche. Circulamos por el Paseo de la Reforma rumbo a Palmas. Pasamos la Fuente de Petróleos y ella le cuenta al niño que fui una breve historia:

—Tu abuelo Herminio fraccionó Las Lomas. Se llamaban Chapultepec Heights, una colonia para gente con dinero. Planeaban con unos gringos las calles, los predios, supongo que así se hace una colonia.

Muchos años después supe que en septiembre de 1921 se constituyó la sociedad mercantil Chapultepec Heights Company con el objeto de fraccionar en los terrenos de la Hacienda de los Morales, o Rancho del Huizachal de Alberto Cuevas Lascaráin, una nueva y exclusiva zona urbana. También, años más tarde, entendí la admiración de mi mamá por su padre maderista, secretario del Partido Constitucional, carrancista y al final obregonista de cepa. Ya lo he contado, pero lo repito: Herminio Pérez Abreu fue presidente municipal de la Ciudad de México en 1921. Pero la historia no era esta, sino otra que me reveló mi madre a bordo de un taxi cocodrilo:

—Un día —me dijo la mujer de cincuenta y dos años que era mi madre— tu papá revisaba diversos archivos que llevábamos y traíamos en baúles mudanza tras mudanza. En ellos encontré documentos sellados por el catastro de la ciudad. Le parecieron papeles viejos y los dejó por la paz en un cajón. Tu papá siempre abandonaba las cosas cuando estaba a punto de tener éxito.

El taxi cocodrilo pasó la vía del tren y dio vuelta a la derecha, rumbo a Palmas. Mi mamá me contó un poco más:

—Una tarde de plática y copas con amigos, tu padre recordó que tu abuelo había participado

como autoridad en el fraccionamiento de Las Lomas. Trajo los documentos —los ojos de mi madre brillaban con el recuerdo—. Un amigo reconoció en ellos las escrituras de tres terrenos cercanos a la gran barranca de Las Lomas a nombre de tu abuelo. La compra había ocurrido en el año en que fue presidente municipal. Esto vale dinero, le dijo Romero, aquel amigo de tu padre.

Los terrenos quedaron perdidos en un archivero. Los hombres de ese tiempo no informaban a sus esposas de los negocios que traían entre manos. La muerte inesperada del abuelo ocultó esas propiedades y las relegó al polvo y al olvido.

—¿Eran grandes? —pregunté desde mi infancia perdida.

—No sé —me respondió mi madre—. Tu papá los negoció —cuando mi madre se refería a un asunto atrabancado de las finanzas de mi padre usaba el verbo negociar.

Se pagaron unas cuantas deudas con la venta de los terrenos que se habían adjudicado otros propietarios. El producto de la venta, no mucho según entiendo, se estiró hasta que reventó y se olvidó aquel dinero caído del cielo.

Pero no es por esta trama de predios perdidos que odio Las Lomas. El taxi cocodrilo se estacionó en la calle de Andes. Mi madre vio el taxímetro y pagó. Frente a mí estaba la barranca de mi infancia. O mejor, mi madre y su hermana con un abanico de reproches:

—Déjalo, nunca va a cambiar, no tiene remedio. Mi primo y yo fuimos buenos amigos en esa casa estilo californiano de techos de dos aguas, rosales en el jardín y una barranca grande atrás y al fondo. Pero cada domingo yo me sentía poca cosa; él era dos años mayor, yo me vestía con la ropa que él dejaba mientras crecía.

Entonces me volví mentiroso. Inventé una escuela que no era la pública donde hacía mi primaria en un aula sin más instalaciones que pupitres, puertas y ventanas. Fabriqué para él, pero sobre todo para mí, unas instalaciones con campos de fútbol y alberca donde yo nadaba en sueños. Una escuela que asistía a competencias interescolares con otros niños que vivían en casas de millones con escrituras ordenadas y padres más cuerdos. Qué monserga los padres.

En ese mundo, mi escuela llegó a la final del torneo de fútbol. Tenía que ser así si el equipo de mi escuela tenía a un medio escudo fuerte como yo: la pierna educada y la fuerza. Mi primo me contaba sus propias historias deportivas en el colegio Cumbres y al final me decía:

—¿Por qué nunca aparece el nombre de tu escuela en las listas de las competencias?

—Lee bien y encontrarás a Fray José Mariano Fernández de Lara.

De golpe, convertí al liberal mexicano, juarista de hueso colorado y come curas, en un fraile.

—Lo busqué para ver en qué competencias estabas inscrito, pero nada.

—A lo mejor es otro circuito —apenas salí al paso asediado por la verdad de la modesta escuela donde aprendí himnos juaristas y la expropiación de los bienes eclesiásticos.

En esa casa no crecían los limoneros, como en el poema de Machado, crecíamos nosotros y nuestros sueños.

De verdad: odio Las Lomas.

En la oscuridad siempre alguien se ríe de nuestros planes. Yo había planeado poner manos a una novela postergada. La noche en que supe que la muerte me buscaba, mi hermano mayor me compró una botella de Johnny Walker Etiqueta Azul. Lo mejor de lo mejor. Me oculté detrás de ella. No voy a discutir en este momento si el sabor ahumado *blend* apaga la suavidad de la malta

única. Cosas como estas las dejo para otra ocasión. No se lo digan a los médicos, pero aquella noche me bajé media botella de whisky y me fumé una cajetilla de cigarros suaves acompañado de Román. Tiempo después, mi amigo me dijo:

—Esa noche salí de tu casa convencido de que no te operarían al día siguiente. Bebiste uno tras otro sin dejar de fumar.

Cuando se fue Román, puse dos hielos en mi vaso, más whisky, un chorro de Perrier y prendí otro cigarrillo. Mentiría si digo que pensé en algo en forma o hice algún plan. Nada: sólo chispazos, luces y sombras, estupor ante el manotazo con que la vida me recibía a la hora de los cincuenta años de edad.

Un amigo a quien le referí la consulta con el médico me dijo:

—¿Ochenta contra veinte? Si estuviera en el hipódromo apostarí a ese caballo.

Mientras fumaba y bebía el último whisky de esa noche recordé y guardé como un amuleto esos porcentajes y el cuento del hipódromo. Dormí tres horas. No sé qué soñé, en esos días rompí con los sueños, se convirtieron en mis adversarios.

A las cinco y media de la mañana, el rumor de la vida evadiéndose de un portón que se abre o un motor en ignición me trajo a la vigilia. Me duché y vestí como si fuera a trabajar en la oficina. En cierto sentido, iba al trabajo más difícil de mi existencia. Más Tafil.

El camino al hospital ABC de Observatorio lo hice con una noche exterior y otra en el alma. La oscuridad envolvió a la familia, o mejor, nosotros oscurecimos al mundo. Para quien nunca ha estado en un quirófano, una intervención equivale a la muerte, si el procedimiento consiste en retirar un tumor canceroso, la entrada al cuarto blanco es como poner un pie en la tumba. Por primera vez en mi vida sentí que una sombra me seguía, sin prisa, atenta, cuidadosa.

Una corte gitana de amigos y familia puso sobre mí un manto protector.

—Un cigarro más y entro —les dije.

Y entré.

Cambié mi ropa de oficina por la nefasta bata sin botones. Preguntas de la anestesista:

—Y usted, ¿por qué toma Cafiaspirina todos los días? —había en su tono de voz un asombro verdadero.

Respondí sin armas, despojado de toda defensa:

—En casa así lo acostumbramos. Mi madre —agregué sin fuerza para continuar.

La doctora me miró como se ve a los pacientes de un manicomio.

—¿Cuánto durará esto? —me atreví a preguntar.

El silencio suele ser una respuesta sin compromiso. Insistí:

—¿Cuánto tarda el procedimiento?

Yo sabía que la operación, como le llaman los mortales a las intervenciones quirúrgicas, ocuparía a los médicos una hora y media, no más, pero necesitaba confirmaciones, un boleto redondo; vamos, de acuerdo, pero deme un boleto de regreso. Un enfermo necesita la ruta del viaje, aun cuando sea un camino de mentiras. Me inquieté cuando la doctora me dijo:

—Cincuenta minutos; una hora, no más. ¿Puede pasarse acá usted solo? —señaló la cama bajo los aparatos, la plancha, como se le llama no sin dramatismo.

—Puedo —le respondí y me arrastré de la camilla a la plancha sosteniéndome de los asideros de un extraño aparato con cámaras, pantallas, botones.

Quedé abajo en todos los sentidos; mi vida estaba allá, arriba, y supe que había dado el primer paso dentro del laberinto de la enfermedad. Cuando la venoclisis y sus agujas entraron

en mis venas y abrieron la llave para surtir el narcótico, me despedí por primera vez del mundo de los vivos. Cuando perdí la conciencia, esa frontera que divide dos estados del alma, vi a mi padre, me decía:

—Voy por *El Redondel*.

En casa, la mentira tenía la forma de un semanario taurino. Se llamaba *El Redondel*, páginas vespertinas de domingo en las cuales se publicaban crónicas de toros. Lo fundaron Abraham Bitar y Alfonso de Icaza. Mi padre no se lo perdía por nada del mundo. Muchos años después conocí el agobio que acechaba a papá los domingos al atardecer. Entonces se reconocía en el espejo y le decía al pleno de la casa:

—Voy por *El Redondel*.

Volvía tarde, al borde del primer minuto del lunes, con el semanario envejecido por la lectura codiciosa y el módico triunfo que significa vencer a las fieras del domingo, a sus ejércitos de fantasmas, a la legión de sueños incumplidos reclamando en el umbral de la puerta de la habitación, al acecho del fracaso en el centro de la mesa del comedor. La verdad aciaga de los domingos es un veneno mortal. Pequeño problema: el papá entregaba al resto de la familia a los fantasmas, a la legión y sus acechos mientras él se evadía. Cuando ocurre una evasión, alguien queda preso a cambio de esa libertad.

Años después supe que mi papá se curaba del tedio y las mortificaciones de su vida adulta en el Centro de la ciudad. Las calles de Dolores, Luis Moya, Artículo 123, Victoria. En la palma de su mano brillaban las calles del Centro por las que podía caminar a ciegas sin perderse. Luego nos enteramos de que era el rumbo donde vivía su otra familia, pero esa historia ya la conté en otras páginas.

El Redondel me trae el recuerdo del engaño y de las calles del Centro de la ciudad. El nombre del semanario era una palabra clave que usábamos mi hermano y yo si queríamos referirnos a una patraña:

—Voy por *El Redondel*.

Sabíamos de lo que hablábamos. El periódico se apilaba en la azotehuela de uno de los treinta y dos departamentos que habitamos en nuestro camino gitano. *El Redondel* era el núcleo nervioso de una red de mentiras. Nos hicimos mentirosos a la sombra de la crónica taurina. ¿Fue Anatole France quien dijo que sin mentiras moriríamos de desesperación y aburrimiento? Cuando mi padre salía de casa intempestivamente, una frase similar se transformaba en el fuego del quebranto financiero:

—Voy a arreglar un asunto de dinero.

Si se trataba de dinero, todos a temblar. Nuestras mentiras se organizaban sobre todo alrededor de las finanzas: le mentíamos a los caseros que nos arrendaban las casas por las cuales pasaban nuestros sueños nómadas; a Efraín, dueño del estanquillo, que nos daba crédito y al que le debíamos la espectacular cantidad de trescientos pesos. Pobre Efraín, le quedamos a deber un remanente, como decía mi papá:

—Después arreglamos lo del remanente.

Mentira, nunca se arreglaba. Ni modo de publicar la verdad y dar a la luz el hecho de que no teníamos dónde caernos muertos. Nos engañábamos unos a otros y nos escondíamos en un mundo mejor que el de las verdades: en realidad todos íbamos por *El Redondel*. Papá mentía a

sus hijos y a su mujer, mi madre le mentía a mi papá para proteger a sus hijas de noviazgos prohibidos; mis hermanas a su papá y a sus novios haciéndoles creer que éramos normales cuando todos sabíamos que estábamos locos; y al final de la cadena, yo les contaba cuentos chinos a mis amigos, y me creían. Fuimos buenos para mentir, cosa nada fácil, se trata de un arte, menor si se quiere, pero un arte.

Pasaron los años, nos recompusimos, o como dicen otros, mejoramos un poco y entonces perdimos la fineza del embuste, de la falacia filosófica. Las mentiras increíbles se parecen a la realidad, pueden ser verdad y eso es imperdonable para un mentiroso.

La red de falsedades ocasionaba serias confusiones. A veces yo no sabía si estábamos a punto de mudarnos de casa para evadir la deuda de rentas acumuladas, o si sólo lo decíamos para destantear al enemigo. Tampoco sabía si mis padres se divorciarían a causa de la madre de todas las mentiras. Una buena red de ficciones nos transportaba a un universo paralelo donde nada era real del todo y siempre acechaba la inminencia de una verdad. Cuando los acreedores presionaban, mi padre viajaba a lugares lejanos de los cuales volvería con dinero fresco, contante y sonante.

—Mi esposo vuelve en una semana. Precisamente fue a cobrar un trabajo —decía mi madre. Al cerrar la puerta, miraba a mi papá y se cruzaba la boca con el dedo índice.

En un cajón del escritorio donde escribo este informe tengo un ejemplar de *El Redondel* de febrero de 1967: el matador Manolo Martínez tomó la alternativa en la Plaza México. La memoria es una maleta llena de papeles viejos y desordenados, me acordé de *El Redondel* y de mi padre segundos antes de perder la conciencia en un quirófano. Qué raro es todo.

Desperté en un camastro bajo sábanas calientes, una mascarilla de oxígeno en la cara y la tristeza anestésica de que esa nube no era un sueño. Cuando el sueño dura suficiente para perturbarnos, se llama realidad. Un ajeteo de afanadores y médicos, nombres de pacientes, camillas. No tenía dolor. Encontré un sobre a mi lado. Lo abrí sin saber y leí lo que decía, recuerdo algunas palabras, las necesarias: carcinoma de vejiga, dos tumores de 0.5 centímetros, biopsia. Nadie supo que lloré en la camilla, despacio, en silencio mientras el oxígeno de la mascarilla me regresaba a ese lugar del que intenté escapar en los últimos días. Me había mudado al mundo oscuro de la enfermedad.

Tres días en el hospital, una eternidad. Una sonda metida en el pito desembocaba en una bolsa por la cual manaban restos de sangre de la intervención, orina, una corriente, un río rojo, una tubería maltratada. Visitas y más visitas, voces de ánimo y una voz interior: voy a morirme. Pedí Tafil casero para dormir. Una familia; amigos, un respaldo. Las noches de esos días postoperatorios dormí poco y mal.

Las enfermeras te despiertan si duermes y desaparecen si estás despierto. A las cinco y media de la mañana vi el amanecer sobre la Ciudad de México desde mi cama de canceroso. Un horizonte rojizo y azul encima de una nube sucia de humos venenosos me aliviaba de la oscuridad, pero le abría la puerta a la tristeza.

Una de esas tres noches fabriqué un arma contra la angustia y el miedo. Repasé en silencio las tramas de algunas de las novelas que marcaron mi vida de lector. Me las conté como si otra persona las hubiera leído y se las contara a un desconocido. *Las ilusiones perdidas* de Balzac; *La cartuja de Parma* de Stendhal; *Por el camino de Swan* de Proust. Sí, desde luego *Madame Bovary*

de Flaubert, *Los miserables* de Victor Hugo. Recordé en un flamazo mis años universitarios en la carrera de Letras Francesas. La sombra del fracaso enquistada en el alma durante ese tiempo donde todo estaba por encima de mí. Soy un expulsado, pensé, la vida me expulsa. Raro que no trajera poemas a la noche sino tramas narrativas; los buenos lectores saben poemas de memoria y yo sé pocos, por eso no los pronuncié en la oscuridad.

Ficción y realidad. Todo puede ocurrir de uno y de otro lado de la frontera. Esa misma noche, después de las tramas que reproduje en mi mente de forma desordenada, recordé que en agosto de 1850, Victor Hugo tomó un coche y le ordenó al chofer que se dirigiera a la calle Fortunée, domicilio conocido de la última casa donde vivió Honoré de Balzac, quien se consumía en los dolores de una enfermedad a la que combatieron sin esperanza cuatro médicos durante tres meses. Primero fue el corazón, luego una peritonitis, más tarde una flebitis y por último la gangrena en una pierna. Los médicos habían recurrido a sangrarle el vientre en un último esfuerzo por curarlo, pero ese día de agosto decidieron renunciar y entregar a la muerte el cuerpo de cincuenta y un años del novelista mayor de Francia.

En el salón en tinieblas, apenas iluminado por una bujía, Victor Hugo vio el busto de mármol de Balzac, los cuadros de Pourbus y Holbein. La hermana del enfermo lo llevó por el corredor, hasta las escaleras, para subir a la habitación del moribundo.

Unos días antes de esa noche final, tendido en la cama de muerte, Balzac le ordenó a su hermana: «Traigan a Bianchon, él puede curarme». El doctor Horace Bianchon nunca llegó; no encontró la salida de ninguna de las veintinueve novelas balzacianas en las que apareció como una marca de agua. Por estricta razón, Horace Bianchon no pudo salvarle la vida a Balzac, su creador. No era la primera vez que el poder fabulador del Emperador de la Novela confundía la realidad y la ficción; en París se había hecho famosa su fórmula a favor de la fábula, cuando se hablaba de la vida francesa y la conversación se atoraba en vueltas contradictorias, Balzac decía: «Volvamos a la realidad, hablemos de Eugénie Grandet». Un día todos desearemos que venga a curarnos Bianchon.

Durante la segunda noche en el hospital, en la oscuridad, me rebelé contra mi vida. En algún momento, llevado por una mano invisible, me encerré en una oficina a perder el tiempo con todo aquello que no me apasionaba: presupuestos, números, sumas y restas, ventas, labores directivas, proyectos. Tiré a la basura años de mi existencia, me decía apesadumbrado. No quise alargar el brazo y tomar a manos llenas lo que ofrece la vida, no quise disfrutar sin reparos de todas las cosas que deseaba. Hasta ese día me había negado la libertad y había hecho el presupuesto de un prisionero. Me odié, y aunque me da pena decirlo, consideré merecido el castigo.

El médico me dijo que la intervención progresaba bien y en orden.

—Mañana quitaríamos la sonda y quizá podría irse a casa —el tiempo de los médicos es el pospretérito, un lugar que no ha ocurrido, donde todo depende de la suerte, el futuro no existe.

Le pedí alguna certidumbre y desde luego no me dio sino una vaga esperanza:

—El resultado de la biopsia es fundamental. Sin ese resultado no sabemos la profundidad del cáncer, si no ha vencido a la vejiga para salir a otras partes del cuerpo.

—¿Usted qué vio cuando retiró los tumores?

—En la imagen parecía uno, pero resultaron dos tumores pequeños, como sea no podemos

adelantar nada.

—¿Cuándo estará listo el resultado?

—Patología tarda una semana —lo oí como una condena a la eternidad de la duda.

—No sé esperar, doctor.

—Aprenderá. No se preocupe. Tranquilo.

Nada más inútil para un enfermo que las palabras. Les digo: no sirven para nada, los diagnósticos, los discursos: un cesto de basura.

Caminé por el pasillo del hospital acompañado de un tripié rodante en el que llevaba la bolsa de orina, agua y sangre, una tercia negra. Me di cuenta mientras caminaba de que no estaba preparado para la muerte. Sé que están pensando: nadie está preparado. Mentira. Una enfermedad seria te prepara, te acerca a la sombra, a la nada. Recordé la broma de un amigo: Te lo aseguro, me dijo, el refrán es falso: lo que no mata, fortalece; lo que no te mata espera siempre una segunda oportunidad.

Un reo. No hablaremos de Foucault, pero los enfermos viven en cautiverio. La mañana del tercer día de hospital esperé al médico segundo a segundo.

—Rarísimo orinar en esta madre —me refería a la bolsa, a la sonda en la uretra. Pronuncié la palabra: madre. Dijo Philip Roth: un enfermo siempre necesita a su madre.

Mi madre y mi padre alcanzaron la alta vejez cuando enfermé. Nunca supieron que me habían crecido dos corales en la vejiga. La primera acción defensiva de un enfermo es mudarse al pasado, el recuerdo del dolor físico no duele, entristece, pero no taladra al cuerpo herido.

En el pasado la vida transcurre al ritmo que le imprimimos a las secuencias. De ese territorio emergieron recuerdos acompañados de sus nombres, una época en la cual mis padres eran jóvenes. Kay Pérez y su Orquesta es uno de ellos. Se llamaba Cayetano Pérez Vega y durante años dirigió la música de El Patio, el mejor centro nocturno de la Ciudad de México. Acompañó a Raphael, Rocío Dúrcal, Los Platters, Louis Armstrong, Charles Aznavour, Toña la Negra, José José. El músico Kay Pérez tiene que ver conmigo mucho más de lo que yo mismo imaginaba, pues durante años dirigió el programa *Orfeón a Go-Go* que yo no me perdía los jueves en la noche. Me acuerdo de los Rockin Devil's y de Johnny Dynamo. Me pregunto si algunos nombres pueden revelar a toda una ciudad.

Debutaba en la adolescencia en el año de 1969. La Ciudad de México crecía hacia el norte creando un inmundo parque industrial y hacia el sur en busca de una identidad perdida. El nombre de Zhabotinsky, el supermán ruso que retuvo la medalla de oro levantando un peso inhumano, aún resonaba en ese tiempo. Vera Caslavskaja había embrujado los hogares mexicanos con una elasticidad inverosímil. Los diarios anunciaban una colonia exclusiva, La Herradura: «Tome por la calzada del Conscripto y llegará al paraíso». Los comentarios de Agustín Barrios Gómez aparecían en *El Herald* y seguramente le daban a ganar mucho dinero desprendido de diversas corruptelas. Los domingos de temporada taurina, Joselito Huerta daba muletazos infames en la Plaza México. Las tiendas Minimax tiraban la casa por la ventana con ofertas increíbles, y en tres segundos el chocolate en polvo Milo estaba diluido en el vaso. Llevaba estos nombres enquistados en la memoria. En el hospital pensé esto: si muero, me llevo esta maleta de cosas inútiles al otro mundo y se las muestro a seres de otros tiempos. Sí, en los hospitales se piensan estupideces.

Recordé El Patio y a la Orquesta de Kay Pérez por una fotografía en la que un grupo de parejas bebe en una mesa del centro nocturno. La imagen llevaba meses en mi escritorio con un

apunte. Desde luego ahí estaban mi papá y mi mamá. No sé a quién oyeron esa noche, sólo sé que Kay Pérez dirigía esa madrugada los sueños de los adultos que poblaban la mesa. Había botellas de Bacardí y Don Pedro. De pie, un mesero mira al futuro sin convicción visionaria.

Se llamaban centros nocturnos y evocaban la vida y las aspiraciones de los *night clubs*. La memoria de mis papás en las noches de su juventud: el Molino Rojo, el Olímpico, el Ba-ba-lú, el Bagdad, el Ciro's, el Salón Maya del hotel Reforma, en fin, seguro he trazado sin saber el perímetro de una ciudad.

Años después, por cierto, formé parte de un grupo de amigos que visitaba centros nocturnos. Retengo con cierta dificultad El Can-Can y La Ronda, en la Zona Rosa. El Bacardí añejo y las cocacolas, la neblina de alcohol, la variedad, así se llamaba al espectáculo de mujeres semidesnudas que habían derrotado mediante cirugías en los pechos a la fuerza de la gravedad.

El permiso para que mis hermanas mayores fueran a bailar a un centro nocturno era una obra mayor de política conyugal. Iban a Los Globos, el bailadero estaba en Insurgentes, a unos pasos del puente de Viaducto Piedad. Un escándalo. Mi padre denegaba el permiso sin compasión y mi madre negociaba paciente. Después de un largo rato se oía una amenaza terrible: ni un minuto después de las doce de la noche o arde Troya. Y ardía. No sé si invento: el crepé en el pelo fabricaba una cúpula en la cabeza, la falda ampona, los zapatos con tacón de aguja, una blusa blanca. Estoy convencido de que en esos nombres está contenida una parte de mi vida en la ciudad de mi infancia. Dices un nombre y el escenario se ilumina.

La mañana en que nevó en la Ciudad de México mis hermanas me llevaron al hospital Santa María donde se moría mi padre. En los hospitales son frecuentes los túneles del tiempo, así llegué al 11 de enero de 1967. Abrí el ojo, me asomé a la ventana y pude ver una capa blanca que cubría la calle, los coches, los árboles. Mi padre estaba en el hospital, una pancreatitis lo tumbó y lo empujó a la orilla de la muerte. Yo tenía diez años y ellos, mis padres, cincuenta. La edad en que enfermé. Negocios atrabancados, enfrentamientos con socios abusivos y cantidades industriales de alcohol lo vencieron. Mi madre lo acompañaba en un hospital de parturientas, decía mi papá, una clínica de ginecobstetricia donde le salvaron la vida dos jóvenes médicos.

La irrealidad lo ocupaba todo: la nieve, el hospital, mi papá al borde de la muerte, mi madre, mis hermanas. Todo era extraño, inusual, impracticable, no sé cómo decirlo. Me dieron unos guantes grandes, una bufanda y me metieron en tres suéteres. Un frío del carajo. Cada vez que me siento helado me acuerdo de esa mañana, de esa vida en familia.

Las personas jugaban, se tiraban bolas de nieve en los camellones de avenida Chapultepec, de las calles de Monterrey y Puebla. Era otra ciudad, el Metro aún no existía; todo pertenecía a los camiones Mariscal Sucre y Belén, uno de cuarenta centavos, el otro de treinta. Había chicles Canguro y Motita, rumié miles y miles. La Ciudad de México aspiraba a una locura: Mario Pani había levantado tres años antes la Unidad Habitacional Nonoalco Tlatelolco, una extraña ciudad de miles y miles de departamentos.

En el hospital Santa María había una capilla. Una enfermera me llevó y me dijo: reza por tu papá. No sé rezar. Háblale a Dios, me dijo. Desde entonces tengo una extraña incomunicación con el Señor. Vino mi madre por mí a la capilla y me dijo: no se reza. Vi a mamá cansada de mi padre y sus abismos. Según supe años después pensaban separarse antes de la pancreatitis, sin dinero y sin amor.

Pasaron el frío y la nieve. Mi padre se recuperó después de un año de dietas inhumanas y a juzgar por lo que ocurrió, mi madre también se recuperó de sus heridas. Un milagro de la nieve.

Salí del túnel. El médico entró y mientras me saludaba, vio la bolsa al pie de la cama:

—Muy bien. No hay sangre. Podemos retirar la sonda. ¿Quiere bañarse en regadera?

La sonda me desesperaba y me daba miedo. Me acompañó y ayudó mi hijo Alonso bajo el chorro de la ducha. Un urólogo asistente retiró la sonda. Apenas pude asombrarme cuando sentí un dolor intenso desde el fondo del vientre. Vi salir una pequeña bomba de aire, un globo. Dolor.

—Puede ir a orinar —me dijo el urólogo—. No se asuste si arroja sangre.

Oriné en el retrete, el caudal enrojeció cuando sentí un dolor que bajaba del vientre a todo lo largo de la uretra. Más dolor. No sabía que se trataba de un vaticinio, no una sensación sino un lugar para habitar.

Regresé a casa una mañana solar de mayo. Fingí para los míos que mi cuerpo estaba bien y mi cabeza en orden. Falso. En mi cabeza ocurría una revuelta mayor y los poderes establecidos de la serenidad perdían la batalla; mi cuerpo, un misterio. Una pregunta me taladraba el alma: ¿estoy cerca de la muerte? El coche bajó por la pendiente de la calle de Observatorio, una calle en obras eternas, de humos emitidos por camiones enormes cuyo destino siempre es el fin del mundo.

Llegué a la primera estación: el médico describió mi estado en un informe dirigido a los burócratas de la aseguradora a quienes reclamábamos los gastos médicos. Sin el seguro simplemente ese infierno se habría convertido en dos infiernos. Releí la carta que había leído bajo el efecto de la anestesia en la sala de recuperación del hospital ABC:

Atendí por primera vez en mi consultorio al señor (ahí mi nombre) el día 28 de mayo del año tal y tal, quien acudió con un ultrasonido que mostraba un tumor vesical que abarcaba el piso de la vejiga y el meato uretral izquierdo. El día 29 le efectué al paciente una cistoscopia donde se encontró que (ahí mi nombre de nuevo) tenía dos tumores de vejiga mayores a los 0.5 centímetros, retromeatales izquierdos, por lo que se procedió a una Resección Transuretral de Próstata de los dos tumores, lo cual se hizo en su totalidad. Posteriormente se tomaron biopsias de todos los cuadrantes de la vejiga y la uretra prostática. Al término de esto se le aplicó una quimioterapia intravesical con mitomicina C 40 mg. El reporte histopatológico reveló carcinoma de células transicionales de vejiga. Actualmente está en terapia de BCG intravesical por seis semanas.

Cuando terminé de leer, una sombra oscureció lo que quedaba de luz en mi cabeza, o mi mente, o como se llame ese estado al que llaman conciencia. Leí de nuevo en el documento de la aseguradora: *hematuria macroscópica silenciosa siete días atrás detectándose tumor vesical por ultrasonido*. Recordé desde luego la famosísima figura de Susan Sontag según la cual al nacer nos entregan dos pasaportes, uno para la vida sana, otro para la enfermedad. Tarde o temprano usaremos el segundo, un pasaporte negro para cruzar la noche del dolor y los pasillos del miedo en la casa de la enfermedad.

III

Poner en orden las cosas, el corte de caja, un deseo de los enfermos y de los ingenuos. Abrí cajones y archivos en busca de los últimos años del siglo XIX. Periódicos, fotografías y libros que había pospuesto para privilegiar la banalidad de la oficina y la miseria cotidiana. Los idiotas siempre postergan lo esencial.

Durante algún tiempo busqué una esquina del Centro de la ciudad: Juárez y Coajomulco. Consulté mapas de principios del siglo XX, pero las calles no coincidían con las del presente. La picota, la revolvedora y la codicia de los urbanistas y las empresas inmobiliarias transforman a las ciudades; a los emprendedores no les importa la memoria, por eso destruyen el pasado. Pero mi intención no era la denuncia, esa grasa de las ideas. No exagero si digo que todo gran edificio moderno esconde una impropiedad y no pocas trapacerías.

En el directorio del año de 1891 localicé la calle de Coajomulco y supe que hoy se llama José María Marroqui, una calle que en 1901 terminaba en un callejón y estaba frente a la Alameda. Aún no se iniciaba la construcción del nuevo Teatro Nacional, es decir, el Palacio de Bellas Artes.

Si un hombre de principios de siglo XX atravesara Santa Isabel (hoy Eje Central) sobre avenida Juárez y rumbo a Reforma, sus pasos lo llevarían hasta López y luego a Dolores. Unos pasos adelante, el mismo hombre encontraría Coajomulco. Atrás de esta calle, hombres y mujeres envueltos en la oscuridad subían y bajaban de un viejo edificio de la calle Independencia y Revillagigedo. En tiempos de lluvia, estas calles se enfangaban, y se volvían callejuelas oscuras, clandestinas, cercanas al delito.

Caminé varias veces por avenida Juárez sin suerte, me perdí en unas cuantas calles sin ver Coajomulco. Así tenía que ser: el edificio que me importaba se vino abajo durante el sismo de 1985 y la construcción de la torre de la Secretaría de Relaciones Exteriores y su plazoleta le cambió la cara a la zona. Después de buscar y consultar supe que en lo que fue la esquina de Coajomulco y Juárez ahora hay un restaurante de comida chatarra.

En ese lugar exactamente estuvo el bar La América, «resumidero del vicio metropolitano de buen tono», escribió Ciro B. Ceballos:

Todos los trasnochadores, ricos o pobres, elegantes o humildes, que se habían divertido en algún baile, que habían reído en algún velorio, o se habían excitado en la ópera con los poblados sobacos de una italiana diva o en las tandas del Teatro Principal con las libidinosas contorsiones de alguna calipigia española, tenían inevitablemente que recalar de arribada forzosa, en ese popularísimo lugar, verdadero refugio de pecadores y pecadoras y hasta de «impecables».

Un *after hours*.

La América no cerraba sus puertas. Ese bar derrotó a la penumbra cuando sus candiles sustituyeron las bujías por los focos eléctricos. A partir de las doce resplandecía de aventura y novedad, los bebedores de la ciudad se sentaban en pequeñas mesas de mármol dispuestos a perder una noche de su vida entre copas. Asistían los trasnochadores, los vagabundos, los noctámbulos y los escritores. Después de agotar las sorpresas del Salón Bach, cuando estaba en Plateros, un grupo de escritores, los modernistas, José Juan Tablada, Bernardo Couto, Rubén M. Campos, Alberto Leduc y Julio Ruelas caminaban por avenida Juárez y entraban en La América. Les gustaba pasar la noche en el largo galerón iluminado por la electricidad hasta que el sol los sorprendía y salían a tomar en Indianilla el primer tren para Tlalpan, donde los esperaba el almuerzo en casa de su amigo Jesús Valenzuela.

Así empecé a ordenar algunos de mis pendientes, con un mapa, un secreto y un sueño perdido: la novela de los modernistas.

El miedo nos empuja a hacer cosas estúpidas: marqué en un calendario el primer día de mi nueva vida. Los enfermos miden distancias que a nadie importan, recuerdan frases que muy pocos guardarían en el baúl de la memoria, piensan despacio en cada paso que sigue; el enfermo acopia minucias colosales. La primera de esas minucias: el regreso a casa; salir del hospital, una módica victoria. Tres noches antes cruzó por mi cabeza que quizá no volvería. Al pasar por el espejo donde le declaré la guerra a la enfermedad vi a un hombre de cincuenta años, desalentado, perdido: no supe qué decirle, lo miré de frente y vi en sus ojos el abismo.

Mi madre llamó por teléfono y preguntó:

—Una semana y no vienes. ¿Dónde andas?

—Un viaje, madre, y montañas de trabajo.

—¿Para qué trabajas tanto? —me preguntó molesta por mi ausencia.

En mi orfandad irremediable sé que siempre necesité de la red de protección de mis padres; aún la extraño, como si fuera un niño perdido. A veces pienso que debí decirles que estaba enfermo, que los viejos son más fuertes de lo que creemos, y mucho más si se trata de defender a un hijo. Agua pasada.

—Te tengo una noticia —le dije para acercarme y robarle algo de calor.

—Terminaste el libro sobre nosotros y la familia y mi papá —me dijo con auténtico entusiasmo.

—No todavía, pero avanza.

—No lo voy a ver. Te tardas demasiado.

Tuvo razón, no vio ese libro terminado, pero le di una buena noticia:

—Dejé de fumar.

—¿De verdad? Sería la gran cosa.

Cierto, una verdad de cien kilos, pero al mismo tiempo una puerta que se abría hacia la adversidad. Antes de entrar al quirófano fumé el último cigarrillo. Mi carrera de fumador empedernido terminaba entre las llamas. El urólogo González Blanco me dijo con una frialdad que detesté en su momento:

—Si no deja de fumar, preferiría no tratarlo. Otros médicos pueden hacerlo, pero yo no. El cigarro es gasolina en el incendio del cáncer de vejiga.

—No fumo más —le dije.

Estábamos de regreso en el consultorio de Sierra Nevada en Las Lomas de Chapultepec. Esperábamos el resultado de la biopsia y noticias del tratamiento, el camino en penumbras que seguiría acompañado por mi tribu. Los seres más queridos siguen al enfermo cuando lo ha tocado la desdicha, los acompañantes son capaces de saltar de un altozano, pero al final el sendero en tinieblas lo camina sólo el enfermo.

El médico nos llamó. Delia, mi hermano mayor y yo entramos y tomamos un lugar en el teatro de la desgracia. No obtuve lo que quería, una obra de tres actos plena de razones y causas, pronósticos, unas cuantas palabras de aliento. González Blanco fue lacónico, aunque no por eso pesimista:

—Ya sabíamos del desarrollo del tumor y también que es maligno. Fueron dos y no uno. Lo hemos confirmado en el resultado de patología. Tumores de células transicionales que no han infiltrado el piso de la vejiga. Al parecer han permanecido en la mucosa vesical y no han puesto sino raíces pequeñas. El resto de las muestras de las paredes de la vejiga han resultado limpias. Una buena noticia —quiso convencerme con una mirada recta a los ojos perdidos de su nuevo paciente: yo.

—¿Qué sigue? ¿Quimioterapia? —apenas escuché mi voz.

—Ya pusimos quimioterapia vesical. Hay un nuevo tratamiento para el cáncer de vejiga. Infiltraciones uretrales. Se trata de una vacuna llamada BCG contra la tuberculosis depositada en cantidades masivas en la vejiga. Seis infiltraciones con una sonda Foley. Entra por la uretra, luego se infiltra. Al cabo de seis semanas descansamos unos seis días y luego hacemos una cistoscopia.

Mienten quienes afirman que lo desconocido infunde miedo, lo desconocido pasa frente a nuestros ojos sin que podamos verlo. Así ocurrió con la descripción del tratamiento. Odié al mundo: si todo resultaba bien, las revisiones cistoscópicas serían al principio cada tres meses durante tres años; luego una cada seis meses, si teníamos éxito, y después análisis cada seis meses y una cistoscopia al año el resto de la vida. Acababa de firmar en el consultorio del médico un contrato. Los enfermos siempre firman contratos, alguno de ellos incluye, desde luego, la muerte.

Le pregunté detalles, quería saber, abrir una cortina, ver más allá:

—Un médico colombiano descubrió hace unos veinte años que la vacuna BCG contra la tuberculosis suele ser más efectiva que otras quimioterapias a la hora de atacar el carcinoma de vejiga. Cada dosis equivale a unas cien vacunas normales, por decir así. El sistema inmunológico reacciona y se concentra en esa zona para impedir el desarrollo de nuevos tumores y apagar el movimiento celular maligno. El efecto de la terapia del cultivo BCG lo media una reacción inmunológica.

Hasta donde pude entender mientras miraba la ampolleta con un líquido transparente en el interior, los linfocitos y citoquinas en el epitelio de la vejiga aumentan. El aumento se vuelve más significativo a los tres meses de la terapia y se le relaciona con la eficacia antitumoral.

La historia del tratamiento había demostrado que biopsias tomadas en pacientes enfermos de cáncer en la vejiga eran proclives a respuestas inmunológicas. Levanté la ampolleta y vi el mundo a través del líquido: turbio y deforme, distante, ajeno. Leí las instrucciones: *Se indica el producto para su instilación dentro del tracto urinario como inmunoterapia del carcinoma in situ de vejiga no invasivo, o en el cáncer de células transicionales primario o recurrente del grado Ta o T1*

después de la resección transuretral. Con la ampolleta entre los dedos y las instrucciones en un trozo de papel delgado supe que era un polizonte en el andén de los hombres sanos con un boleto para el tren de la enfermedad. Di un paso y subí.

En la antesala del consultorio del doctor González Blanco, en espera de la primera infiltración transuretral, recordé unas líneas del escritor brasileño Rubem Fonseca: «Era un pacto de incendio contra ese espacio de rutina gris entre el nacimiento y la muerte al que llaman vida». Como una ráfaga, pensé que todos hemos pactado un día con las llamas. ¿Qué cosas perdí yo en ese incendio?

Recordé en la antesala este pacto cerca del fuego: el fin del milenio ocupaba todas las noticias públicas y privadas de aquel fin de año. Un amigo me dijo, no sin cierta tonalidad melodramática: he caminado por última vez en las calles del siglo XX. Tuvo razón. Deja eso, le dije, refiriéndome a la oscuridad sucia del tiempo que avanzaba contra nosotros. Caminamos por la avenida Tamaulipas, encauzamos la dirección por Oaxaca y luego Insurgentes y Havre. La glorieta en ruinas del Metro quedó atrás. Unas cuadras adelante estaba el Bar Vas, un *table*, un burdel.

Si ibas al baño, dos gánsters vendían cocaína. Si ibas a la barra, una mujer vendía mujeres. Si ibas a la mesa, un mesero vendía cinco minutos con una bailarina desnuda. Sonaba algo en español, una balada, un amor enloquecido por el que cualquiera pactaría con las llamas y con el diablo; y algo más: saliva de besos desdichados. Digo la canción, de eso trataba la canción. Compré cocaína en el baño. Un sobre pequeño.

—Nosotros no consumimos —mi amigo arrojó su incredulidad en la mesa, entre vasos y botellas de agua mineral y una cubeta con hielos.

—Me gané la confianza de dos gánsters. Nunca sobra. Ya verás.

En dos minutos tres mujeres nos acompañaban. Ordenaron bebidas infames y nosotros lo permitimos.

Dice Rubem Fonseca que los hombres eyaculan una media de cinco mil veces en su vida, un trillón de espermatozoides. De verdad lo dice Fonseca en un relato, «La Cofradía de los Espadas». También dice, no él, su narrador, que el sexo lo contiene todo: cuerpos, almas, pruebas, purezas, resultados, promulgaciones, canciones, comandos, salud, orgullo, todas las esperanzas, beneficios, donaciones, concesiones, todas las pasiones, bellezas, delicias de la Tierra.

—Tengo cocaína —les ofrecí a las mujeres, y vi un brillo en sus ojos. Soy bueno para ver el brillo en los ojos de las mujeres.

—Vamos arriba —dijo una de ellas—, todo el edificio es nuestro.

Así nos enteramos de que esa esquina era una gran casa de citas, como le decía mi madre a los burdeles. Pagamos la cuenta con una tarjeta de crédito que nunca volvió a ser la misma.

Le pagué a la mujer de la barra una cantidad escalofriante. Un gánster nos llevó por un pasillo, detrás del escenario donde bailaban mujeres jóvenes desnudas. El corredor conectaba con el edificio. Subimos dos pisos siguiendo al gánster. Las mujeres, atrás. Entramos a un departamento sin vista a la calle. El gánster ofreció una botella. Durante la prohibición del alcohol, en Chicago, nos habría costado más barata. Era ron, un ron vendido como una botella del más costoso coñac. Le hice la broma a mi amigo borgeano:

—Fatiguemos a la noche —me refería a esa fórmula de Borges con el verbo fatigar que

durante un tiempo usaban aquí y allá en el mundo ilustrado sin vergüenza alguna.

Y la fatigamos. Abrí el sobre. Las tres mujeres dieron cuenta de un gramo de polvo. Yo aspiré tres veces; mi amigo, dos. Unas quince líneas delgadas en total. Nunca supe nada de drogas, pero soy bueno para el trago. Subimos el tono, el pequeño departamento de dos recámaras se convirtió en un manicomio. Pensé en los gánsters: ahora nos golpean hasta cansarse y nos tiran en un basurero. No nos golpearon, creo que les dimos pena. Recuerdo que pasadas las siete de la mañana caminamos por Insurgentes, una avenida larga, fea, sin tránsito. No me pregunten, no sé nada de rescoldos; pero les repito, soy bueno para el brillo. A estas noches algunos les llaman vida y no muerte, le llaman luz y no oscuridad. En la sala de espera sentí que me alejaba de la luz de esa noche.

Me tendí en el camastro del consultorio, con los pantalones en los tobillos. El médico me explicó:

—Va a sentir una sensación extraña, no la confunda con el dolor. La sonda entra y de pronto topa con algo, ahí entra a la vejiga con un dolor ligero, en ese momento voy a instilar el líquido.

—Vamos —le dije jugando al valiente.

La vanidad y el orgullo sirven para inventar personajes, en el camastro inventé a un hombre sin miedo. Una patraña de las grandes para ocultar la angustia y el temor. Sin más anestesia que un poco de gel, González Blanco insertó la sonda por la uretra y avanzó unos centímetros. Me agité con un movimiento brusco cuando llegó a la vejiga e inyectó el líquido. Un dolor extraño me atravesó el cuerpo, desde los genitales hasta la cabeza. Sacó la sonda de la uretra y dolió más.

—Una hora y media o dos sin orinar —me dijo el médico.

En el baño del consultorio vi en el espejo a un hombre con lágrimas en los ojos. Me pregunté por primera vez en ese tiempo qué es el control. Intento una respuesta: una batalla contra la adversidad, un reducto final del temperamento. Un enfermo sin mando está muy cerca de la muerte. La gravedad es la pérdida completa del control, cuando la enfermedad misma, los médicos o la familia deciden por un cuerpo sin alma. Perdí el dominio muchas veces en esos meses y sé que en esos momentos estuve cerca de la muerte. Supongo lo que piensan: que exagero y le doy un lugar de privilegio al carácter, como si sirviera para algo esa máscara; lo admito, pero les aseguro que sin algo de odio, el enfermo lo pierde todo y desde luego la vida.

Paseo de la Reforma rumbo a la colonia Condesa, un asco de tránsito, ganas de orinar y dolor. Cuando oriné después de la infiltración, arrojé aire antes de que saliera el líquido.

Así se desvanecieron varios días. Noté que orinaba con más frecuencia. Visité a mis padres y les hablé de un viaje inexistente, una mentira y un deseo:

—Estuve en Oaxaca. Un seminario sobre escritores de finales del siglo diecinueve: Amado Nervo, José Juan Tablada, Luis G. Urbina.

—Mi papá tenía las obras de Nervo y nos la leía a Eva y a mí cuando éramos niñas.

Mi madre me contaba además cómo sus contemporáneos se desarmaban pieza por pieza en la penumbra de la ancianidad. Creo que fue Sandburg quien dijo que el pasado es un cubo lleno de cenizas. Meto la mano en ese cesto y saco algunas cenizas, días que se desvanecen ante mis ojos. De ese cubo emergen todos los fantasmas de las sombras diciendo su parlamento oscuro. No pocas veces dije mis líneas en la madrugada: quizás ha llegado el fin y no hay nada más que hacer; si tuvieras suerte, llevarás un grillete hasta el último día. Despertar en la mañana, con el sol entre los pliegues de las cortinas, un prodigio. Extraña memoria: me dolían los dientes, los

apretaba durante la noche como si quisiera con una mordida detener las acciones del mundo.

Una leyenda de mis años de infancia contaba que todos los hombres y las mujeres llevaban en la última mirada, antes de partir al otro barrio, una imagen que se apagaría dentro del ojo mientras abandonaban el mundo de los vivos. Algo así como una estampa en la pupila. Días después de la muerte de mi padre, me pregunté si llevaba en los ojos algo de la Ciudad de México en esa mirada que se asomaba al abismo. Volví a recordar esa leyenda en el quirófano, durante una intervención de catarata en el ojo derecho. Me lo habían dicho en casa y lo confirmó el oftalmólogo:

—En ese ojo el porcentaje de visión es de quince por ciento. Hay que retirar la catarata.

Ya se sabe: una operación sencillísima en la cual se retira el cristalino y se pone un lente intraocular con aumento. Una hora, no más. Cuando oí al médico, me sentí cansado, decrepito, inservible. Años atrás el ojo izquierdo pasó por esa prueba con éxito. Fijé la fecha con un temple que no me conocía. Me convertí en el maestro de ceremonias de mi ojo derecho:

—No se diga más: tal día a tal hora. ¿Preoperatorios? Correcto. Electrocardiograma. Correcto. ¿Algo más? Con ustedes: mi ojo derecho.

Entonces recordé la leyenda. Por lo que a mí toca tendré que fabricar una nueva imagen en los ojos, pues los cristalinos cedieron su lugar a dos lentes intraoculares. Durante la preparación, antes de entrar a quirófano, pensé que se llevaban para siempre y con el cristalino alguna calle del Centro de la ciudad. Pensé de inmediato en Madero. Me gusta imaginar ese sueño urbano a través del tiempo.

El efecto de la anestesia siempre lo pone a uno más o menos emotivo, se inventan despedidas, vienen a la mente personajes extraños, en fin, un estado alterado de la conciencia que permite viajar al interior de uno mismo. Las inyecciones en el ojo y sus alrededores son de pronóstico reservado, pero nada más, o nada menos. El narcótico que entra por la vena adormece sólo lo necesario para evitar el dolor, el ojo debe estar en funciones durante la operación. La anestesia es relativamente tardía; antes, las intervenciones quirúrgicas se realizaban sin sedantes. Le debemos a John Snow la derrota del dolor mediante la anestesia a mediados del siglo XIX.

Una máquina extraña y supongo que ultramoderna baja del cielo del quirófano y se posa cerca del ojo anestesiado. Luces extrañas, colores, caleidoscopios. Se llevan la calle de Madero en el viejo cristalino inservible. El médico:

—Terminamos. Gracias a Dios todo salió bien.

Metido en la nube de la anestesia, ordeno una sublevación de las fuerzas jacobinas de mi conciencia: «Si hubiera sabido que el médico se encomendaba a Dios, no me opero con él».

La noche de la operación dormí a pierna suelta y soñé que entraba en La Esmeralda, la joyería más exclusiva de la sociedad porfiriana. El oftalmólogo me revisaba la mirada y extraía calles y plazas de ella, del ojo. Luego aparecía Carlos Monsiváis y me decía: «¿Te gusta mi museo? Tú nunca tendrás un museo». La Esmeralda se convirtió en El Estanquillo, donde se concentra la colección privada del escritor. De verdad eso soñé, no miento.

Cuando me retiraron el parche, un chorro de luz inundó el consultorio. El médico revisó el fondo del ojo con rayos siniestros, líneas brillantes que atravesaban la oscuridad tranquila del ojo y el cerebro. Todo en orden y luz a borbotones. Me dieron unos lentes muy parecidos a los que

usaba José Feliciano, el cantante ciego de Puerto Rico.

A la sombra podía estar sin lentes. Me los quité y me acerqué al espejo para ver el ojo derecho, pero antes vi a un hombre derruido. Era yo. No digo que fuera un anciano, pero sí alguien golpeado por los años, canas de más, marcas del tiempo, un desastre. Pregunté en voz baja:

—¿Esto es lo que querían que viera?

IV

Me evadía de la enfermedad en pasajes sombríos del pasado. Me perdía en calles, edificios, plazas, imágenes de esas que se lleva uno en la pupila cuando viaja al otro barrio. Todos tenemos vocación de fantasmas. Mientras desordenaba un librero que quise poner en orden, encontré estas líneas de Montaigne: «El presente no existe, lo que así llamamos no es otra cosa que el punto de unión del futuro y el pasado». Buscaba abandonar el presente, prenderle fuego. Muy cerca de Montaigne había un libro de fotografías antiguas y crónicas viejas de la Ciudad de México. Junté ambos hallazgos. Dejé un campo devastado de libros y busqué un lugar donde me gustaría perderme para dejar atrás esa zona en llamas que se llama presente.

Frente a mí tenía una fotografía del famoso Salón Bach. Si me transportara a una noche de principios del año de 1901, podría observar el mundo desde esa cantina. Samuel Johnson decía que no hay nada de lo ideado por los hombres que produzca tanta felicidad como una taberna. Observaría cerca de José Juan Tablada, Alberto Leduc, Bernardo Couto, Amado Nervo, Ciro B. Ceballos, Balbino Dávalos, al pintor Julio Ruelas, al escultor Jesús Contreras. Mucho ajeno «carabinier», coñac, chartreuse, tequilas plebeyos que, cuenta Ceballos, pasaban por el gañote como vidrio derretido. Ellos eran las flores del mal de principios de siglo xx, los fundadores de una casa de locos llamada *Revista Moderna* y la ciudad una promesa incumplida del hechizo de París que soñó Porfirio Díaz.

Si mi fantasma se hubiera hecho presente la noche del viernes 4 de enero de 1901, habría visto a Ruelas con un periódico bajo el brazo: *El Universal*, no las páginas que editó más tarde Reyes Spíndola, sino el papel más modesto que imprimía Luis del Toro en la calle del Águila número 12. Busqué en la calle de Cuba, pero la numeración ha cambiado y no es fácil saber dónde era el 12 de la vieja calle del Águila.

Una noticia de primera plana:

La noche del miércoles en la calle de La Verónica se cometió un asesinato cuya causa fue la pasión desbocada, los celos. Los protagonistas de esta tragedia fueron Luis Portilla y Benito Vázquez, resultando el primero con una puñalada en el corazón que lo privó de la vida. La policía de la primera demarcación tomó conocimiento del hecho, se presentó en el lugar del suceso y levantó con las formalidades de la ley el cadáver logrando capturar al autor del homicidio que fue remitido a disposición del juez en turno.

Ruelas leyó la noticia, tragó ajeno y dijo:

—El sexo es muerte, dolor y puñaladas.

Las sombras se difuminaban en el humo y las tinieblas del salón. Detrás de mí dejé el aire enrarecido por los olores fétidos del baño y el humo de los cigarros. El perfil de mi fantasma

avanzó por la calle Plateros rumbo a San Francisco.

Desde el hotel Guardiola, cerca del Jockey Club, hoy Sanborns de los Azulejos, observé el predio que ocupó el convento de Santa Isabel, un conjunto de tiendas, un tendajón llamado El Palacio de Hierro, una tienda de Alquiler de Carruajes, comercios de casimires, Cigarros Alfonso XIII, la vendimia y el gusto de principios del siglo xx. En ese terreno los arquitectos de Porfirio Díaz planeaban en secreto el nuevo teatro nacional. Nosotros lo conocemos como el Palacio de Bellas Artes. Nadie sabrá si esa noche del Salón Bach pertenece al pasado o al porvenir. Una de las últimas puertas de la enfermedad es el delirio. Por cierto, Montaigne mintió: el presente es una cadena que arrastramos sin remedio.

Dormía mal. La noche me arrojaba a la arena movediza de la memoria. Me preguntaba en la oscuridad con qué llenaba mi familia el saco de la vida cuando yo era un niño. Traigo de un cuaderno viejo algunos apuntes donde hay frases, ecos, pasajes.

En casa había un disco *long play* de Lucha Villa. Cuando teníamos tocadiscos, mi madre y yo oíamos: «Es que estoy pensando en ti». La marca era Musart y en la portada, Lucha olía una rosa y desafiaba con sus ojos al amor y sus desdichas. A la hora de la comida la televisión en blanco y negro estaba prendida y pasaba *Operación Ja-Ja*. El Loco Valdés me encantaba. En la noche, *Inmortales del cine nacional*, y si me desvelaba, un programa infumable: *Comentarios y celebridades con Agustín Barrios Gómez*. Creo que ya hablé de él. Les recuerdo que las transmisiones de Telesistema Mexicano terminaban a la una de la mañana, de esa hora en adelante, la pantalla se convertía en un caos de puntos y un sonido imponente de estática, la niebla electrónica, lo más parecido a la nada.

Me faltaban muchos años para ver en el cine las películas de adultos. Me conformaba con la cartelera y con soltar a los perros de la imaginación. En el Chapultepec, Simone Signoret e Yves Montand: *Crimen en el coche cama*. En el Roble, David Niven y Deborah Kerr: *Prudencia y la píldora*. No entrar al cine Diana a ver *Valle de muñecas* era una desesperación. «La historia de cuatro mujeres en un mundo donde el amor se llama pasión y la felicidad se llama dinero». Estrictamente para mayores de veintiún años. Yo me colgaba de las lámparas cuando veía la fotografía de Patty Duke con una minifalda de espanto y una cara con gesto de estoy dispuesta a todo. También actuaban Sharon Tate y Barbara Parkins.

Mi familia vivía en oración. Urgía un negocio redondo, a como diera lugar. Las cartas que mi hermano le enviaba a mi madre desde Alemania terminaban siempre con este llamado perentorio: manden dinero, no sean mulas. La idea del giro postal era equivalente a una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Nada que tuviera que ver con el dinero salió de Telégrafos Mexicanos, nada tampoco viajó de Berlín hacia México. Pensaba en mi infancia y lloraba. La noche lo vuelve a uno estúpido. La enfermedad también.

Ocho días como agua rápida de río. Abordamos de nuevo el coche que nos llevó cuesta arriba rumbo a Las Lomas de Chapultepec. En el consultorio sentí de nuevo esa corriente eléctrica que entra por la uretra y se instala en un lugar desconocido que los médicos llaman vejiga. Instiló el líquido BCG. Volvió a dolerme y vi de nuevo en el espejo del baño a un hombre con lágrimas en los ojos.

La tarde de ese día fue distinta. Oriné con ardor. Le dije a Román:

—Oriné fuego y luego lava.

—Primero aire, luego fuego. Quizá la tierra sea más benigna, y no se diga el agua.

Una cistitis me cercó el resto del día. Deseo de orinar sin resultado, un gotero de dolor, ardores desconocidos. Esa misma noche busqué un poema de Ricardo Castillo en una antología de la poesía mexicana del siglo xx. Castillo, gran poeta perdido en un pliegue de los años setenta, elogiado por buenos poetas y mejores críticos. Él se perdió, pero yo encontré un poema que traía en la textura de su asunto toda la fuerza cotidiana. Por supuesto, no voy a meterme en crítica de once varas a discutir qué es la gran poesía. Encontré el tomo y leí sin saber que alguien me leía a mí, la mejor poesía siempre es una persecución. Leí «Oda a las ganas» impedido de orinar por la cistitis, en cuclillas, sí, en cuclillas:

Orinar es la mayor obra de ingeniería
por lo que a drenajes toca.
Además orinar es un placer,
qué decir cuando uno hace chis chis,
en salud del amor y los amigos,
cuando uno se derrama largamente en la garganta del mundo
para recordarle que somos calientitos, para no desafinar.
Todo esto es importante
ahora que el mundo anda echando reparos,
hipos de intoxicado.
Porque es necesario orinarse, por puro amor a la vida,
en las vajillas de plata,
en los asientos de los coches deportivos,
en las piscinas con luz artificial
que valen, por cierto, 15 o 16 veces más que sus dueños.
Orinar hasta que nos duela la garganta,
hasta las últimas gotitas de sangre.
Orinarse en los que creen que la vida es un vals,
gritarles que viva la cumbia, señores,
todos a menear la cola
hasta sacudirnos lo misterioso y lo pendejo.
Y que viva también el Jarabe Zapateado
porque la realidad está al fondo a la derecha
donde no se puede llegar de frac.
(La tuberculosis nunca se ha quitado con golpes de pecho.)
Yo orino desde el pesebre de la vida,
yo sólo quiero ser el meón más grande de la existencia,
ay mamá por dios, el meón más grande de la existencia...

La realidad está al fondo a la derecha. La madrugada del día en que el médico instiló la segunda ampollita me trajo ardores de incendio. El contrato que firmé en el consultorio no incluía las llamaradas de un magma que emerge lentamente y desemboca en el lago hirviente del inodoro. Los contratos, traiciones oscuras de burócratas infames.

Los enfermos de cáncer confunden el tratamiento con la enfermedad. No fui la excepción.

Luego de la segunda instilación pensé que mi estado se agravaba, la cistitis me impedía funcionar en la vida diaria, o cualquier cosa que sea eso que llamamos cotidianidad. En silencio, una idea obsesiva me arrinconaba: avanzo rápido al precipicio. Hay un momento en que el enfermo con dolor considera con absoluta seriedad que ha perdido la razón.

En mi casa hay locos. Me refiero a la casa histórica. La tía abuela Nina Gay se chifló desde muy joven. He visto fotografías de Nina y era guapona. Un día dijo que la perseguía el globero, un personaje urbano muy común en esos años que caminaba por las calles de la ciudad con un silbato en la boca y una nube de globos arriba de su cabeza. Nina dijo que el globero la quería cerca sólo con eróticos fines muy serios y ella, aunque excitada, no cedió a sus impulsos y se escondió dentro de un tinaco.

Sí, leyeron bien: un tinaco. Los padres tuvieron que subir a la azotea, abrir cada uno de los cinco tinacos. En uno de ellos encontraron a Nina tiritando de frío. No me dejen en manos del globero. No, Nina, el globero se fue. Locura y verdad, los genuinos impulsos ingobernables de la piel de Nina.

El abuelo Pepe, padre de mi padre, regresaba de su trabajo burocrático en Petróleos Mexicanos a las cinco de la tarde, se quitaba uno de sus dos únicos trajes, se ponía la pijama, colocaba el pantalón debajo del colchón para que con el peso lograra un planchado automático. No era un demente, pero sus sueños lo convertían en un loco. Soñaba, según él, cosas del futuro. Quizá me soñó y pensó que estaba loco de remate.

Ramón Gay, exitoso actor de cine de los años cincuenta, primo hermano de mi padre, un día se encerró en un baño, selló las ventanas, prendió un anafre y se entregó a diversas ensoñaciones. Mi padre rompió una ventana y lo salvó. Motivo del intento suicida de Gay: sus proclividades homosexuales. ¿El suicidio es una locura o una verdad?

Tomás Perrín le regaló un chivo a mi padre. Aceptemos que ocurren cosas raras. En el ojo de un huracán conyugal, papá se encerró con una botella de brandy, el chivo y una pistola. Mató al chivo. El amor: ¿es una locura o una verdad? Mi madre me decía: vine a caer en una familia de locos, y agregaba: me gusta, nunca me aburrí. Los locos son interesantes. No miento, así lo dijo una noche de tranquilidades seniles.

La tercera instilación tocaba el timbre de la puerta. En la antesala del pequeño consultorio de González Blanco había lista de espera. Caminamos por la calle. Frente a la barranca de uno de los parques de Las Lomas de Chapultepec. El miedo funda imperios. En mi caso fundó una familia. Hablo en serio. Se equivocan los que piensan que es el amor lo que une a las personas, pero en fin, de momento no voy a disfrazarme de psicoanalista. Odio Las Lomas y también odio la Torre Latinoamericana. La historia es larga, pero podría resumirse en dos o tres episodios en los cuales he vuelto a caer como se cae en el hoyo de la memoria, por torpeza y distracción.

Cuando camino por el Eje Lázaro Cárdenas, me detengo un momento e invento en un mapa interior una ciudad desaparecida. El convento de San Francisco en demolición y la avenida Santa Isabel perdiéndose rumbo a las montañas del horizonte. El siglo XIX quemaba sus naves. Los derribos del terreno desaparecieron y un enorme baldío iluminó la esquina de Eje Central Lázaro Cárdenas y Madero que compraría la compañía de seguros La Latinoamericana, fundada

en 1906. En ese terreno crecería ese sueño de la grandeza mexicana.

La voracidad del alemanismo y sus negocios urbanos permitieron que en 1948 empezara la construcción de la Torre. Cuatro nombres de ese tiempo que en la casa de mi infancia se escuchaban como si fueran héroes: el ingeniero Adolfo Zeevaert y los arquitectos Augusto H. Álvarez y Manuel de la Colina. A mis padres les parecía que la construcción del edificio más alto de México merecía todo el respeto del mundo. Nunca entendí por qué se debía admirar un edificio tan feo como esa Torre, con recubrimiento de aluminio y una franja azul en cada piso, pero no vamos a discutir aquí de arquitectura.

La Torre se inauguró en 1956, en la nueva ciudad ruizcortinista y bajo el mando del entonces regente de la ciudad, Ernesto P. Uruchurtu. Los que nacimos en la parte alta de los años cincuenta crecimos oyendo la letanía de que a la Torre Latinoamericana nunca la derrumbaría un sismo. Todavía repito en ocasiones, como si hablara de algo mío, que el sistema de rieles de la torre la vuelve un portento de equilibrio y fortaleza. Desde luego no sé lo que digo, no tengo idea de lo que sea un riel bajo la tierra ni cómo pueda ponerse tal instrumento para vencer a la cólera telúrica. Pero no he dicho por qué la odio. Para mí representa la humillación y el fracaso.

La década de los sesenta cerraba la ventana bajo el estruendo del escándalo político que la mano criminal de Díaz Ordaz silenció a tiros. Mi madre me llevaba. No recuerdo el piso en el cual ella recogía el cheque que el hermano de mi padre nos daba para pagar la renta del departamento de la Condesa en el cual sobrevivíamos al derrumbe financiero y la quiebra amorosa de mis padres. Durante muchos años viví ese acto de generosidad como una ofensa, una limosna que la vida nos tiraba al suelo para que la recogiéramos en una reverencia indigna. ¿Qué piso era? Le preguntaría a mi hermano, pero está muerto. Una oficina en la Torre Latinoamericana era sinónimo de éxito y prestigio. Y los que recibían cheques de caridad, una basura despreciable. Desde entonces sé que los edificios no son nada sin la emoción que los habita o la memoria que los sostiene. Mis recuerdos, por cierto, no tienen rieles contra los sismos.

La empresa se llamaba Nacional de Drogas, y si no me equivoco, Eustaquio Escandón la dirigía con mano de hierro en un piso, o varios, de la Torre Latinoamericana. Una carrera de ascenso en esa empresa y ese edificio le permitieron al hermano de mi padre ahorrar una modesta fortuna, a esta forma de malgastar el tiempo y el esfuerzo algunos le llaman vida ejemplar. De nada sirvió. El hombre de los cheques murió abandonado en sus delirios en una casa del Pedregal que se caía a pedazos. Pinche Torre Latinoamericana, la odio.

Entré a la sala del consultorio. Oriné y luego me tendí en la camilla con los pantalones en los tobillos. El médico humedeció con gel la punta de la sonda Foley. Penetró el canal de la uretra. Sentí el dolor indefinible de la sonda a contracorriente. Todo, incluso lo terrible, se aprende rápido: la manguera toca una pared y luego sube, en ese momento entra a la vejiga. González Blanco inyectó el líquido de la ampolleta. Hice un arco con la espalda:

—No se mueva —dijo el médico mientras instilaba hasta la última gota.

—Una hora sin orinar para no perder el contenido.

La asistente me dio ánimos con la misma frase:

—Ha soportado bien. Muchos pacientes sangran desde la segunda instilación.

De regreso a casa me venció el desaliento como nunca antes. La prueba mayor del enfermo:

resistir el abatimiento, primero, y el dolor, más tarde. Me faltaba la segunda parte de la prueba. Horas después recordé que había orinado aire, me tocaba destilar fuego. Doblado sobre el inodoro cayeron algunas gotas de lava roja y se perdieron en el fondo del estanque. En adelante, una cistitis desató dolores en el vientre que me llevaban al baño cada cinco minutos. Era la trampa del dolor: no orinaba sino dos o tres gotas, en llamas.

El rosario de medicinas, las pastillas, las tabletas intentaban darle un descanso a la vejiga. Recuerdo los nombres como se recuerdan los amuletos de un hechizo. Mi horario se ordenaba así: Detrusitol y Pimir, Tylex y Dolac tres veces al día, Tafil por la noche, Secotex cada ocho, Dolac sublingual cada doce horas, sólo si el dolor se volvía una daga; siempre lo era, una hoja delgada de filo brillante.

La tercera instilación me había cobrado 24 horas sin dormir. El péndulo me movía cada diez o doce minutos al baño a no orinar. Un día después de la tercera instilación dormí unas cuantas horas. El dolor te mantiene en pie de guerra y no te permite el abatimiento, pero cuando cede y baja la intensidad, la tristeza conduce la vida a la oscuridad. Me repetía una y otra vez este conjuro:

—Este infierno es el tratamiento, no la enfermedad.

El sortilegio era correcto: con un buen viento el plan del urólogo podría dar resultado y evitar un nuevo tumor maligno en la vejiga y, sobre todo, librar la metástasis, la expansión del mal en alguna parte del cuerpo. La palabra terrible: metástasis, una mezcla de *meta* y *stasis*, «más allá de la quietud», en griego. En ese tiempo leí todo cuanto pude sobre el cáncer, conocer al invasor, su historia, se convertía en una esperanza. La «patología del exceso», una enfermedad expansionista, dice el gran investigador Mukherjee, invade los tejidos, establece colonias, busca un santuario en un órgano y luego migra a otro. Casi todos los cánceres conocidos tienen su origen en una célula ancestral que después de adquirir la capacidad de dividirse y sobrevivir, produce una cantidad sin límite de descendientes.

Una de las peores compañías del dolor es la noción del sacrificio, la idea estúpida, religiosa, de que el dolor se vuelve necesario para ver la luz curativa. Contra esta idea crece la certeza de que todos nos hemos sacrificado algún día, el que lo niegue, miente. Hasta el más egoísta conoce la ofrenda de una renuncia.

Un día decidí que quien entiende algo desactiva su fuerza destructora. Retórica, basura. Nada me consolaba, el dolor me traspasaba y aparecía en la espalda. Los que han ardido en él saben la diferencia que hay entre el dolor agudo y el dolor crónico. Yo me había pasado a la segunda piedra de sacrificios. Esa idea existió desde la fisiología romántica, pero sólo hizo su aparición explícita en la segunda mitad del siglo XX. Entonces la idea del dolor cambió para siempre, una cosa era aquello que ocurría de vez en cuando y otra el fuego que acompaña noche y día a un alma en pena. Una de las grandes discusiones de la medicina consistió en decidir si el dolor era un mal necesario. Al final, una visión cultural cambió para siempre: el dolor no es necesario en la vida, y puede vivirse durante largos periodos sin él. En esos días solitarios, memoricé una máxima rara de Adam Smith escrita en la *Teoría de los sentimientos morales*: «Nada se olvida tan rápido como el dolor». Puedo asegurar que así pasa, por esta razón el dolor sorprende siempre, como si fuera la primera vez. Al espasmo se le puede combatir con una alta probabilidad de éxito, pero nunca pierde su fuerza oscura, su residencia es el engaño y la traición. Nunca como en ese tiempo fui un fantasma.

V

Una noche dentro de la noche. Le prometí a un amigo que le robaría esta línea: aquí está, entonces, la línea robada. Le pertenece al escritor Eliseo Alberto, Lichi, que a su vez la tomó prestada de Virgilio Piñeira. Así es la literatura, un raro sistema de préstamos y devoluciones. Lichi y yo empezábamos a hacernos amigos. Una tarde, en su departamento de la colonia Del Valle me dijo, con esa voz de erres asmáticas y arrastradas: a ti esto no te tira, lo sé porque soy un poco brujo. Nadie puede ver su destino. No volví a verlo. Serias complicaciones después de un trasplante de riñón lo tiraron antes de tiempo.

Buscaba entonces una noche dentro de mi noche. Restauraba la bohemia de principios del siglo xx. Volví al Centro de la Ciudad de México. Imposible reconstruir las calles de esa pequeña ciudad. Quien haya visto una fotografía de Santa Isabel en el año de 1880 (luego San Juan de Letrán y más tarde Eje Central) sabrá de qué hablo. La avenida que a principios de los años treinta del siglo xx era conocida como la Vía Blanca, una calle ancha de comercios, tránsito y luces de teatros y cines, no existía en la mente de ningún paseante de finales del siglo xix.

Mis evasiones a la calle tenían un serio inconveniente: la ruta de los baños. De minuto a minuto, me urgía orinar y buscaba baños públicos. Sé de baños. No exagero si digo que conocí decenas y decenas obligado por la urgencia tiránica de la cistitis.

Lo que conocimos como San Juan de Letrán no era una calle más amplia que un callejón. En esas calles oscuras pasaban la bohemia, el café, el alcohol, el sexo, una sensibilidad se abría paso mientras el siglo xix desaparecía. En esa ciudad pequeña, una generación de escritores hizo crecer su propia noche. Se trata del último rincón de la prosperidad porfiriana que se extendió apacible entre los años de 1888 y 1908.

Almas exasperadas al borde del abismo. Ya hablé de ellos y del secreto y la culpa que los unió: Bernardo Couto, José Juan Tablada, Alberto Leduc, Jesús Valenzuela, Ciro B. Ceballos, Amado Nervo, Rubén M. Campos.

Ruelas puso por primera vez la tentación de la torrentera:

—El sexo y la muerte, una y la misma cosa. Sólo quien vea de cerca a esa pareja conocerá el arte de la noche.

El joven Couto había bebido demasiado Ginger Ale con tequila para entender el mensaje del pintor, pero Leduc le seguía la corriente:

—Unamos esas dos caras de la sombra.

La penumbra de esos tiempos conectaba con mi dolor y mis abismos, como si fuera parte de un mensaje del pasado, un pedazo de una carta que siempre esperé. El retrato de esas calles y esas noches de la ciudad se encuentra más en los periódicos que en los estudios históricos.

Durante los días de mis tratamientos leí *El Imparcial* como si trajera impresas en sus páginas las noticias del día de ayer. Me hubiera gustado ser el intermediario de esas historias, una de ellas, la más importante y la menos conocida ocurrió cuando Ruelas insistió, ante el incendio de la madrugada y el exceso de alcohol:

—Vamos a casa de Madame Lara.

Los ojos de Ruelas brillaron en la oscuridad. Madame Lara regenteaba por los rumbos de la estación Colonia de los Ferrocarriles un bastimento labrado en piedra. Como en otras casas que se estrenaban al abrir el siglo XX, la construcción se concentraba hacia un lado del predio para que las ventanas quedaran ubicadas hacia la calle y que la luz natural supliera la falta de iluminación eléctrica. En el patio posterior de la casa estaban los baños, la lavandería, los cuartos de los criados, la habitación del intendente y las cocheras. Los que abrazaban a la noche sabían que la casa de Madame Lara era un paradero elegante de perdiciones indecibles. La mala lengua asociaba a Lara con influyentes parientes de Porfirio Díaz que protegían tramas oscuras e incluso algún crimen sin castigo.

Un coche se abrió paso en la sombra, entre el fango, las piedras y los sueños nocturnos de cuatro artistas en busca de su alma negra. Dos aldabonazos trajeron a la puerta a un hombre alto que los hizo esperar en la intemperie de vientos fríos. Al final de las consultas subieron los escalones de la entrada mientras Madame Lara los recibía:

—Amo a los artistas —le dijo a Ruelas—, pero sobre todo a mi pintor de oscuridades. Todo lo que este hombre pinta —se dirigió a los acompañantes de Ruelas—, lo ha visto entre los muros de esta casa. Moriré en el olvido, nadie recordará que de aquí salieron sus raras aves, sus mujeres insaciables, sus coronas de sangre, los sacrificios de carne y alma. ¿Quién es este niño? —preguntó Madame Lara refiriéndose a la juventud de Couto.

Tablada le contestó rápido:

—Este niño es el mal, Madame.

—Pasen al jolgorio —Madame ignoró la definición de Couto.

En el vestíbulo, Ruelas, Tablada, Leduc y Couto ofrecieron sus capas y redingotes a un criado. En lo alto del *foyer* había un tragaluz que durante el día traía luces cenitales a la estancia y durante la noche dibujaba el aro de un pozo en el que todos los invitados habían caído a esas horas de la madrugada.

Al pasar a la sala, Ruelas vio a un militar que le besaba los pechos al aire a una mujer de carnes sublevadas y colorete en las mejillas. En la sala, sentados en sillones de brocados y pasamanerías doradas, algunos sobrevivientes de la noche hablaban con mujeres que retenían el pelo en rebeldía con peinetas de carey. Durante la mañana, Ruelas bebía estricnina con café; por la noche, coñac. Caminó sobre la duela y asomó la cabeza detrás de un biombo y cerca de los cortinajes de una amplia ventana donde un hombre gemía, un pistón dentro de una mujer a quien le subió la falda y sentó en una pequeña mesa de caoba con patas de león labradas en madera y fina marquetería de flores y grecas. Medias negras, corpiño y la cabeza hacia atrás. La sala comunicaba mediante una puerta cancel de vidrios esmerilados a una antesala en la cual Madame Lara tomaba café y conversaba con tres eminencias porfirianas de gajes ilícitos y prácticas antinaturales.

—Julio aprendió a espiar en Alemania —dijo Leduc con el pelo en torbellinos.

Se refería a los cuatro años que pasó Ruelas en Alemania, de 1891 a 1895 en la Universidad de Karlsruhe en Baden. En ese tiempo modeló sus admiraciones por el romanticismo alemán.

La fama de la casa de Madame Lara crecía en la noche de la ciudad. Al subir la escalera de madera, otro mundo esperaba en la sombra. En una de las habitaciones aguardaba una noche dentro de la noche, como quiso y dijo Eliseo Alberto. El olor concentrado de transpiraciones añejas y alcohol en la atmósfera anunciaba la proximidad de un misterio.

—¿Subimos? —propuso Lara una vez que encargó a sus influyentes amistades con algunas mujeres de poca ropa.

Ruelas, Tablada, Leduc y Couto subieron la escalera. Madame Lara le preguntó a Ruelas haciendo un alto en un escalón:

—¿Les has contado de qué trata el juego?

—Ellos juegan al azar y al bártro —contestó Ruelas embotado por el coñac y el cansancio.

En una cámara mortecina, apenas iluminada por dos candelabros, el perfil de tres mujeres desnudas tendidas en mesas de mármol que gemían por el dolor que les provocaban sus amos, las mujeres llevaban cinturones de cuero en el cuello que los amos apretaban. Golpeaban con fuetes de rancho de vez en vez para fabricar gemidos y jadeos en la penumbra. Después de algunos minutos, una voz dijo mientras apretaba el cuello con el cuero:

—Están listas.

En ese momento, los invitados debían acercarse a las mujeres y penetrarlas en el acto de una asfixia inducida, sólo las liberaban del ahogo si el final se convertía en la llama del deseo satisfecho, ese era el nombre del juego: deseo y dolor. Los pabilos humedecidos de las velas de los candelabros le regresaron la oscuridad y el secreto a la habitación.

—Vuelvan cuando quieran —dijo Lara a punto del alba—. Y para ti, Julio, tengo sorpresas en tu próxima visita. Para ti también, niño —le dijo a Couto con un cariño en la mejilla.

Aturdidos por las visiones diabólicas de la noche, Ruelas, Tablada, Leduc y Couto caminaron hacia la estación Colonia, como si los esperara un tren. No lo sabían, pero el viaje había empezado. Ruelas dijo envuelto en la felpa de una capa y los ojos entrecerrados para protegerse del viento del amanecer:

—El dolor, el deseo, la muerte.

SEGUNDA PARTE

I

El dolor habita en la oscuridad hasta que un día se ilumina y nos transforma. A mí me convirtió en una sombra. No supe buscar una salida en la morfina, y conseguirla habría sido imposible sin internarse en la vida clandestina. La prohibición de las drogas le abrió al dolor el camino por el que circula en libertad y sin contenciones. Si se pudiera comprar opio con una receta en la farmacia, el dolor perdería la batalla. Tiempo después de que el espasmo se iluminó en la vejiga y todos sus circuitos nerviosos, en el pene, en el glande, leí *Las crónicas del dolor* de Melanie Thernstrom para completar este informe. Me enteré de que el opio es el analgésico más potente y su efecto es distinto al de los anestésicos como el éter que dejan al paciente sin conciencia. Una persona bajo los efectos de un opiáceo se encuentra en condiciones de manejar todos sus sentidos y la relación con el dolor se altera, bloquea la transmisión de las señales de fuego. Los opiáceos cambian nuestra relación con el sufrimiento, pues aumentan el nivel de dopamina en el cerebro creando una sensación de placer. Como a otras cosas en mi vida, llegué tarde a este libro y no reaccioné a tiempo. Muchas veces he tardado en reaccionar. Me entregué al dolor tratado con analgésicos infantiles y al miedo al dolor, al sufrimiento y a la muerte.

Sé del miedo. La mañana en que llegué al aeropuerto de la Ciudad de México, ese manicomio de nómadas, a las diez de la mañana, el país se ahogaba en sangre bajo el estruendo de una balacera sin fin. Odio los viajes de negocios. Así les llamo yo a las reuniones de trabajo y dinero. Pese a lo que digan los gerentes y los emprendedores, no sirven de nada. Viajaba al sureste de México, a Chetumal, Quintana Roo, en la península de Yucatán, para encontrarme con un funcionario cultural a quien le interesaba mi mano editora para una colección de libros. Vivo de eso, de poner palabras una tras otra; palabras mías y de otros, a estos se les llama editores, a los primeros periodistas, escritores, da igual.

Abordamos antes de las once y el avión ocupó su lugar en la pista para el despegue. Traía conmigo dos libros: una biografía de Cortés, no la clásica de José Luis Martínez, sino otra de Juan Miralles, una hazaña de fluidez y conocimiento. Si la erudición no avanza como los ríos caudalosos, acaba con su tema en el fondo del mar, un galeón que un día descubrirá un buscador de tesoros. Arriba o abajo de esa historia, mil historias: *Freud, el crepúsculo de un ídolo*, de Michel Onfray. Cada quien elige su confusión. Por cierto, Onfray cuenta con detalle la forma en que Freud retiró de sus obras los textos en los que contaba los experimentos con la cocaína que realizó consigo mismo y sus pacientes.

El avión despegó suave y tomó altura sobre la Ciudad de México. Quise ver Texcoco, mientras el hormiguero quedaba abajo y atrás. De allá viene todo lo nuestro, de un lago indomable, cuando esas aguas cedieron a la voluntad del hombre, quizá lo perdimos todo.

Ciudad lacustre, le llamaron a la fundación de esta locura.

En aviones como el Airbus 320 que volaba rumbo al sureste, los turistas huyen de los infiernos urbanos hacia la península de Yucatán y al encuentro de Cancún, Cozumel, Tulum, Isla Mujeres. La empresa del gran turismo le ha llamado Riviera Maya. No es para menos, en esa zona de selvas intrincadas y porosidades blancas de roca caliza puede encontrarse el paraíso. En verdad allí empezó todo. Chetumal es parte de ese origen.

En lo alto y con vientos a favor, leí acerca de ese grupo de locos que un día de febrero de 1517 partió de Cuba rumbo al continente, la flota de Velázquez, ni más ni menos. Yucatán ya tenía nombre. Cuando la primera expedición llegó a la península y tocó tierra firme, los indígenas respondían a la primera pregunta española así: «tectetán, tectetán», los indios querían decir «no entiendo». Los españoles, soberbios y más bien cortos de entendederas, interpretaron el nombre y le llamaron «Yucatán». En nuestro origen siempre hay un malentendido.

Grijalva se hizo jefe de la expedición a la mala y llegó a Cozumel. Un río de caudales indomables que inundaría en no pocas ocasiones aquellas tierras recibiría el nombre del capitán. En el mundo maya, mientras Grijalva atravesaba brazos de mar, una bahía esperaba tranquila su futuro: Chetumal. Vi el agua de Bacalar desde la ventanilla del avión, me pareció ver, abajo y al fondo, un brillo de plata. El piloto anunció el descenso y el avión empujó los metales hacia la tierra. Cuando tocaba bajar aún más y luego tocar tierra, el aparato se elevó con la furia de todas las turbinas hacia lo alto. Los pasajeros del Airbus 320 dimos una vuelta innecesaria a la bahía de Chetumal antes de que el aparato bajara de nuevo la nariz. Un movimiento un tanto brusco levantó a la nave de nuevo. El mismo movimiento ocurrió por tercera vez y yo sentí por primera ocasión un nudo de marino en el estómago.

Tres intentos fallidos de aterrizaje. El capitán De la Barreda nos informó que nos esperaba un aterrizaje inusual. Los eufemismos, antesala de las desgracias. Los sobrecargos pasaron a toda prisa por el pasillo y sacaron extinguidores de los compartimentos de seguridad. Vi desde lo alto extensiones verdes y lo que supuse que eran las aguas de Bacalar y sus brillos insólitos en grises eternos como los que vio Grijalva.

Una mujer, compañera de viaje y miedo, me preguntó:

—¿Usted qué cree?

—No sé. Que no baja el tren de aterrizaje —contesté con seguridad de conocedor—. Vamos a intentar un aterrizaje de emergencia. Todo saldrá bien —le ofrecí consuelo desconociendo a la persona que soy, un hombre en quien el miedo puso una raíz.

La cuarta acometida sobre la estrecha pista del aeropuerto de Chetumal paralizó a los pasajeros del vuelo. Las turbinas sonaron en retroceso como si engañaran al destino y yo supe, en un segundo, que conocía esa emoción, eso que crecía dentro de mí y seguramente dentro de todos los pasajeros del vuelo. La sentí la tarde en que estuve por primera vez en el consultorio del doctor González Blanco. No quisiera jugar a la magia, aunque sé que nos ronda sin que lo sepamos, pero mientras la nariz del aparato apuntaba a la tierra, pensé en la mirada de la muerte. Me miraba de nuevo.

El avión depositó su peso de metales en la pista sin contratiempos. Yo apretaba el libro de Cortés entre las manos. Un libro sirve para todo. El aparato avanzaba e invertía las turbinas sin volcar y sin fuego. Vi por la ventanilla un camión de bomberos, alfombras aislantes de aluminio, ambulancias, taxis. El piloto logró una hazaña. No todas las hazañas respetan la vida. Bajé por la escalerilla y sentí el aire caliente y húmedo del trópico, la mano ardiente de la vida sobre las

almas que descendíamos del Airbus 320. Al día siguiente, un periódico local puso esto en su primera plana: TERROR EN EL AIRE.

La literatura te sale al paso, te mete el pie cuando crees que vas adelante. Tiempo atrás había leído *Nada que temer* de Julian Barnes sin entender lo que entonces sabía: el miedo a la muerte quizá sea la emoción más intensa que existe. La muerte nunca te falla, dice Barnes, monta guardia siete veces a la semana y trabaja de buen grado tres turnos consecutivos de ocho horas. Compráramos acciones de la muerte, si existieran; apostaríamos por ella, por muy inciertas que fueran las posibilidades.

Más tarde, enfilé varios vodkas al frente de la bahía recordando esa verdad de cien kilos. En el tercer trago quise recordar un poema de Neruda sobre la muerte. Nada. Mi memoria no se dejaba atrapar, una liebre en el campo. De regreso a casa fui al libro y al poema, «Sólo la muerte». Encontré estos versos:

Yo no sé, yo conozco poco, yo apenas veo,
pero creo que su canto tiene color de violetas húmedas,
de violetas acostumbradas a la tierra
porque la cara de la muerte es verde,
y la mirada de la muerte es verde,
con la aguda humedad de una hoja de violeta
y su grave color de invierno exasperado.

Invierno exasperado. El pequeño consultorio del médico se convirtió en una cámara de tortura. Recuerdo la calle de Sierra Nevada como una ordalía de dolores múltiples. Antes de la cuarta instilación, la asistente me repitió:

—Usted ha soportado bien, no cualquiera aguanta: muchos sangran desde la segunda vez.

—¿Por qué lo dice? ¿Qué ha visto? —quise saber más de mi futuro.

—He visto a pacientes sangrar por la uretra y renunciar al tratamiento. Los he visto llorar y retorcerse sobre la camilla con la sonda en el pene.

La vanidad es un veneno poderoso, el comentario me alentaba en el camastro del consultorio. Conocía la historia de memoria: la sonda Foley en la uretra, gel, el camino por el interior del pene en busca de un destino; luego, a medida que penetraba, el primer dolor, la cuerda tensa dentro del cuerpo, la instilación. Más tarde, la barranca de Las Lomas, mi madre y mi infancia de pantalones rotos. Por la tarde y el resto de la noche, orinar sin orinar entre dolores sin piedad.

El escozor aumentó la tarde de la cuarta instilación y rebasó todo presupuesto de la cistitis, la irritación, la carne viva y el punzón en el vientre. Al orinar, después de dos noches en vela, vi pedazos de piel roja flotando en el agua del inodoro. Le llamé al médico:

—Piel, sí, con sangre.

—No es peligroso, me parece que la BCG está exfoliando el interior de la vejiga. Visto de ese modo, es una buena noticia tratándose de un tratamiento oncológico.

—Me dobla el dolor.

—¿Del uno al diez?

—Nueve. En la parte más difícil casi pierdo el sentido.

—Estamos a dos instilaciones del final. Más analgésico. O bien una combinación de codeína y

otros medicamentos.

—¿Y si me anestesia en la próxima instilación?

—Puedo hacerlo, pero al despertar volverá el dolor. No puedo dormirlo dos días.

Me sentí abandonado en una casa antigua, a oscuras, la casa del dolor.

En esos días leí páginas y páginas en busca de respuestas. Obtuve información, pero no respuestas. Thernstrom iluminaba así los rincones de la desesperación: el dolor agudo es la reacción de un cuerpo sano ante una lesión tisular y sirve para alejarnos de las amenazas y alertarnos del sufrimiento de daños mayores. Una vez curada la lesión original, el dolor desaparece. El dolor agudo es un protector.

Seguí el camino: para ilustrar la diferencia entre el dolor agudo y el dolor crónico suele recurrirse a la metáfora de la alarma de incendios. El dolor agudo es como una alarma que funciona a la perfección siempre que hay peligro y deja de sonar cuando desaparece. El dolor crónico no es protector, pues su intensidad no guarda relación con la cantidad de tejido dañado, y de hecho puede surgir sin que exista ninguna lesión aparente, una alarma descompuesta que suena sin parar y que sólo sirve para anunciarnos su propia descompostura. Puede que no haya fuego; puede que el peligro inicial haya sido sofocado tiempo atrás. O puede que nunca haya existido un peligro. El problema reside en el propio mecanismo de la alarma, como si tuviera un cable cortado y todo el sistema funcionara mal. Tuve en las manos esta explicación inútil y desconsoladora una madrugada de convulsiones intensas. Según mi lectura, yo había abierto la puerta que comunicaba al dolor crónico. Lo entendí sin fuerza para la batalla, desalentado, vencido a las puertas de un amanecer de llamaradas en el vientre.

Los hombres del pasado son gente del mañana. A mediados del siglo XIX Alphonse Daudet contrajo la sífilis y sufrió dolores infames que lo convirtieron en un hombre perdido. Llevó un diario, *En la tierra del dolor*, recuperado y anotado por Julian Barnes. Un descubrimiento: el dolor es enemigo de la fuerza descriptiva. Cuando llega el momento de sufrir, como la pasión, el dolor expulsa al lenguaje. Daudet: las palabras vienen cuando todo ha terminado y se ha calmado la tempestad. Las palabras nombran recuerdos estériles, mendaces. Por esta razón este informe sobre el dolor es en cierto sentido el fantasma de lo que ocurrió aquellos días. Otra alma en pena entre las muchas que aparecen en esta trama.

Tres grandes del club de la sífilis: Baudelaire, Flaubert, Maupassant. El cuarto, Daudet, contrajo la enfermedad de una *lectrice de la cour*, una mujer cuyo oficio era leer en voz alta para la corte imperial, una mujer de la flor y nata. El trago lo desbarrancaba en los burdeles. Daudet conoció pronto el dolor, en 1884 lo operaron de un hidrocele y soportó el doloroso drenaje de un testículo inflamado. Nada frenó su deseo de oscuridad hasta el día en que la sífilis regresó y lo tomó por sorpresa. Reumatismo, fatiga, hemorragias. Charcot, el gran médico que observaba la histeria femenina, lo declaró incurable.

El texto de Daudet que leí y releí en busca no de consuelo sino de un consejo practicable informaba esto: a la enfermedad se le debe tratar como un huésped indeseable. La vida diaria tiene que continuar con la mayor normalidad posible: no creo que vaya a mejorar, decía Daudet de sí mismo, y tampoco lo cree Charcot. Pero siempre actuó como si mis malditos dolores fueran a desaparecer mañana por la mañana. En la fase terciaria de la sífilis, Daudet tenía problemas óseos, gástricos y serias dificultades para orinar. No me servía Daudet, nada sirve si te atraviesa

una brasa. El golpe más duro: cuando uno admite que la enfermedad es un fracaso público y privado, el primer triunfo de un padecimiento serio sobre un enfermo.

Por las noches me levantaba de la cama y me sentaba en el estudio. Sentado, las contracciones disminuían, no sé cuánto, pero disminuían. En la oscuridad pensaba en fantasmas y en los mundos del pasado. En mi plan de evasión, Victor Hugo estaba en el lecho de muerte el 22 de mayo de 1885 sin comprender qué hacía tan lejos de su juventud, consumiéndose de una congestión pulmonar durante siete días de agonía en una cama de la vieja casa de la rue de La Rochefoucauld. Tenía ochenta y tres años, su obra y su fama habían secuestrado al siglo entero con su desmesura pública y los huracanes de su vida privada. En su lecho de muerte, Hugo logró evadirse del dolor convirtiéndose en un fantasma, juraba que había tenido conversaciones espíritas con Sócrates, Cristo, Shakespeare y Byron. Sólo la insensibilidad y la locura derrotan al dolor.

En esos días pensé que cuando fumaba era feliz. Me refiero a que la compañía del humo, el orden de los cigarrillos en el paquete recién abierto, el olor de la primera fumada me hacían sentir bien, incluso melancólico porque, se sabe, a veces la felicidad atraviesa por la neblina de una tristeza extraña. Esos detalles mejoraban mi vida, como si tuviera más ilusiones y más sueños que perseguir.

El escritor Antonio Lobo Antunes ha dicho que escribir es como una droga. Se empieza por puro placer y acabas organizando tu vida como los drogadictos, en torno a tu vicio. Eso hice yo con el cigarrillo durante años. Fumé el primero a los catorce. Me lo ofreció el satánico Hernández en la calle donde jugábamos fútbol y dibujábamos en el aire nuestros primeros sueños inalcanzables, como por ejemplo jugar en las infantiles del equipo Necaxa.

El primer jalón de humo pasó por mi garganta como una llamarada y tosí como si fuera a escupir el paladar. No abandoné el cigarrillo durante los siguientes treinta y seis años. Fumé Bali, Baronet, Commander, Record, Del Prado y un día abrí la puerta triste de los Marlboro Light. Me quedé a vivir adentro muchos años.

Fui capaz de hurgar en el bote de basura de un estudio a las cuatro de la mañana para sacar una bacha y darle dos fumadas. Fui capaz de salir bajo la lluvia en la madrugada a comprar una cajetilla. De fumar en la cama después del amor. De fumar cuarenta y cinco cigarrillos al día. Es decir, organizaba todo en torno a ese vicio. Nada tenía sentido si no pasaba por la casa la dama oscura de la nicotina.

Vengo de una familia de fumadores. Todos de campeonato, salvo mi madre, que podía fumarse cinco o seis cigarros Casinos. Sólo rompía su disciplina cuando mi padre hacía una de las suyas, pero ese es otro cuento. Mi papá fumaba sin parar; un tiempo Raleigh sin filtro, otra época Lucky Strike, al final de sus días fumaba unas cosas espantosas que se llamaban More, unos pitillos delgados y oscuros que sabían a rayos.

Siempre que recuerdo una escena familiar hay humo en ella, mucho humo y ceniceros atestados de colillas, y cajetillas vacías, arrugadas como una cordillera en honor de la adicción. La noche en que a mi madre la reventó una embolia, cuando entré a su cuarto de anciana moribunda de noventa años, lo primero que vi fue un cigarro encendido en un cenicero. No miento, ahí estaba la línea delgada de humo ondulante buscando el techo, la última bocanada que aspiró mi mamá.

Mis hermanas fumaron sin parar durante años. Una de ellas rompió todos los récords y llegó a fumar cincuenta cigarros al día. Cuando se iba a bañar, antes de tomar el jabón, buscaba los cigarros, prendía uno, lo ponía en el pretil y cada dos minutos sacaba la cabeza de la regadera para dar una jalada. Ya lo dije: de campeonato.

Aunque tal vez yo batí todos los récords. Una noche de locura, en casa de mi amigo Guillermo Fadanelli, el mismo de las noches turbulentas que conté hace unas páginas, fumé sin pausa, con rabia y furor. La noche pasó sobre nosotros y la luz del día me sorprendió prendiendo el último cigarrillo de la mañana. Hice una cuenta mental y supe que el día anterior con su noche completa yo había fumado sesenta cigarros.

Dejé de fumar de un día para otro. El último cigarrillo me lo fumé en la entrada del hospital ABC de Observatorio, antes de la resección. Recuerdo que en una mesa de lectores y admiradores, Jaime Sabines, el gran poeta mexicano de las emociones, contó que cuando dejó de fumar puso sus cigarros Delicados sin filtro en la parte más alta de un armario. Eso lo tranquilizaba y, por paradójico que suene, lo alejaba del tabaco. Hice lo mismo. Dejé mis Marlboro con su encendedor Bic arriba de un librero. Abandonar el cigarro puede ser mucho más cruento que dejar al amor de tu vida.

Cuando fumaba era feliz. Así pasa con algunas cosas de la vida, te hacen un daño espantoso, pero también te hacen feliz. Cuando mi hijo prende un cigarrillo, el olor de la primera fumada, sólo la primera, me recuerda mis días de fumador empedernido y la juventud perdida. Me costó trabajo admitir que el tabaco había sido una de las causas activas del cáncer. Le llaman factor de riesgo. Yo corrí el riesgo.

En esos días de sufrimiento subía a la azotea de mi casa a tomar sol. Entre las cosas absurdas que pensaba entonces estaba la idea obsesiva del color de la piel: evitar el color gris, o verde, la marca cetrina del cáncer, la señal del derrumbe. Tomaba sol sentado en una silla playera. Una parte de mi infancia la pasé en las azoteas. Hasta cierta edad más o menos avanzada tuve prohibido subir a las alturas de los edificios donde rentábamos un departamento para vivir. Mi madre desconfiaba de la parte más alta de las construcciones y de lo que allá arriba ocurría entre tinacos, antenas de televisión, jaulas para tender la ropa, cuartos de servicio para la noche de las sirvientas, lavaderos, tanques de gas. Así crecí soñando con las azoteas como un lugar clandestino, de oscuridades impredecibles y deseos realizados.

Mi madre me contaba historias de niños hechos puré de tomate en el asfalto después de despeñarse desde la azotea de un sexto piso. De ser ciertas esas tramas macabras, dos o tres niños mexicanos caían de las azoteas cada semana. Heredé la precaución ante las alturas. Mis hijos no conocieron la azotea de la casa de la colonia Condesa donde crecieron. Nadie sabe cómo se repetirá, apoyado en la memoria involuntaria, algo de los padres. Un día de lluvia se apagó el piloto del calentador. Mi hijo, de veinte años, caminó rumbo a la escalera de hierro que lleva a la azotea para llegar al calentador. Lo seguí como si fuera a tirarse de lo alto:

—Cuidado, el piso está resbaloso por la lluvia —le dije con gravedad.

—¿Por qué odias la azotea? —me preguntó mientras encendía el piloto del calentador.

Me sentí apenado. No escribiré aquí del calentador de gas, pero sin duda es un peligro, y de los grandes: flamazos, incluso explosiones, quemaduras de segundo y tercer grado.

Desde luego, cada vez que podía me escapaba a la azotea. Allá arriba vi por primera vez un

desnudo de mujer. Juana, la empleada del departamento tres, me gustaba, la verdad. Me perturbó tanto aquel desnudo integral que casi sufrí un desmayo. Me explico: espí a Juana bajo la regadera desde un punto estratégico de la azotea.

Cometí un error imperdonable, compartí con amigos ineptos mi descubrimiento. El escándalo de aquella escena reveló nuestra posición y Juana inició una campaña de denuncias que terminó con una reprimenda, la vergüenza y el descrédito. Cortázar escribió que siempre tenemos diez años. Yo tenía esa edad durante el juicio sumario por las denuncias de Juana. Todavía, a veces, creo que tengo los mismos años.

En esa vida, no se usaban bombas de agua. El líquido subía con fuerza por los tubos hasta los tinacos de la azotea y desde ahí surtía a los departamentos. De vez en cuando se acababa el agua. Directo hacia arriba para averiguar si alguien había cerrado la llave de paso o si en realidad faltaba el agua. Así descubrimos que el amante de Juana era un conocido hampón de poca monta. Le decían el Memelas, un apuesto padrote, ladrón, jugador y golpeador que usaba nuestras calles para la seducción de las sirvientas. Las ocho columnas del barrio las ocupó el amor desbocado de Juana. Más juicios. Despidieron a Juana por meter hombres al edificio y al cuarto de la azotea. Me sentí un idiota y pensé: Juana era una puta.

Mi padre sólo subía a la azotea para enfrentar uno de los más dramáticos momentos de nuestra vida: la antena aérea de la televisión abierta. Una tragedia: se ve, no se ve, tú dime, no me dices, en fin.

—Mueve la antena hacia el norte —gritaba mi madre. Ella misma ignoraba dónde quedaba el norte. Entonces corregía—: ¡A la derecha! ¡No, a la izquierda! No se ve nada. Pura nieve. ¡Fantasmas! ¡Se ven fantasmas!

Mi madre se refería al aura que las imágenes de la televisión reproducían por la mala calidad de la señal. A eso llamaban fantasmas, a un aura, una duplicidad. Yo mismo cargaba con esa aura que me convertía en dos personas.

Mi papá bajaba de la azotea derrotado y exhausto:

—Nunca veremos la televisión como Dios manda.

Tenía razón: si se veía el canal 2, el 5 se convertía en una niebla impenetrable. El 4 emitía una señal decorosa, pero nos importaba menos. El 8 nunca se vio en nuestro aparato, una caja de gruesa madera marca Admiral. Cómo sería de importante la azotea que de allá arriba venía la señal de la televisión.

Si lo pienso bien y con calma, algunas de las cosas que sé de la vida, no muchas, las aprendí en la azotea.

La quinta instilación me arrasó.

—Ni una más en estas condiciones —dijo el médico.

González Blanco nos explicó que algunas respuestas al tratamiento podían ser severas, mi caso era una de esas respuestas locas, inesperadas:

—Hay enfermos, no enfermedades —el médico citó a un clásico que ignoro—. Podemos detenernos aquí y no pasar por la sexta. Veremos el resultado en la cistoscopia.

La reacción a la vacuna guardó toda su fuerza para el quinto capítulo. Cistitis, dolor en el vientre, presión en los testículos, necesidad de defecar, ardor en el camino uretral. Una noche de emergencias amorosas, Delia y yo, o nuestras sombras, se encontraron e hicimos un amor

desordenado para demostrarnos que aún teníamos vida por delante. Me dolió la erección y eyaculé aire. Me sentí más alarmado que nunca, quizá más que cuando me dieron la noticia del cáncer.

A la mañana siguiente le llamé al doctor:

—El dolor no cede. Eyaculé aire —le espeté sin más protocolos.

—No se inquiete, es una de las consecuencias temporales del Secotex —se refería a una medicina que me recetó para mitigar la inflamación de la vejiga.

Me sublevé ante la autoridad de mi médico. El posesivo aquí lo dice todo. Le dije a Román:

—El urólogo cree que los enfermos no cogen. Pudo prevenirme —dije ofendido.

Román me respondió con una broma:

—Tu pito en la boca de todos —se refería a todos los amigos y conocidos que preguntaban por mi salud, las sondas, la uretra y toda la utilería del tratamiento.

Me reí libre y suelto como no me reía desde la noche en que sangré.

La suspensión de la sexta instilación me hizo sentir que había fracasado. No sabía entonces, por cierto, que aquel episodio de dolor duraría seis meses, sin pausa, con altas y bajas.

Cuando el dolor baja de intensidad, el miedo a que regrese aumenta hasta la locura, ese es el callejón sin salida de las quemazones internas. Se sabe que durante el día las molestias pueden soportarse con dignidad, pero en la noche se convierten en penetraciones agudas que te arrastran en la oscuridad. El miedo trasforma una preocupación de la luz del día en una tortura durante el insomnio.

Cuando me defendía de la noche, me acosaba la ansiedad; cuando enfrentaba a la angustia, me sorprendía el punzón caliente en el vientre. Digo que sólo la insensibilidad derrota al dolor, y la locura, por eso la anestesia cambió el alma humana. Avicena era un persa loco que afirmaba que toda pócima debe tener una triple finalidad: aliviar el dolor, sosegar el espíritu e inducir a un sueño reparador.

Como la pócima del persa Avicena no existe aún en una sola tableta, logré a veces ese triple efecto con Tafil, dos o tres copas de whisky y la fatiga del ejercicio. Tiempo después, los médicos le añadieron un antidepresivo, el Paxil. Este fue durante largo tiempo el jugo de la mandrágora que me mantuvo más o menos distante del abismo, o que me acercó a otro menos profundo. Les recuerdo que todos nos asomamos a un abismo, siempre.

No me animé con la mariguana en esos días, no creía que podía mitigar dolores agudos. Mi historia personal de la droga es breve y poco espectacular. Mi primera juventud ocurrió en la mata de la mariguana, allá en la primera mitad de los años setenta. No he visitado los infiernos de la adicción a la droga, pero viví toda mi vida cerca de sustancias prohibidas. Fui algo menos que un consumidor de baja intensidad: algunas fiestas iniciáticas, conversaciones ante el fuego adolescente, erotismo iluminado por el carbunco de la hierba.

La verdad es que la mota me caía de peso; me hundía en el pasmo, me alejaba de la realidad, me dormía y aflojaba cuando yo quería fuego y ajeteo, lucidez y agilidad mental. He sido mucho más audaz con el alcohol a la hora de buscar paraísos artificiales. Y no tengo dudas: el trago es mucho más peligroso personal y socialmente que la mariguana. Mucho más. Lo último que provoca el alcohol en exceso es precisamente lucidez y agilidad mental.

En mi vida adulta aspiré cocaína algunas veces. Me gustaba la fuerza de su ligereza, su promesa de vuelo nocturno. Una personalidad adictiva como la mía se engancharía en tres patadas con la coca. Con todo el dolor de mi corazón, la abandoné. Tengo amigos que la

consumen con frecuencia, sólo espero que les vaya bien y por mucho tiempo. En cambio fui un loco con el tabaco. Ya lo conté, fumé como un desesperado, tardé años en entender que efectivamente estaba desesperado; casi me cuesta la vida. Ciertamente, nunca hay una relación mecánica entre excesos y enfermedad, pero existen los factores de riesgo. Defiendo la búsqueda de lugares que están por encima o por debajo de la realidad. Todos buscamos un sueño habitable, así sea por unas cuantas horas.

La secuela de las instilaciones dejó la huella de una cistitis que se convirtió, lo dije, en un dolor crónico. Cualquier actividad tenía por fuerza que suceder cerca de un baño. No pocas veces pedí la entrada al inodoro de un centro comercial, una tienda o una librería ante la exigencia de la inflamación de la vejiga.

Durante la noche, me levantaba para ir al baño doce o trece veces. Dormí entonces con un bote al pie de la cama, le llaman pato no sin cierta desvergüenza. En el coche llevaba otro frasco para orinar; en los restaurantes los tragos nos los servían cerca de la puerta del baño. No se lo dije a nadie, pero en esos días estuve convencido de que algo se había quebrado dentro de mí, una parte de la estructura que sostiene la vida; si creyera en el alma escribiría que mi alma se había partido en dos.

La incapacidad para la sexta instilación dejó a oscuras mi casa mental. Me denigré y tomé otro camino: el ejercicio. Uno hace cosas sin saber, empujado por una mano invisible. Al paso de los años vi multiplicarse los gimnasios en la Ciudad de México. Hace varias edades, el gimnasio rondaba el perfil popular y un minoritario culto al cuerpo; luego, el sueño de un cuerpo labrado en cordilleras de músculos prosperó como ilusión urbana de las mayorías. Siempre consideré, no sin el dogma de la juventud, que a los gimnasios asistían estúpidos. Yo veía a un hombre musculoso y de inmediato pensaba: un estúpido. Quizá tenía razón, pero no es el caso ponerse aquí a realizar la prueba del coeficiente intelectual IQ. Conozco flacos que son imbéciles.

No regresa el polvo de oro de la vida. Aventé esta frase al caldero de los días mientras caminaba por uno de los pasillos que me llevaba a la plaza de ejercicio isométrico de un gimnasio. Un entrenador guiaba mis pasos, mis movimientos, mis ejercicios. Muchos les dicen *trainers*.

Las sesiones eran episodios oscuros de minero, rudas, sin juegos, en busca de algo que está mucho más allá del cuerpo. Sí: me preguntaron por el corazón y más cosas. Respondí que era un titán de la salud. No había una razón visible para confesarse con el entrenador. Nadie ha estudiado las coincidencias entre un sacerdote y un entrenador. Los primeros diálogos, un éxito:

—Muchas repeticiones con poco peso, marcan. Repetición con mucho peso provoca volumen —dijo el entrenador ufano de su conocimiento.

Alguien había puesto la cabeza del entrenador en un cuerpo trabajadísimo por la neurosis obsesiva. No supe qué escoger, si un cuerpo esbelto y fibroso, marcado en sus partes preponderantes, o un cuerpo con la orografía de la Sierra Madre Occidental. Consideré mi edad y mi interés y elegí el primero: un cuerpo marcado, bajo en peso y grasas; sí, eso, bien marcado. No me pregunten por qué pensé eso, ya dije que uno hace cosas sin saber.

—*Press francés*. De quince a veinte hasta donde puedas —dijo el entrenador.

Todos los que han enfermado, alguna vez han sentido la tentación de remozar su cuerpo como si fuera una casa. Al principio el *press francés* es una obra de romanos. Recostado en una

camilla, a los lados de la cabeza dos mancuernas pesadas, quince kilos cada una, pasan hacia abajo y atrás, arriba, adelante. Si te equivocas, te rompes el cráneo. Copa: sentado con una sola mancuerna a la espalda, luego adelante. Lagartijas, sentadillas, carrera corta a todo motor, el corazón se te sale del pecho, le llaman cardio. Pierna: acostado sobre un aparato extraño, mezcla de potro y nave espacial, hay que empujar con fuerza en línea oblicua hacia arriba el peso que usted le ponga.

—Acabas de levantar unos ochenta y cinco kilos —se ufanaba el entrenador, los *trainers* siempre se ufanan.

Por este camino, pensaba aupado en el potro, en un tiempo razonable podré levantar con las piernas un coche compacto. Uno se vuelve loco. Al terminar, se recomiendan unas cuantas vueltas al circuito y a trote, el cardio mejora el peso, decía ufano el entrenador, siempre ufano. Cuando terminaba la sesión, después de un baño reparador, me sentía tan bien que me iba a la casa a dormir. Eran las diez y media de la mañana.

Así pasó un tiempo, yo sin saber por qué hacía lo que hacía y el entrenador mejorando mi condición. Una noche, de regreso de una cantina, trastabillé en una banquetta deforme y sentí un dolor en una rodilla. Abandoné el ejercicio isométrico. Lo que me faltaba: una rodilla de cristal. Un amigo me encajó una daga:

—Cojeas mucho. ¿Te caíste?

—No. Creo que sobreentrené —le respondí con la llama de la soberbia en el pebetero de mi cabeza.

—Cuídate. Te ves mal. Si yo fuera tú iría al médico.

Mientras me autorrecetaba un desinflamatorio, no pude recordar al autor de esta frase: el sol, el agua y el ejercicio conservan perfectamente la salud de las personas que gozan de una salud perfecta. No era mi caso.

II

Una noche, vencido por el dolor, agobiado por la enfermedad que enfrentaba, triste y sin fuerza, escribí de algunas cosas perdidas en el camino de la vida: la casa de Parque España 47 donde vivieron mis padres y mis hermanos; la construcción con cantera, herrajes y vitrales desapareció, su lugar lo ocupa un edificio de seis pisos. La calle de Juan Escutia con un camellón al centro y altas palmeras de los años cincuenta; el regente de la ciudad, Carlos Hank González, llevaba a cabo un nuevo trazo de calles y avenidas llamado ejes viales, las palmeras se esfumaron con todo y camellón, un largo eje que empalma con la bajada de Constituyentes atraviesa la colonia Condesa.

Un amigo nos invitaba a jugar fútbol en el patio frontal de un conjunto de departamentos en avenida Tacubaya, juegos tremendos en equipos de cuatro y a un solo gol de muerte; el campo dio lugar a la calle lateral del Circuito Interior en José Vasconcelos, justo el sitio por donde un día pasaba el río La Verónica.

Lo que se ha llevado la ciudad dibuja un mapa que existe apenas en cantidades incontables de recuerdos: mi papá y yo caminando por la calle de Ayuntamiento, en el Centro Histórico, dejábamos el coche en Luis Moya y avanzábamos a pie entre puestos de chácharas, frente a la Basílica del Sagrado Corazón. Íbamos a La Europea a comprar whiskies de malta única. El paso del Metrobús convirtió ese camino en una calle angosta de tres carriles, la locura.

San Juan de Letrán y los fotógrafos callejeros se desvanecieron en el Eje Central entre puestos de ambulantes y vendedores que ofrecen pornografía, discos piratas, clases de inglés, teléfonos celulares. En una época, a esa calle le llamaron la Vía Blanca; los hombres vestían de traje y las mujeres de traje sastre para caminar por las anchas banquetas de la avenida de esa ciudad moderna.

En el cine Chapultepec exhibieron *La noche de la iguana*. Yo no tenía edad para verla. Leía la marquesina mientras esperaba el camión Juárez-Loreto. Se internaba en Polanco, por Homero, y daba vuelta en Molière, pasaba frente al cine Polanco y atravesaba Ejército Nacional, el chofer tomaba el bulevar Miguel de Cervantes Saavedra, detrás del Sanatorio Español. En la última parada me bajaba y entraba al edificio que habitamos después de una quiebra financiera que nos remitió a la colonia Anáhuac. El cine Chapultepec no existe más, en su lugar creció hacia la ambición de la nada uno de los edificios más altos de México: la Torre Mayor.

Si yo caminaba rumbo al Parque México desde la calle de Tamaulipas, a principios de los años setenta, cruzaba Insurgentes y me internaba en la Roma, llegaba a la avenida Cuauhtémoc. Era una frontera para llegar al cine Estadio. Años atrás, muy cerca de ese lugar estuvo el Estadio Nacional.

En esa zona, el arquitecto Pani concibió un colectivo monstruoso de viviendas, el Multifamiliar Juárez. El cine desapareció y dio lugar al teatro Silvia Pinal; la mayor parte del multifamiliar quedó reducida a escombros la mañana del 19 de septiembre de 1985, cuando un terremoto modificó entre derrumbes el Centro de la Ciudad de México.

En estos lugares perdidos nuestros fantasmas atraviesan muros. Una mujer espera en la reja de una casa de la calle del Parque España, mi madre. Dos sombras, un anciano acompañado por su hijo, caminan por Ayuntamiento, un fotógrafo callejero dispara sobre ellos el flash de su cámara en San Juan de Letrán, mi padre y yo. En la taquilla del cine Chapultepec, una fila de personas compra boletos para ver *La noche de la iguana*, la historia trágica que dirigió John Huston con Richard Burton y Ava Gardner, otros fantasmas que vivirán para siempre en Puerto Vallarta.

Mientras esos fantasmas compran boletos en la taquilla, un niño sube a un camión y paga cuarenta centavos; media hora después, desciende del estribo y camina por una vía del tren, atrás del bulevar Miguel de Cervantes Saavedra, muy cerca del gran basurero de la colonia Anáhuac, el niño soy yo. Un joven fantasmal mira angustiado los derribos de cuatro edificios del Multifamiliar Juárez, las calles huelen a gas y la oscuridad envuelve la destrucción, el joven también quedó detrás de mi vida. Cosas perdidas en el camino.

Nada se sabe del resultado de los tratamientos hasta el día en que el médico regresa de nuevo al lugar de los hechos, el espacio que ocupó el tumor. Un mes después de las instilaciones, un fantasma entró al hospital ABC: yo.

—El dolor no me deja —le dije al médico—. Orino sin parar, a todas horas —era una información y un reproche.

—Vamos a ver en qué condiciones se encuentra la vejiga —escribía en una receta mientras hablaba—: el daño al tejido era inevitable; en parte, de eso trata la BCG, los otros dolores en el vientre, la uretra, el glande, provienen de las terminaciones nerviosas de la vejiga. Hagamos la cistoscopia y antes estudios para programar el quirófano, ¿le parece?

—¿Cuánto tarda una cistoscopia? —le pregunté.

—Nada: media hora, cuarenta minutos con anestesia, más la recuperación.

Avenida Revolución, un nido de lámina a altas temperaturas. Una breve locura domina a los conductores que avanzan cuando deben detenerse y ocupan el único espacio vacío provocando un nudo de motores. Mentadas de madre a granel. Humo y ruido. Una marcha de doscientos activistas cuya causa me importa un rábano apunta hacia el Zócalo y convierte estas calles en un callejón sin salida. Detesto las marchas de los vividores de las buenas causas detrás de las cuales se esconden delincuentes con fuero.

Pienso algo inútil: hace más de cien años en este lugar se veían magueyales, una puerta de entrada a Tacubaya; una ermita, un portal, primer paso a la gran extensión de tierra que los Mier compraron a precio de risa durante el Porfiriato. Quien dijo que en el principio de toda gran fortuna hay una estafa tuvo razón. En una casa grande como un casco de hacienda vivía la familia que heredó los terrenos de la Condesa. A esto que veo delante de mí le llaman futuro. General Tornel, Revolución, Benjamín Franklin, Gelati: un manicomio, el progreso.

Atravieso la calle con esa estampa de principios del siglo XX en la cabeza. Me dirijo al laboratorio del hospital Mocel. Una batería de exámenes: sangre, orina, urocultivo, lípidos, una citología en serie de tres; en fin, una revisión completa de la zona y más, mucho más. Llevo una muestra de la primera orina de la mañana en un bote de plástico metido en una bolsa.

Los hospitales detienen el tiempo y la forma en que fluye la vida hacia ninguna parte. Atravieso el vestíbulo de mosaicos blancos y me pregunto sin demasiado dramatismo si no somos exactamente eso: una muestra en un bote de plástico a la espera de un resultado. De lo último que me gustaría saber es de hospitales y de quirófanos, pero les aseguro que sé de eso.

Para los urólogos, una cistoscopia es un procedimiento sencillo en su oficio de caminos interrumpidos y puentes derruidos en las vías urinarias. Media hora de sedación profunda, una revisión con una cámara que entra por la uretra y busca la cavidad de la vejiga para transmitir a un monitor el estado del epitelio. Media hora o cuarenta minutos, tiempo suficiente para saber si la zona se encuentra libre de tumor.

Llevaba conmigo los resultados de los estudios. El coche avanzaba por la parte más baja de la calle, en Chapultepec, entre una nube de humos corrosivos, rumbo a Constituyentes. Después de cincuenta minutos perdidos en el delirio del tránsito de camiones que emiten gases mortíferos, en lo más alto del camino el paisaje miserable de casuchas desaparece y se convierte en un enjambre de edificios que se elevan hacia la nada. La altura siempre aspira al vacío. A esta extraña ciudad le llaman Santa Fe. Algunos urbanistas creen que aquí se ha construido un conjunto arquitectónico moderno. Allá ellos.

Si no llegamos a las ocho de la mañana en punto perdemos nuestro lugar en el hospital. Desayuné un Tafil de 0.5 miligramos. La ansiedad es mi enemiga. Es verdad, el ABC de Santa Fe no parece un hospital sino un hotel de lujo, lo cual vuelve las cosas más difíciles pues aquí nada es lo que parece.

—Esto nos va a salir como lumbre —le digo a Delia—, nos van a cobrar hasta el aire que respiramos.

Si no tuviera un seguro de gastos médicos, desde luego no estaría aquí. En la oficina de admisión firmé tres documentos en los que acepté que moriría. Debo elegir entre firmar o entrar con el encargado de la oficina en una discusión acre sobre el sistema de salud en México. Firmo. Luego autorizo a los médicos a que, si fuera necesario, usen sangre de otro ser humano en mi torrente. Firmo, no voy a entrar en polémicas chicharrinas. En el tercer documento acepto que nadie se hará responsable por complicaciones ajenas al procedimiento. Esta vaguedad exime al hospital de todo compromiso con el paciente. Me dan ganas de armar la de Dios es padre, pero el Tafil me mantiene quieto, en la mansedumbre. A partir de este momento estoy en manos de los médicos, y del azar.

En un cubículo, pequeño cuarto de preparación para pasar al quirófano, me desvisto y me pongo la humillante bata blanca. Me acuesto en un camastro a esperar mientras Delia llena más papeles. Le piden la historia de la familia, sus enfermedades, sus sueños. Una enfermera entra al cuarto:

—Le voy a tomar la presión. ¿Tomó esta mañana alguna medicina? —empieza el interrogatorio.

Las enfermeras creen que los pacientes somos sordos y estúpidos.

—Tafil —le respondo.

—¿Para qué? —me grita.

—Para ponerme activo y muy despierto.

Desde luego no entendió mi humor de hospital. Yo por mí le ponía un gargajo en la frente como un disparo, pero un afanador me lleva en la cama rodante hasta el quirófano, salón de máquinas incomprensibles y, supongo, de avanzada tecnología, repleto de monitores. No sé por qué recuerdo una frase que André Gide, ateo de raza, decía de Paul Claudel, que era muy religioso: «Claudel cree que se irá al cielo en una camacoche». Mientras me paso a la plancha les pregunto para bajarme un poco el miedo que se me ha subido a la cabeza:

—¿Aquí ven el fútbol?

—Vemos otros partidos y otros juegos, no tan divertidos —me dice el médico a cargo del estudio. Me cae bien.

Estoy acostado bocarriba. Frente a mí hay máquinas y botones, como si fuera en una nave, un transbordador a la Luna. Bien visto, me dirijo a la Luna. Se inician los trabajos antes de la anestesia que va a llevarme a la provincia de la inconsciencia. Aguja en las venas para poner la venoclisis. En esa manguera van a poner suero y un narcótico. Ventosas en el pecho y las piernas para vigilar los signos vitales durante el procedimiento, así le llaman al estudio.

Antes de internarme en la penumbra, como en un sueño absurdo, hablo con la anestesióloga sobre el escritor israelí Amos Oz y más precisamente del libro *Una historia de amor y oscuridad*. Hablamos de los distintos episodios de esa novela extraordinaria, del suicidio de la madre de Oz, del padre. Tinieblas.

Alguien me habla al oído y regreso del sueño lentamente. Tengo en la cara una mascarilla de la que se desprende oxígeno. No recuerdo dónde leí esta frase: la salud es el olvido del cuerpo.

Para mí significaba una despedida. Nadie escapa a su destino; este lugar común toma dimensiones colosales en el interior del quirófano. Después de la anestesia, el regreso se convierte en una extraña forma de la resurrección. Superar la anestesia no sirve para nada, una mala noticia puede esperar en el camastro de recuperación.

—¿Qué encontraron? —la voz se abre paso y la mirada se pierde al salir de la neblina del sedante.

—Todo bien. Tomamos una biopsia para estar completamente seguros —la biopsia alarga la incertidumbre algunos días, un cable de alta tensión después de la cistoscopia—. Los resultados de patología estarán listos en tres o cuatro días. Encontré limpia la vejiga y una zona irritada de donde tomé una muestra. Yo atribuyo esa irritación al efecto de los tratamientos, pero prefiero estar seguro.

Después de la cistoscopia suelen orinarse algunas gotas de sangre y el dolor se difunde por el pene y sube hasta el vientre. Una tableta de Pírimir apacigua los ardores y provoca una orina color naranja intenso. Recordé mis prácticas de química y el anaranjado de metilo. Eso ocurre en las vías urinarias, en la cabeza se desarrolla una tormenta perfecta que se concentra en una pregunta: ¿me acerco o me alejo de la muerte? Con los días, el miedo desaparece, el sedimento es el dolor. Siempre es más fácil enfrentar el dolor que el miedo. El miedo taladra la voluntad con más insistencia que el dolor. He pasado treinta veces por el quirófano. La pérdida de la conciencia es una aventura extraña y, no me lo van a creer, un tanto placentera.

Las primeras veces moría de angustia. La plancha, nombre dramático del camastro de intervención, los aparatos, todo me daba un miedo incontrolable. En alguna ocasión dejé de

tener miedo y eso me dio miedo. Pensé que podía ser una señal, un mensaje de que esta vez me despedía de la vida. No se burlen, el que entra al quirófano se pone trágico.

Le dije a la anesthesióloga, ¿o lo soñé?, que cuando se siente una chispa en las sienes estás dormido: pierdes la conciencia. Un breve momento de placer en el cual el olvido viene por ti. Si así se sintiera la muerte, no sería para nada un trauma.

Los filósofos se han devanado los sesos tratando de definir la conciencia. Nadie sabe qué rayos es: ¿un estado del alma, una forma de percibir el mundo, un modo de inventar la realidad? Antes de dormir siempre te acompaña una imagen, no una imagen, un pensamiento. Siempre, antes de la inconsciencia alguien me visitaba, un día vino Peter Gay y me dijo: yo fui ayudante de campo de Garibaldi, ¿lo sabías?

III

Volví a ver a Villasana una noche larga de tragos en el nuevo

Salón Bach. Como cuando lo conocí entre turbulencias nocturnas, Fadanelli ocupaba una mesa acompañado por artistas plásticos que buscaban una puerta al futuro en sus aventuras alternativas. Las mesas largas, una condena al silencio. Saludé a Villasana y le pregunté si sabía dónde estábamos.

—Dime dónde —me respondió con un acento cubano impuesto en su infancia de isla, de santeros, de espíritus desaforados.

—Aquí se reunían algunos escritores y artistas, una época, una visión del mundo.

Nadie sabe nada. Villasana no tendría por qué saber de dónde salían esos artistas del más allá. Le conté en breve de ellos. Entrada la noche, Villasana me llamó y me dijo:

—Recibí un mensaje —los ojos grandes querían darle verosimilitud a la revelación.

—No jodas, Villasana —le contesté detrás de la neblina del alcohol.

—No miento, hermano —dijo acercándose a mi oído para aislar el ruido—: aquí se siente el remordimiento de un crimen. Un alma en pena aún busca redención. ¿No me crees? Pidamos a los dueños que nos dejen el lugar una madrugada y nos comunicamos.

—Consíguelo tú y yo vengo —le dije para deshacerme de las visiones éticas de Villasana y tirando al olvido que una parte de mí espera mensajes del más allá.

En el Salón Bach el siglo XX subió el telón, nació la noche mexicana, pensé en la sexta ocasión que entré al baño y un buril invisible me recorría el vientre.

No me lo tomen a mal, pero la Ciudad de México siempre ha despertado sumida en las heces de su miseria. Volví al pasado, único lugar en el cual las cosas eran soportables. A veces el estruendo puede aislar. Me aislé.

Esa misma mañana había tomado el coche para adentrarme en las calles de la Roma y luego la colonia Doctores con un bote para orinar y una toalla. A veces los objetos más estúpidos suelen ser mágicos. Luego circulé por Tacuba y di vuelta a la derecha en Motolinía para llegar a 5 de Mayo. Traía conmigo una trama a través de la cual podía escapar del presente; al final, mi salud sólo era superior a la de los muertos. Motolinía se llamó callejón de Santa Clara, una estrecha calle oscura. Iluminar la ciudad con electricidad fue uno de los grandes sueños del Porfiriato, la oscuridad dominaba aún a la luz artificial y le disputaba cada rincón.

En los años ochenta del siglo XIX se creó la Inspección del Alumbrado Público. En 1890 la ciudad contaba con trescientas luces de arco voltaico de dos mil velas de luz cada uno. Sé cosas como estas, un tanto inútiles, pero a mí me hechizan. Yo necesitaba hechizos. Al cambiar el siglo, en las calles de la Ciudad de México se combinaban el arco voltaico, la lámpara de aceite,

la de trementina y el mechero de gas. Les digo: sé cosas.

—A esta boca del lobo le llaman alumbrado —le dijo Tablada a Ruelas mientras caminaban por 5 de Mayo.

—Cuidado con los hoyos y las zanjas —le respondió en marcha, a salto de charco y fango.

Dos sombras avanzaban en la oscuridad, amplia capa de fieltro, larga bufanda, sombrero negro de ala ancha. Se acercaban al hotel La Española, que abrió sus puertas en el callejón de Santa Clara número 14. «Cuartos cómodos e higiénicos con vista a la calle de 5 de Mayo», anunciaba el cartel de promociones: «asistencia y trato esmerados». El restaurante del hotel se convirtió en uno de los refugios de Ruelas. «Para el servicio de restaurante se cuenta con un magnífico cocinero. Comidas al estilo español, mexicano y francés. Los domingos rico mole de guajolote. Aseo y eficacia». La dueña, Virginia Alonso, amiga de Madame Lara, recibía a Ruelas, lo atendía, lo veía dibujar en papeles sueltos ensayos de aguafuertes.

Ruelas leyó en *El Universal* del 8 de enero de 1901 sobre un ASESINATO EN LA VIOLETA:

La policía de la Séptima Demarcación acaba de tomar conocimiento de un hecho que vamos a relatar. En una zanja de la 11ª calle de la Violeta se encontró el cadáver de una mujer que en vida llevó el nombre de Ramira Sánchez. El personal de la oficina se trasladó al lugar indicado y con las formalidades de la ley extrajo de la zanja el cadáver. El médico que acompañaba al personal de la comisaría hizo el examen del cadáver y encontró huellas de lesiones en el cuello, por lo que se sospecha de un asesinato. Ya se han practicado algunas averiguaciones para poner en claro el asunto.

—Veo venir un dibujo de la mujer asesinada —advirtió Virginia cuando leyó la nota roja de ese crimen.

—La muerte atrae como los abismos, ¿lo ves, poeta?, otra vez lo mismo —le dijo Ruelas a Tablada.

—¿Ocurrirán misterios en casa de Madame Lara? —preguntó Tablada.

—Sí, misterios grandes, mañana. Venga a dormir a la casa, poeta —propuso Ruelas.

—Me dice Lara que será una noche dedicada a sus artistas —dijo Virginia—: cuando cierre el restaurante me aparezco en la cueva.

—Nadie conoce su destino —dijo Ruelas con el último trago de coñac.

A Ruelas y Tablada los unía una amistad larga como sus vidas, se conocían desde niños y los unía la ambición de la pintura. El primer llamado de Tablada fue el arte plástico, pero mientras Ruelas mostraba un talento tempestuoso, el anhelo de Tablada se desvanecía en el aire de la ciudad. Después de la Academia de San Carlos, Ruelas fue a la Universidad de Karlsruhe, en Baden, a estudiar las aspiraciones de los románticos alemanes. Los años en Alemania fueron suficientes para que Ruelas le agregara a sus atormentados talentos la fuerza de la técnica y la cárcel de la disciplina.

Caminaron por 5 de Mayo rumbo al estudio de Ruelas en el callejón de la Olla que desemboca a La Palma. Cuando Ruelas abrió el portón, Tablada le dijo, señalando la oscuridad:

—Por estas calles deambulan fantasmas, Julio.

—Los pinto, pero a veces se esfuman.

Subieron una escalera de caracol y entraron al espacio en el cual Ruelas trabajaba y vivía. Ruelas sirvió coñac en dos copas. Abrió el cajón de un chifonier y sacó de él un paquete que puso ante los ojos de Tablada.

—Hierba mágica —le dijo Tablada.

—Busco a una mujer que cabalga a un espectro —respondió Ruelas señalando algunos papeles en la mesa.

La habilidad manual de Ruelas le permitía fabricar cilindros perfectos de mariguana. Aspiró profundo y después de toser se lo pasó a Tablada.

—La asfixia controlada es el placer mayor; no sólo en Japón, en París, en Berlín. En ese acto se esconde el erotismo más intenso —dijo Tablada mientras fumaba y miraba la quemazón rojiza e irregular del carrujo.

—La mirada de la muerte entrega un placer intenso

—Ruelas le mostró a Tablada el aguafuerte de una parca doblegando a una mujer en éxtasis. Tablada penetró en la imagen, tocó a la mujer y vio de cerca a la parca antes de que el sueño lo alejara de las figuras. Ruelas tomó una plumilla, la mojó en tinta y dibujó a un perro famélico detrás de la mujer.

A Tablada lo despertó un rayo de ansiedades nocturnas. Le pidió a Ruelas hierba mágica. El pintor caminó entre cajas y le entregó un paquete de periódico, había trabajado toda la noche. Tablada forjó con dificultad un carrujo y fumó antes del alba.

En la penumbra del vestíbulo de la casa de Madame Lara, los cuerpos se confundían con las sombras. Mujeres vestidas de odaliscas, ángeles del mal recostados en mesas de mármol con lunas que reflejaban en el azogue la otra mitad del cuerpo. El prefecto de policía de la demarcación, sentado en un sillón tipo Luis XVI, abrazaba a dos mujeres semidesnudas. Era Antonio Villavicencio, prefecto de la Segunda Demarcación de Policía, amigo, protector, cliente de la casa de Madame Lara. Un militar bailaba despacio con una hetaira que había cubierto sus carnes desbordadas con velos transparentes. En uno de los salones, el joven Couto bebía Ginger Ale con ajenjo:

—Asfódelos, un poderoso veneno, el sabor de la muerte —le dijo a Ceballos.

—Bernardo, si piensas demasiado en la muerte, la llama se acerca y se queda en tu sombra —le respondió Ceballos.

Tablada y Ruelas miraban al espejo y en él a mujeres desnudas bajo velos de odaliscas impuras. Bebían coñac y fumaban. Ruelas era un hombre resuelto no por una, sino varias capas de diversas tinieblas: la del placer oscuro, la de la muerte, la del dolor y la del deseo, con esa penumbra viajó a Alemania y dibujó y pintó hasta que convenció a los grandes maestros de su destreza. Hay hombres favorecidos por un aura que resplandece detrás del perfil, todas las virtudes de Ruelas se desprendían en cambio de sus sombras, un halo negro alrededor del contorno. Todos llevamos el aura o la sombra, la vida es la trama de ese descubrimiento.

En esos días, el alcohol y la droga habían sentenciado a Tablada al abismo de la nada. Su novia, hija de Santiago Sierra, adoptada por su hermano Justo, Lily Sierra, lo alejó de su vida sin admisiones para el perdón, detestaba todo lo que atraía a Tablada: el ajenjo, la mariguana, la morfina, la noche. Las letras se habían convertido en un estanque de agua sucia para él; la pintura, un viejo fracaso. Couto le dijo a Ceballos:

—Hay que estar ebrios siempre. Lo dijo el poeta —no hablaba francés, pero Alberto Leduc, otro cofrade de la revista, le traducía a Baudelaire.

Madame Lara oyó a Bernardo y le dijo:

—Sí, mi niño. Siempre borrachos.

Lo fugitivo y lo transitorio eran la noche y el modernismo; lo eterno, la figura inamovible de Porfirio Díaz. Devotos de la noche, cultivaban un aire oscuro, peligroso, destinado a la fatalidad. Coleccionaban objetos orientales y tenían debilidad por civilizaciones que imaginaban perdidas, inventaban sueños de ajenjo, defendían la libertad de la noche, el callejón de las putas, los interiores libres y misteriosos de las casas de verano en Xochimilco.

Un grupo de flauta, bajo y bandolón tocaba un vals. Una morena de carnes retenidas por un corsé y estola bailaba con el prefecto de la demarcación. Minutos después sonó un chotis y una gritería de borrachos y de histéricas reventó el vestíbulo de la casa. Bajaban las escaleras, débiles y lacias, las parejas de la noche después de sus artes amoratorias. Una desbandada despojó buena parte de la noche y sus mujeres. Madame Lara dio una orden:

—Empieza la reunión de mis artistas.

Ruelas y Tablada entraron a la habitación iluminada por un candelabro de velas de cera. En la sombra se veían dos mesas de mármol y dos mujeres desnudas envueltas en velos tendidas en ellas. El efecto visual era el de dos nubes en la oscuridad conectadas mediante un collar de cuero a la fusta de rancho que sostenían dos hombres desnudos. Si apretaban, la respiración se suspendía y los gemidos aumentaban.

—Dos artistas al borde del abismo —dijo Madame Lara—. El que conoce los placeres del amor y la asfixia nunca los vuelve a abandonar.

Madame Lara caminó por un pasillo de duelas, a un lado un barandal, al otro una puerta. Le dijo a Couto:

—Adelante, Coutito.

Abrió la puerta de un cuarto oscuro y Couto dio un paso al más allá. Adentro, seis hombres fumaban hierba y bebían en una orgía masculina de movimientos ciegos. Se sabía que era el cuarto oscuro de Antonio Villavicencio.

A esas horas, en la planta baja, Madame Lara bebía brandy en una copa grande que calentaba entre las manos mientras revisaba los salones. A Madame Lara nunca le faltó una sorpresa para los clientes de su casa. Los años y la suerte le permitieron fincar uno de los grandes burdeles de la ciudad. No la menor de sus soberbias era un salón Luis XV, lunas biseladas y gobelinos en las paredes; dos estatuas de dioses griegos desnudos entre racimos de vid, cincelados en mármol. Otro salón, el del prefecto, un imperio con bronce y un cuadro de volcanes monumentales.

Tablada y Ruelas abandonaron la habitación de las mujeres sin respiración y se fueron sin decir adiós con un deseo cumplido en el infierno del alma. En la oscuridad, atravesaron en capa y chambergo la estación de trenes y pasaron bajo el cuerpo de la estatua de Cuauhtémoc:

—El placer y la muerte, Bonsito —Ruelas le hablaba más a la noche que a Tablada y le decía por su apodo de pasiones japonesas.

—La asfixia, gran placer —dijo Tablada mientras encendía un carrujo de mariguana.

Una hora antes del amanecer llegaron al Zócalo. Ruelas hospedó a Tablada. Todos los asistentes de esa noche a la casa de Madame Lara habían firmado un pacto con el destino.

Dormía mal. Abría el ojo a las cuatro de la mañana perseguido por fantasmas en raros episodios

oníricos. Hablo de ese espacio oscuro entre el sueño y la vigilia. A ese momento se le conoce como un despertar indeseado que no es insomnio y tampoco parasomnia. Ese mundo intempestivo le pertenece a los muertos. Lo digo en serio. O mejor, se trata de una ofrenda en el altar de nuestros muertos. Despertamos para no dejarlos ir; atrapar sueños, quién no se ha propuesto esa aventura irrealizable.

Me sentía solo y a oscuras, algo de ti atrae como un imán lo que has perdido y lo llamas para que te haga compañía. Esas noches siempre vuelven, si no, no existiría la memoria, ni los sueños.

En ese tiempo supe que las benzodiazepinas, medicamentos como el Rivotril y el Tafil, impiden el sueño profundo, por eso se recuerdan vívidamente las tramas oníricas. Ignoro si esos despertares eran uno de los efectos de esa vida química; sé en cambio que las doce horas negras, como le llamaba Victor Hugo a la noche, me perseguían, me buscaban para asediarme con sus sombras.

En noches sin turbulencias de naufragio, una persona sueña entre una hora y media y dos. Si tiene la suerte de vivir ochenta años, esa misma persona vivirá veinticinco durmiendo y, aunque no recuerde, seis o siete años de ese tiempo los pasará soñando. Siete años de sueños. Por eso Antonio Machado escribió estas líneas perfectas: «De toda la memoria sólo vale / el don preclaro de evocar los sueños».

En 1712, el periodista y escritor inglés Joseph Addison descubrió lo que casi trescientos años más tarde intuyó la neurofisiología. Addison aventuró que el alma humana, cuando sueña, sin el peso del cuerpo, es a la vez el teatro, los actores y el auditorio. Cada noche, cuando dormimos, el cerebro se edifica a sí mismo. En ese bastimento hay una rara escalera en penumbras habitada por la memoria. Cada noche subí, o bajé, nadie lo sabe, esa escalinata y encontré la desdicha o la felicidad, el placer o el dolor mezclados en un teatro absurdo al que vanamente intentamos darle sentido con palabras a la mañana siguiente. Sólo podemos examinar de los sueños su memoria. Algunas noches, en la oscuridad, caminaba al estudio y me encerraba a ordenar papeles del pasado, ilusiones sin dirección ni remitente.

—Mire la cara que trae, Bonsito —le dijo Valenzuela a Tablada.

—Un bromazo truculento la noche de anoche —se refería al fuego de los excesos.

Valenzuela vestía de charro, un moreno fornido envuelto en los brillos de los botones de su traje, un hombre acaudalado dispuesto a gastar en el arte su fortuna. La familia de Valenzuela era propietaria de ranchos y minerales; de allá, del norte, venía su fortuna y su ansiedad de prestigio.

—Al Jockey Club —le adivinó Tablada.

—Un cigarro, café y noticias de Rosendo Pineda —bromeó Valenzuela.

Al fondo de la calle de Plateros, en dirección de la Alameda, brillaba un sol transparente sobre el azul del techo de la Ciudad de México, la claridad convertía en siluetas transparentes a quienes caminaban a lo lejos, la luz los disolvía en el horizonte.

Rosendo Pineda, eminencia porfiriana de venenos influyentes en los altos del mundo de Porfirio Díaz y de Carmelita Romero Rubio, odiaba a Tablada. Tiempo atrás, el día en que el poeta publicó «Misa Negra», una pieza poética de toques eróticos y misteriosos, el director de *El País*, Jesús Rábago, le dijo a Tablada que llegaban a la redacción protestas airadas, líneas salidas del odio conservador.

—Se toleran prostíbulos y garitos en el Centro de la ciudad y se alarman por un poema, Jesús.

Tablada llamó a la rebelión y la creación de una casa propia del arte. Así nació la *Revista Moderna*, por la intriga insana de Pineda, amigo del ministro Romero Rubio, y el sueño del fin de siglo.

Una mañana, Pineda citó a Tablada en la calle de San Andrés, en los bajos de la casa de Romero Rubio. Le mostró un ejemplar de *El Universal*. Tablada había escrito sobre los indios de Chalco y agraviado los intereses de Íñigo Noriega, un magnate de miedo en los más duros círculos porfirianos. Un hombre sin escrúpulos que cumpliría una ambición negra en el año de 1913, patrocinando el golpe de Estado contra Madero. La vida lo llevó por uno de los caminos de la tragedia: en su casa de Academia 12, su hijo mayor asesinó a su propia hermana, este episodio de celos, locura e incesto cimbró a la ciudad entera.

Pineda le dijo a Tablada:

—Un joven escritor como usted tiene dos caminos: el Congreso o la Penitenciaría, ¿a dónde quiere ir?

Tablada no ocupó un lugar en ninguno de esos emblemas de su época, más bien se acercó a la casa de Madame Lara y sus deseos cumplidos en la oscuridad. «Misa Negra» había sido un soplo, una nada si se le comparaba con las tempestades de la amplia casa en las orillas de la ciudad, en el corazón de la Hacienda de la Teja.

La luz clarísima refulgía en San Francisco rumbo a la Alameda, en la bolsa del pantalón llevaba dos hojas escritas a mano de un artículo de arte para *El Universal*. Las había escrito sobre las rodillas adoloridas por las acrobacias clandestinas de la noche anterior. Una voz lo retuvo a unos pasos de Santa Isabel.

—¿Cómo le amaneció, Tablada?

La voz de Antonio Villavicencio le reveló la noche anterior iluminada por el recuerdo.

—Apenas con vida, prefecto —le respondió Tablada sin detenerse, sudoroso y con gastralgia.

—¿Ha visto a Coutito? —dijo el prefecto de pie, frente a los árboles de la Alameda—. Si lo ve, dígame que lo busco, para lo que quedamos.

Tablada dejó a Villavicencio y vio las tiendas en la barda del perímetro del terreno que ocupó el convento de Santa Isabel. Un coche de bandera verde metió la rueda en un hoyo y salpicó fango a sus zapatos. En aquel artículo había escrito que dentro de nosotros llevamos esperanzas sin luz y sufrimiento sin causa, le llamaban tedio. Una pregunta le taladraba el alma: ¿hemos nacido demasiado pronto o demasiado tarde?

El 19 de septiembre del año 1897, Amado Nervo atravesó las luces del atardecer de la ciudad reflejadas en campanarios y montes aledaños, caminó por la calle Damas y dio vuelta en Tiburcio. Vestía un traje gris de tres piezas, una camisa blanca y corbata negra de nudo en cuatro movimientos, usaba barba y bigotes en punta alta y relamida, las entradas pronunciadas le sumaban años a los veintisiete que había cumplido en agosto entre tormentas vocacionales y ambiciones rotas. El destino lo arrojó desde temprano en el negocio de las falsas apariencias; la primera catadura fingida ocurrió cuando decidió llamarse Amado Nervo y tirar a la basura su bautismo, entonces nunca más volvió a ser Juan Crisóstomo Ruiz de Nervo y Ordaz.

Más de cien años después seguí esos pasos de noche, pasadas las diez: caminé por Bolívar y di vuelta en Uruguay. Nervo entró en la vieja casona de la calle de Tiburcio donde se formaban las

páginas de *El Mundo* y *El Imparcial*. Yo no encontré más que el fondo de un río popular que dejaba a su paso mendigos, hampones, prostitutas desorientadas. Nervo subió las escaleras y oyó, detrás de la cancela de vidrios, un hervidero de asombros e inconformidades en la redacción de *El Imparcial*. Una turba había entrado a los salones del Gobierno del Distrito Federal para linchar a Arnulfo Arroyo, detenido por la policía después de tirarle un manotazo al presidente Díaz. Mala idea, le llamaron atentado a esta agresión y lo convirtieron en un costal de golpes. Reyes Spíndola le quitó a la noticia la primera de las primeras y la ubicó en un recuadro sin valor para el escándalo.

—¿Quién va a creerle al gobierno? —recibió Reyes a Nervo.

—Que le pregunten a Villavicencio, maestro en torturas y ejecuciones —respondió Nervo mientras entregaba un artículo de prosas profanas sobre el ateísmo.

—Ninguna turba, lo hicieron tapioca los hombres de Villavicencio —le dijo Reyes mientras leía las primeras líneas del texto—. Un ateo que cree en los fantasmas, una rareza más de su temperamento, Amado —dijo Reyes con sentido doble y sardónico.

—Los fantasmas van y vienen entre nosotros; Dios, no sé. ¿No los ha sentido nunca, Rafael? Yo sí, alguna vez en el Salón Bach. Seres de otro tiempo que se sienten más vivos que nosotros y nos buscan como si estuviéramos muertos. Hace unos días, sentí a uno de ellos acercarse a nuestra mesa, esperar, oír lo que decíamos, luego lo vi perderse en un pasillo. Cuando camino, hay presencias que me siguen sin ser vistas, sólo mis sentidos las perciben.

—Los neurosismos y las gastralgias atraen a los espectros, Amado. Deje a los fantasmas en paz y hablemos de los vivos, o de las vivas. Lo invito a comer al Nueva Orleans.

—Tengo encuentro en La Concordia.

—¿Libaciones liberales? —era un vaticinio más que una pregunta.

—Alguna perla negra cuando entre la noche, Rafael. Por cierto, a Villavicencio no sólo lo acusan de torturas y violencias, le achacan sevicias, tendencias siniestras e imperdonables del yo.

—Prefiero no escuchar nada al respecto. No he oído nada, Amado. Mejor pase a ocupar la tarde como Dios manda —clausuró Reyes, no sin temor a la revelación de Nervo sobre el prefecto de la demarcación, un secreto a voces en los rincones de las tabernas—. Antes de La Concordia pase a la Profesa a decir una oración por nuestro periódico —bromeó Reyes.

Nervo volvió sobre sus pasos entre escritorios de maderas gastadas al fragor de la batalla periodística, dio vuelta en la cancela de vidrios y bajó la escalera sombría. Avanzó deslumbrado contra la luz del día en decadencia por Espíritu Santo y San José de Real hasta la esquina de Plateros, al Templo de la Profesa. Lo esperaban en una mesa cinco periodistas y un futuro invisible, a veces toda la partida se decide en un solo reparto de barajas.

En busca de esa trama seguí las huellas de Nervo en la oscuridad por la calle Uruguay. Di vuelta en Isabel la Católica y avancé hasta Madero, la esquina donde estuvo La Concordia. Me convertí en la sombra de Nervo. Habían cerrado la Profesa. Una ciudad muerta, sin luz, como si hubieran traído una estampa de finales del siglo XIX. El único fantasma verdadero era yo en esas calles. Nervo: la sensualidad y la devoción, la decadencia y la religión, la búsqueda exuberante y el misterio andrógino. Me sentí ridículo, una sombra perdida en cavilaciones amarillas de viejas, una apariencia de un mundo inexistente.

Cinco a la mesa: Ruelas, Tablada, Ceballos, Couto y Nervo.

—En La Española, una reunión privada. Cupo limitado —invitó Ruelas—. Nos apartan un cuarto decorado con símbolos de misterios insondables.

—La sensualidad, la nueva devoción del alma —dijo Nervo.

Tablada mascaba goma, un trozo de opio que lo transportaba a un mundo de serenidades eternas.

—La hembra es dañina como la hiel —dijo Ceballos—, pero urgen sus formas tóxicas.

—El viernes a las nueve, después del teatro. Vienen de El Principal, las recoge en coche Juanjo, enviado de Lara. Hay cinco boletos, ni uno más —ordenó Ruelas.

El mesero le trajo un ajenjo. Tablada lo probó primero:

—Apareció el hada verde —se mojó los labios en el trago.

Ruelas le puso azúcar al ajenjo y sorbió un trago fuerte. Nervo sostuvo la copa y brindó:

—Por las sombras esotéricas de la noche.

Tablada y Ruelas caminaron por la calle de Capuchinas aturridos por el ajenjo. Dos chambergos, saco y pantalón negros, una capa colgando del antebrazo. Así había vuelto Ruelas de Alemania y le hizo una pregunta ebria y desorientada a Tablada:

—¿Por qué llegamos a Veracruz, Bonsito?

—Esto no es Veracruz —contestó mordiéndose la lengua Tablada—. Esto es la calle de Capuchinas.

En la calle Damas buscaron refugio en un zaguán donde un enano los invitó a pasar. Avanzaron por un pasillo húmedo de hoyos encharcados. La puerta del cuarto de una vecindad se abrió y los desapareció. Adentro, siete hombres sucios fumaban marihuana o mascaban goma. Se unieron a las sombras dilatadas de la noche y descansaron. Ruelas vio con claridad meridiana a un niño fauno en un rincón:

—¿Lo ves, Tablada?

—Veo daifas desnudas.

La ciudad amaneció en lodazales y lluvia fina. Tablada caminó por Plateros hasta el callejón de Betlemitas donde estaba la Biblioteca Lancasteriana. Buscaba libros franceses. Ocupó toda la mañana en la redacción de un artículo sobre Gutiérrez Nájera, el olvido y la muerte.

En el rosario de aquellos días adversos, una madrugada desperté y recordé a mi madre. No digo que soñé con ella sino que al volver del mundo de los sueños la recordé, como cuando vemos no un objeto sino su silueta. Una mujer de cincuenta años en el timón de nuestro barco sin esperanza de librar con bien una tormenta.

El cerebro hace lo que quiere con nosotros. Me acordé de *Corazón salvaje*, la telenovela que dirigió Ernesto Alonso en el año 1966. Cierto, la memoria es mi enemiga. Mi mamá y mis hermanas, y yo detrás de ellas, asistíamos a todos los capítulos en los que Enrique Lizalde y Julissa enfrentaban las enormes adversidades con que el destino hería a su amor imposible. Mi hermano había viajado a Alemania.

En la historia original de Caridad Bravo Adams actuaban también Jacqueline Andere y Enrique Álvarez Félix. Probablemente fue la primera vez que envenené mi alma con una telenovela de Ernesto Alonso. Mi padre decía que rodeado de cuatro mujeres y siguiendo una telenovela, mi masculinidad corría peligro.

La Ciudad de México crecía como una mancha, desordenada y sin rumbo, hacia el norte del

Distrito Federal. Un sábado por la tarde me llevaron en coche a conocer la Unidad Habitacional Nonoalco Tlatelolco. Hubo un tiempo en que cualquier cosa era diversión y asombro.

La cantidad de departamentos, como en un panal, en los que vivían miles y miles de familias me provocó mareos. Siempre que iba en coche sentía náuseas. Mi madre bajaba la ventanilla para que me diera el aire. Mamá solucionaba muchas cosas con aire corriente, o como se diga. Tiempo después supe que se trataba de un desarrollo urbano para doscientas diez mil personas. Todavía me horroriza que el arquitecto Pani haya visto en las unidades habitacionales una solución al problema de la vivienda. ¿Qué hacíamos en Tlatelolco y por qué mi madre lo consideró un paseo interesante? Lo ignoro.

En la mesa del comedor de la casa se esparcía con exactitud cotidiana el papel de dos periódicos: *Excélsior* y *El Herald*. Me gustaba el segundo, la impresión a color era una novedad. He sacado de una vieja caja un ejemplar de *El Herald* de mediados del año 1966. Lo tengo frente a mí y casi se deshace entre los dedos en tiras amarillas.

En la sección de espectáculos escribía Raúl Velasco y en la de ciudad Salvador Novo. Me gustaba recorrer los estrenos del mes en la cartelera cinematográfica. Un sueño imposible: ver a Julissa y Julián Pastor en una película sólo para adultos: *Ensayo de una noche de bodas*, dirigida por José María Fernández Unsaín. El niño que fui se conformaba con *La edad de la tentación*, Sonia Furió y Armando Calvo en tórrido romance.

Esa película se transmitió por el canal 4, a las diez de la noche de un día de junio de 1966 y me perturbó, por primera vez, el escote del vestido que Calvo deslizaría sobre el cuerpo de la actriz. Furió despertaba en mí emociones extrañas; por esta razón, tiempo después seguí la telenovela *Fallaste corazón* donde ella compartía créditos con Cuco Sánchez.

Conservé aquella edición de *El Herald* a la que me he referido porque ese año se jugó en Inglaterra la Copa del Mundo. Fue la primera vez que seguí completo un torneo mundialista, aun cuando guardo recuerdos del Mundial de Chile de 1962; en ese entonces mi padre oía los partidos por radio. Por primera vez escuché que la transmisión en vivo se realizaría mediante un satélite llamado Pájaro Madrugador.

Mi madre me recogía en la escuela después de las clases. Si llegaba tarde, lo cual era muy común, yo lloraba. No seas semillón, decía mi papá refiriéndose a mis miedos. Me sentía abandonado. Hernández, mi acérrimo enemigo, se burlaba: Gay es joto. Souza, mi compañero y amigo, me consolaba: a lo mejor le pasó algo a tu mamá y por eso no pudo venir. Pinche Hernández. Pinche Souza.

Nuestra televisión era un calvario. La antena de la azotea se movía con el viento y creaba los famosos fantasmas que distorsionaban la imagen. Todo lo que veíamos en la vieja caja Admiral tenía a su lado un contorno. Me acostumbré entonces en la vida a que las cosas y personas lleven siempre un aura. A veces sólo veo esos perfiles. En esos días todo tocaba a su fin y yo me sentía abandonado como aquel niño de la escuela. Apenas me consolaba una cita en el pasado, cinco hombres y un deseo.

La noche de la cita en el hotel La Española, la ciudad amaneció nublada con gotas esporádicas que abonaron el fango de las calles. Ruelas dibujó seres del infierno, Tablada entregó un artículo en *El Universal*, Nervo le dio a Reyes Spíndola un poema extraño de amores ambiguos, Couto amaneció en la cama ajena de una casa de asignación, Ceballos durmió en la cárcel de Belem por

un artículo cáustico contra el mundo de don Porfirio.

Cuando la tarde ocultó los montes entre los cuales se encuentra el cuenco de la Ciudad de México, los invitados se reunieron en el vestíbulo del hotel. Madame Lara sirvió absenta en copas de cristal de Bohemia. Ofreció cucharadas de azúcar, sólo Nervo aceptó endulzar su bebida.

—George Sand le escribió a Musset: quiero hacerte un altar aunque sea con mis huesos —contó Nervo estimulado por el ajeno—. Musset nunca dejó de amarla y murió en su propio vómito, ebrio y desesperado hace cuarenta años. Lo sepultaron al pie de un sauce en Père-Lachaise.

—La muerte es el Mesías —dijo Ruelas.

—¿Cómo vamos a pelearle el abismo a Coutito? —preguntó Tablada.

—El prefecto Villavicencio odia a Bernardo, lo acecha día y noche.

—Lo acosa con sadismo. Se cuentan cosas terribles de Couto y Villavicencio —dijo Nervo.

Couto se ocultó en el silencio. Durante la tercera copa de absenta, el portón del hotel se abrió y entraron tres mujeres. Morenas pintadas con maquillajes más claros que su piel, de carnes abundantes, encorsetadas, de escote y holanes y zapatos altos. La Malagueña, Pilar y Elisa. Les sirvieron una copa de ajeno, se mojaron los labios y tomaron lugar entre los hombres.

—Nunca antes, ni ustedes ni nosotros, nos sentiremos tan cerca de la muerte —dijo Ruelas.

—Subamos al cuarto oscuro que nos preparó Madame Lara.

—¿No vamos a bailar? —preguntó Pilar.

—Nada de baile —reparó Tablada—, aquí empieza una misa negra.

La frase perturbó a Pilar y Elisa:

—No podemos quedarnos —dijo Elisa y miró a sus amigas.

—Nos vamos —le siguió Pilar la corriente.

—Quédense: son artistas —dijo la Malagueña.

El viento del azar entró por uno de los pasillos del hotel mientras la Malagueña subía con los artistas después de pactar el precio de tres mujeres por una sola.

—Valgo por tres —dijo la Malagueña cuando sintió en la frente el primer efecto del ajeno: una estrella negra.

El encuentro fue de una hora, pero las horas en la madrugada duran más. La acostaron desnuda en la cama con el collar de cuero en la garganta. La penumbra apenas dejaba ver a una mujer de senos grandes y a tres hombres frente a ella. Alguien apretaba la cinta una y otra vez mientras las figuras se perdían en la oscuridad y los hombres se acercaban al cuerpo de la Malagueña. Se oyeron gemidos de ansiedades lúgubres. Primero jadeos, luego los tropezones de aire de un asmático. Uno tras otro pasaron frente a la Malagueña dominada por el cuero en la garganta.

El primero en darse cuenta fue Ruelas. Lo dijo en la penumbra iluminada por una bujía:

—No respira.

Las ceremonia terminó en el azoro hasta que se dieron cuenta de que el cuerpo inerte de la Malagueña no se movía con fuerza propia.

—¿Bernardo? —preguntó Nervo.

A Couto le habían asignado la tarea rítmica de apretar el cinturón en la garganta mientras ocurría el deseo realizado de la asfixia sobre el cuerpo de la Malagueña.

Se reunieron en la recepción del hotel desierto, territorio de espectros.

Madame Lara tomó el miedo de sus amigos como si pudiera meterlo en una bolsa y les dijo:
—Mandé llamar a Juanjo. Ponemos a la Malagueña dentro del coche y la depositamos en La Verónica. ¿De acuerdo?

—¿Quién la lleva? —preguntó Nervo esquivando la responsabilidad.

—Yo —dijo Ruelas—. ¿Me acompañas, Couto?

—Vamos.

Una copa más de ajeno circuló en el vestíbulo del hotel hasta que sonó la campanilla. Juanjo entró, Madame Lara lo empujó a un rincón y le explicó la gravedad del caso:

—Por usted, lo que quiera, Madame —dijo Juanjo y subió las escaleras.

La Malagueña esperaba envuelta en sábanas. Bajaron la escalera con la carga siniestra y la depositaron en el coche. Los vapores húmedos de la oscuridad esparcieron el frío en la calle del Carmen. Un fuetazo en el lomo de una yegua puso en marcha al extraño cortejo fúnebre. La carroza atravesó la noche de la Ciudad de México.

Madame Lara sirvió una nueva ronda de ajeno y repartió píldoras del doctor Williams para las personas pálidas.

—No salvamos el pellejo, Ciro, nos llevó la tiznada —dijo Nervo y añadió desorientado y absurdo mientras daba un sorbo—: La absentia siempre unió temperamentos criminales y fortalezas artísticas. Enfermo de cirrosis y sífilis, Verlaine bebió ajeno hasta sus últimos días. Cuando murió Rimbaud, arruinado y sin más luz que su mirada perdida por el ajeno, Verlaine dijo que nadie alcanzaría al hombre de las suelas de viento.

Nervo se despidió antes del amanecer. Tablada y Ceballos esperaron sin suerte a los encomenderos y abandonaron el hotel. Una mañana fría del año de 1898 abría el cielo mientras un cuerpo sin vida envuelto en sábanas yacía a la orilla del río La Verónica.

—Ciudad leprosa —dijo Tablada mientras se echaba a la espalda la capa negra.

El Universal dio así la noticia:

La policía de la demarcación encontró el cuerpo de una mujer envuelta en mantas. Luis Portilla y Benito Vázquez protagonizaron una querrela de puñales cerca del cuerpo de la mujer, lo cual hace pensar a la policía en un crimen pasional. La mujer tenía el cuello lacerado por las huellas del estrangulamiento. La policía culpa a Benito Vázquez, que además clavó tres veces el filo de su hoja en el cuerpo de Luis Portilla.

El periódico de ese día informaba además de un desfalco en la Tesorería, en la calle de Monzón, dos rufianes asaltaron una platería y en los oficios del Registro Civil se casaron Victoriano Burgos y Ramona Avellaneda. Todo puede ocurrir en el mismo espacio y al mismo tiempo, como en un sueño.

IV

El 12 de septiembre de 1892 el vapor americano *Whitney* fondeó en el puerto de Veracruz. Eran las ocho de la mañana de un inesperado día nublado en el trópico. Una fina lluvia del golfo entorpeció los trabajos de desembarco. A las nueve y media, bajo un sol húmedo y un viento pegajoso, los pasajeros cansados del mar bajaron al muelle, hartos de las incomodidades marítimas y ansiosos de pisar tierra firme. Al final descendieron nueve pasajeros: el matrimonio francés Du Cloty, los polacos Shadran y Kobalsky, la alemana Gisele Grunewald, los esposos italianos Constantieri, el periodista y diputado mexicano Jesús Rábago y un joven poeta, su acompañante.

Aquel sábado de septiembre los pasajeros que desembarcaron en el puerto tocaron algo más que la tierra fértil de Veracruz; en realidad, doblaban un cabo de esperanza y partían —en un viaje mucho más penoso— rumbo a la Ciudad de México. En la ciudad los esperaba la vida porfiriana de los años noventa del siglo XIX con toda su carga de ilusiones.

En medio del movimiento imparable del muelle dos viajeros persistían en los adioses. Las figuras de un hombre y una mujer se recortaron sobre el fondo azul de la costa. La señora Grunewald oía atenta, como si estuviera en un tranquilo café parisino, la historia que le contaba el joven acompañante de Jesús Rábago. Era una mujer de treinta, y bajo la falda de terciopelo rosa y las mangas anchas de la levita gris guarnecida con un rizado grueso y rosa del traje que llevaba puesto, se adivinaba una fronda de carnes bien distribuidas. Él, en cambio, era un joven delgado de pelo largo y levitón gastado que dibujaba calvicies en los hombros. Gisele Grunewald anotó en una libreta forrada de raso azul: José Juan Tablada.

Nadie notó signos de amor durante la travesía. Supieron guardar el secreto de siete noches de intimidad en las que él durmió en sus pechos hasta el amanecer rojizo del mar, cuando salía de su camarote como lobo después del ataque. Se quisieron en el viaje, pero se dejaron unir, además, por el misterio de sus ambiciones y las historias de sus vidas. El joven Tablada contó durante esos días y noches felices los accidentes borrosos de una infancia de diligencias camino a Acapulco —por donde pasaban los mercaderes de la Nao de China—, temores de guerra y cuartelazos, colegios militares y mañanas estivales al borde de ríos caudalosos.

Más que relatos de su infancia alemana, ella le contó la historia que dejaron en su cuerpo y su vida dos matrimonios y un amante en París del que se curaba viajando.

Una de esas claras mañanas de altamar, Tablada despertó con el corazón lleno de esperanzas. Subió a cubierta. La encontró leyendo un libro de tapas verdes, sentada muy cerca del timón. Alcanzó a leer el nombre de Victor Hugo en el lomo. No se acobardó, al contrario, el aire de una absurda complicidad artística le dio más fuerza. No volvió a verla; es decir, no volvió a verla

como la vio en el *Whitney*: exuberante, incontenible. José Juan Tablada tenía veintitrés años y una ambición mineral: ser poeta. Gisele Grunewald se esfumó en la cubierta del vapor. Permaneció todavía largo rato viendo el movimiento que dispersó a los viajeros en un ajeteo de carga y descarga. Eran otros pasajeros de la tranquilidad porfiriana: baúles con finísimas draperías francesas, cajas con bebidas y alimentos importados, símbolos de la felicidad: champaña Viuda de Clicquot y Roederer, ostiones Baltimore, tabaco cubano y coñac Gautier que irían a parar a La Abeja, gran tienda de abarrotes importados y nacionales en la esquina de Portacoeli y bajos del mismo nombre. También venían libros, los bultos que estibaban contenían los poemas con que Baudelaire escandalizó a la Francia de los cincuenta, la prosa de Musset y Richepin, la sinfonía de Gautier y otros menos solicitados que irían a parar, como la comida y los licores, a las manos de algunos escritores mexicanos. Tanta exuberancia lo llenó de tedio y *spleen*. Respirar bajo el cielo gris de la clase media, vivir bajo la paz porfiriana le producía sueños enloquecidos.

Terminó el año en la Ciudad de México. Algo de lo que prometen todos los principios lo hizo sentirse menos melancólico. Tablada se sentía perdido en el mundo. Hacía largos paseos por Plateros y San Francisco, seguía sin que lo vieran a Gutiérrez Nájera, con su camelia en el ojal, su puro en la boca y su infaltable amigo Manuel Mercado. Se detenía en las puertas de la Casa Plaisant y veía a Manuel Puga y Acal reunido con otros periodistas que hablaban de Francia. Reconocía a Jesús Valenzuela pasando por la calle en un *char-à-bracs* tirado por varios caballos. Saludaba a los personajes que se reunían en la Casa Calpini y, a veces, acompañaba a Edmundo Rivera y Rico e Ignacio Benítez Landa, pulcros dandis de Plateros. Caminaba hasta que se metía el sol y el viento levantaba torbellinos de polvo. Y cada vez que veía a una mujer delante de él decía: «Esta es», pero la casualidad no ayuda nunca al amor. Entonces imaginaba extraordinarias complicaciones del azar que producían un nuevo encuentro. Así pasaban los días en el mismo tedio y las costumbres obligadas. Leía con devoción a Baudelaire, a Musset, a Gautier en alguna mesa de la casa Plaisant y ya entrada la noche cenaba con Chucho Rábago. En el fondo, lo aliviaba el sentimiento de que su pasión se apagaba.

Vinieron días claros de periodismo, reuniones en el Café Colón, poesía y proyectos extraordinarios. Tablada logró un lugar en *El Universal* después de la aprobación de Rafael Reyes Spíndola. Conoció por esos días a Gutiérrez Nájera y se volvió su acompañante matutino cuando el Duque iba a las oficinas del periódico *El Partido Liberal*. Oyó la voz del Duque Job elogiando su «Oda Nocturna». Las horas de la redacción y las gacetillas llenaron por completo aquellos meses prometedores y productivos. Sus amigos, Alberto Leduc, Bernardo Couto, Jesús Valenzuela lo esperaban en el Café Colón después del periódico.

Conservó, además de la amistad de Ruelas, dos amigos de la niñez, Joaquín Clausell y Heriberto Frías, que en ese entonces estaba en Chihuahua preparando un reportaje sobre Tomóchic y la Santa de Cabora. Los tres fueron compañeros en el Colegio Militar. En Chapultepec aprendieron disciplinas militares, practicaron con carabinas Winchester y fusiles Remington y emprendieron dos o tres parrandas históricas con mujeres desconocidas. A los tres les quedó algo de la rudeza y la constancia militares. Clausell tuvo que emplearlas como director de *El Demócrata*, cuando fue a parar a la cárcel por publicar el relato novelado sobre Tomóchic que había escrito Frías, quien partió al norte del país uniformado de militar.

En una de mis evasiones de enfermo llegué a la esquina de Tacuba y Filomeno Mata. Pensé: aquí estuvo *El Diario del Hogar*. Lo dirigió Mata entre las llamas de la crítica y los peligros de la censura. Quise verlos entrar y salir de esas oficinas: Clausell invitó a Tablada a una reunión en las oficinas del que se había convertido en periódico de oposición a partir de la segunda reelección de Díaz. Mata llevaba algún tiempo cargándose a la oposición. Los editores ya habían recibido señales no muy gratas de don Porfirio. Entonces, Mata decidió improvisar sus oficinas para resucitar los viejos salones artísticos de *Fanny*, Natalia di Testa, que durante mucho tiempo se hizo cargo de una sección de modas y vida social en *El Diario*. Como en los buenos tiempos tomarían té y bailarían boston. Invitarían a lo más destacado de las letras mexicanas, a señoras apasionadas por las draperías importadas y a algún político —enviado por Díaz— para suavizar las relaciones y negociar posiciones políticas. Y Tablada aceptó.

Llegó a las siete de la noche. Lo recibió Natalia di Testa y lo acompañó a una de las habitaciones donde las señoras y las señoritas platicaban sentadas con la taza en la mano. Las servilletas rojas sobre el regazo le parecieron a Tablada manchas de sangre. Fanny, de pie, junto a la escalera, ordenaba y atendía a los invitados que llegaban. Más tarde sonó el piano. Dos hombres fumaban en el balcón. Los redactores de *El Nacional* hacían plática aparte y cortejaban a Rita di Testa, la hija de Fanny.

Tablada conversaba con una mujer sobre lo poco que ganaban los periodistas cuando, a las ocho de la noche, Rosendo Pineda entró por la puerta principal. Lo acompañaba una mujer a la que presentó como una alemana sensible a todas las artes, la señora Gisele Grunewald, huésped de México.

Llevaba una *toilette* de baile para joven, bastante *demodée* para los tiempos, de velo color rosa pálido. La falda estaba compuesta de dos géneros con grandes pliegues de rasos y volantes. Los aretes, el collar y el brazalete eran monedas antiguas de oro y plata. Los guantes a lo Sara Bernhardt le alargaban la figura; traía medias de seda con bordados en rosa y zapatos también en rosa pálido con grandes lazos. El pelo rubio, partido en dos sobre la frente, ceñía el óvalo de la cara. Entonces alguien se sentó al piano y tocó una vieja romanza oriental que hablaba de puñales y amores orgullosos y vencidos. Cuando acabó la música, Gisele Grunewald parpadeó, como si saliera de un sueño.

La reunión era un éxito, Rosendo Pineda platicaba en un rincón con el Duque Job y Carlos Díaz Dufoo; por otro lado, Clausell, Luis G. Urbina, Alberto Leduc y Jesús Urueta hablaban sobre el futuro del *repórter* en México. El doctor Flores y Jesús Valenzuela, rodeados por tres o cuatro mujeres, conversaban de enfermedades y medicinas. Decía Flores:

—El jarabe de bromuro de sodio se está usando con mucho éxito en la medicina de las mujeres.

Valenzuela lo interrumpía:

—Nada mejor para la gastralgia que el licor tridigestivo de pepsina, pancreatina y diastasa.

Uno a uno felicitaron a Gutiérrez Nájera por el banquete-homenaje en el más grande de los salones del Tívoli de Porrás, teatro de las más grandes fiestas de entonces.

El asunto fue que a las diez de la noche lo más distinguido del México de las letras y las artes estaba congregado en el patio interior de aquellas oficinas. El movimiento en aquel tablero de la política parecía perfecto, la presencia de Rosendo Pineda, secretario particular del ministro Romero Rubio, era el signo inequívoco de la benevolencia de Porfirio. Pero no fue así: como otras veces, Díaz desconcertó a sus oponentes: poco tiempo después el periódico *El Demócrata*

fue suspendido y su director Joaquín Clausell puesto en la cárcel; Heriberto Frías corrió la misma suerte, pero en Chihuahua Mata tuvo que acordar el cierre de *El Diario del Hogar* a cambio de la seguridad de su familia, de los redactores del diario y de la suya propia.

Detrás de los gestos majestuosos y pausados de Pineda, de la flema distante de aquel figurín de levita y sombrero hongo estaba, más que un conciliador, un político con instrucciones de estudiar el terreno para dejarles llegar a aquellos periodistas un golpe del que ya no se repondrían. Ese fue el trabajo de Rosendo Pineda la noche en que quisieron resucitar los viejos salones de Fanny.

José Juan Tablada platicaba con Pepe Bustillos, que interrumpió alguna exaltación baudeleriana para contarle de un enemigo. Sabía que vendría el momento en el que Grunewald se iría sin que pudiera siquiera haberle arrancado una palabra. A las once de la noche un *coupé* azul tirado por un solo caballo negro se estacionaba frente a la fachada del edificio. Se abrió la portezuela, subió una dama y el carruaje comenzó a rodar con un ruido sordo sobre la grava. En el interior del coche, tapizado de *reps* azul con pasamanerías y calados de seda, una mujer bostezaba satisfecha rumbo al sueño tranquilo. Ella era el lujo de un hombre rico y en ascenso político.

Entonces Bustillos le contó a Tablada que había sido Rosendo Pineda quien llevó a doña Carmelita aquel diario donde se publicó su «Misa Negra»; que fue él mismo el que se encargó de que la señora se sintiera ofendida. Y algo más:

—Te ha cobrado las indiscreciones de cierta mujer. ¿Qué más le debes?, porque Pineda es tan indio y tan rencoroso como Juárez.

Tablada se sintió abrumado, pero decidió borrarla de su vida. El resto de la noche fue para Tablada la bárbara digestión de ese daño revelado. A las once y media de la noche alquiló un coche en la calle de Mercaderes, lo invadió un vago olor de elegancias femeninas. El coche aflojó las riendas, el caballo rozó bruscamente el recantón y todo desapareció.

Muchos años después, José Juan Tablada recordaría bajo las luces de Broadway, la *White Way* con sus millones de letreros radiantes y dinámicos donde a la vez ardían los dólares, su juventud en Plateros por el callejón de Betlemitas. Todo eso fue antes de los viajes, al oriente, a Nueva York. Antes, por supuesto, de la casa por el rumbo agreste de Coyoacán y las tardes frescas de castaños y eucaliptos en la casa de Jesús Valenzuela, con el músico Elorduy, el escultor Contreras, el pintor Leandro Izaguirre, el poeta Balbino Dávalos, Jesús Urueta y Luis G. Urbina; era el tiempo en que al joven Tablada lo devoraba la melancolía y su ambición secreta era prenderle fuego al futuro.

Mi mundo se caía a pedazos. Mis padres se encontrarían pronto con la muerte, yo intentaba salir con vida de las trampas del cáncer, mi hermano mayor enfermó de algo que la neurología nunca pudo diagnosticar con certeza y los bandos de la política reventaron a mi familia. El país se convirtió en un tiroteo, un infierno donde creció el secuestro, la tortura y todos los ardides del mal. Le llamábamos inseguridad, no sin eufemismo, a esa masacre.

La adversidad se atrevía conmigo como nunca antes y me dejaba a oscuras. Me dediqué con disciplina de hierro a presentar mi prueba trimestral en el hospital. En un cubículo, antesala del quirófano, esperaba la revisión, una cistoscopia en el lugar de los hechos para observar el estado de la vejiga. ¿Regresó? Me hice esta pregunta tantas veces como estudios, análisis y resultados.

Desnudo bajo la bata hospitalaria, antes de sentir el leve toque eléctrico en las sienes que provoca la anestesia, en camino de la inconsciencia, me hacía la pregunta del enfermo de cáncer: ¿Y si invadió otro lugar?

Insistí con mis papeles viejos y las maletas del pasado, con la hemeroteca y el Centro de la ciudad. Poner en orden la vida, las cosas en su lugar, así buscan los enfermos la restauración. Viajar en busca del pasado a un mundo menos hostil. El emperador de todos los males, así le llaman al cáncer quienes han escrito de sus desmanes en la historia.

Invité a Villasana a tomar un trago en el Sanborns de los Azulejos. Llegó tarde, sus habilidades periodísticas le quitaban tiempo, hombres ricos con ansiedad de influencia pública lo ascendieron a director de un pequeño periódico de la ciudad. Subimos al bar. Vi de nuevo el mural de Orozco que se le viene encima a quienes suben la escalera de granito. José Clemente fue un genio, lo sé, pero a mí los murales me parecen espantosos y la Escuela Mexicana de Pintura un momento deplorable del arte pagado por el Estado. En fin, no voy de momento a discutir el papel del Estado en la libertad del arte.

Elegí una mesa cerca del baño para llegar sin prisa las veces que fuera necesario. Pedimos whisky Chivas. Le conté de un descubrimiento que había confundido a historiadores y conocedores de la ciudad: El primer Salón Bach estuvo en Madero número 32.

—Si queremos contactarlos tendremos que caminar por Madero de noche de un salón a otro —hablaba en serio y me desconocí.

—¿Qué queremos descubrir? —preguntó Villasana.

—Algo que nadie sabe. Te cuento: me enteré por un azar mientras leía el *Diario* de Federico Gamboa. La muerte de la Malagueña, una prostituta, una tiple del Principal, ocupó una entrada en el año de 1898. Luego caí en una noticia de *El Universal* y por último, la prueba reina: una carta de Peter Gay, mi bisabuelo, que mi padre conservó en las maletas de los archivos que me entregó cuando la vejez acabó con sus entusiasmos.

No mentí. Peter Gay era el abuelo de mi padre. Un italiano que vino a México siguiendo las ilusiones perdidas de la justicia, la guerra nunca cumple los sueños de la justicia. Gay fue el ayudante de campo de Garibaldi. *Aide de camp*, que derivó con los años en la palabra edecán. Puso el primer bar, Salón Peter Gay, en el sentido americano de la palabra, en Plateros y Mercaderes, cuando el siglo XIX bajaba el telón; o sea, en la esquina de Madero y el Portal de Mercaderes. Durante años, mi padre guardó el fez de Peter, me refiero al gorro de fieltro rojo usado por los moros y los turcos, y junto a él una carta. Seguí contándole:

—Muy pocos supieron de la reunión en el hotel La Española —le conté a Villasana que escuchaba sin interrumpir—. Gay fue uno de ellos y le dio noticia de la historia a Guadalupe Greimbel, una alemana con la que compartió su vida y fundó una parte de mi familia.

Tengo frente a mí el papel amarillo que casi se deshace entre los dedos. Una carta de amor decimonónico que hace referencia a los pétalos secos en los que se convertiría la vida del bisabuelo si ella no le daba el sí. Los pétalos desaparecieron con el tiempo. Tal vez para impresionarla, le contaba historias que pasaban por el bar, noticias de la ciudad.

Lupita: entre las muchas cosas que se dicen aquí, se cuenta que los poetas delicuescentes y plenos de neurosis asesinaron a una mujer en un rito de sevicias vergonzosas. Quien lo contaba en una de las mesas del bar parece saber la historia completa: la torturaron y la tiraron como basura en La Verónica. Los conozco a todos, les he servido coñac, los he oído hablar del mal del fin de siglo.

El resto de la carta abunda en palabras de amor antiguo entre las cuales Gay le ofrece protección y fidelidad a Greimbel, «si usted, generosa, así lo permite». La carta dio resultado y ambos formaron una pareja de seis hijos e hijas; una de ellas, Guadalupe, fue la madre de mi padre, mi abuela. La carta apareció entre postales antiguas y la guardé en un libro de Amado Nervo sin saber que unía dos tramas del pasado.

Villasana me sugirió que hiciera una crónica con los materiales y la publicara en *El Universal*, el periódico que en ese tiempo me daba espacio en la sección de Metrópoli. Dejé el asunto al fondo de mi vida, debiéndomelo. Si hiciera una lista de las cosas que he abandonado podría llenar un cuaderno. Villasana cerró aquella sugerencia en el cuarto whisky y un anzuelo:

—Podemos reunirnos e invocar a los decadentes.

—¿Vendrían? —lo provoqué.

—Siempre vienen —me dijo, como si tuviera la verdad guardada en una de las bolsas del saco.

V

En busca de mi vida perdida caminé por la Alameda, el parque más antiguo de la Ciudad de México, y anoté en mi cabeza los nombres de Manuel Orozco y Berra y José María Lafragua. Más tarde copié esto en las notas del iPhone: «La Alameda es el paseo más antiguo de la ciudad. El virrey Luis de Velasco, en el cabildo del 11 de enero de 1592, pidió a la ciudad formara, de sus propios, un paseo para ennoblecimiento de México y desahogo de sus habitantes [...] En junio de 1730, la Alameda contaba cuatro mil álamos y sauces, y cinco fuentes».

Las parcelas divididas por acequias sobre las cuales Cortés decidió levantar la Ciudad de México dificultaban la defensa en el caso de una rebelión indígena. Se necesitaban espacios abiertos para el movimiento de caballos y el uso de la ballesta. Entre La Mariscal y el Convento de Santa Isabel —para más señas, donde hoy se encuentra Bellas Artes—, las autoridades se negaron durante años a construir. En su lugar apareció, con la fuerza de la costumbre, el tianguis de San Hipólito.

Atravesé avenida Juárez. Alguna vez, en el XIX, esta calle era una extensión de lodo y olores fétidos y se dividía en tres nombres: Calvario, Patoni y Corpus Christi.

Los rumores son las sombras de los acontecimientos que ocurrirán en cualquier momento. En la Ciudad de México que dejaba atrás el siglo XIX, las noticias subían desde el fango de las calles hasta las oficinas de la policía y las redacciones de los periódicos. Uno de los lugares por donde se filtraban los hechos era la Alameda. En voz baja, entre los sauces, los fresnos y algunos álamos, los rumores se mezclaban con la verdad. En Patoni, en Coajomulco, en Plateros se sabía que algo había ocurrido en la ciudad. Se decía que Peter Gay guardaba la verdad en la esquina de Mercaderes y Plateros. Se decía que la policía buscaba a criminales eminentes. Algunos suponían que se trataba de personajes cercanos a Porfirio Díaz.

La madrugada del hotel La Española quedó insepulta, al descubierta en la mente y el corazón de los actores de ese teatro. Madame Lara tomó la iniciativa. Los citó con un mensajero que entró a La América. Juanjo atravesó el galerón en relieve por la luz de las bujías eléctricas. Se acercó a la barra de hierro del mostrador y le entregó a Ruelas una nota de puño y letra de Madame Lara. Se corrió la voz:

—En la glorieta de la Alameda, a la una y media de la mañana.

Cruzaron la avenida oscura a la hora convenida entre pasos de lodo. Cuatro sombras atravesaron bajo el follaje húmedo de los fresnos. En la glorieta central había cuatro bancas en forma de arco fabricadas con tiras de hierro colocadas a manera de reja, con el asiento curvado. Tablada, Ruelas, Nervo y Couto esperaban en silencio. Dos sombras negras salieron detrás de la fuente de La Insospechable, como se conocía a La Venus. Madame Lara se acercó envuelta en

filtros negros. Había perdido el acento alemán, en su lugar quedó una voz acostumbrada al mando.

—Les pedí que vinieran para ponernos de acuerdo. Pese a lo que se dice en los callejones, nadie sabe nada —su voz soplaba el velo oscuro desprendido del sombrero—. El Gordo Gay ha oído algo en su bar, pero no trae nada en la bolsa. Los culpables hasta ahora son dos hombres perdidos en la niebla de los celos. De Pilar y Elisa me encargo yo, ¿pero quién se encargará de ustedes? Lo que vivieron en La Española no ocurrió nunca. El olvido es la mejor arma de la impunidad. Y si le echas encima la tierra del silencio, todo se lo come el tiempo.

—Un pacto de silencio —afirmó Ruelas.

—Sí —respondió Madame Lara—: nada ha ocurrido, ¿de acuerdo?

—Para mí, este pacto se ha lacrado —dijo Ruelas.

—Un mal sueño —añadió Nervo.

—Volvamos a La América por una copa de silencio —añadió Tablada al pie de un fresno perdido.

Couto dio un paso hacia la oscuridad mientras se despedían de Madame Lara. Al salir de la glorieta, una sombra atravesó un sendero. Todos reconocieron la figura de la Loca Rincón, una mujer perdida en los pliegues de las calles de la Ciudad de México. De una boca sin dientes salieron seis palabras de la noche:

—Veo al diablo en sus sombras.

La Loca Rincón caminaba sobre su alma en jirones recordándole a quienes la veían consumirse bajo costras de suciedad que el cierre de siglo era el fin de un sueño y el principio de la oscuridad.

En la esquina de Mercaderes y Plateros, Tablada encontró de frente al prefecto Villavicencio. No pudo evadirlo. A tiro de piedra lo esperaban Ceballos, Nervo y Couto en la cervecería alemana del callejón de La Palma.

—¿A dónde, Bonsito?

—A ver amigos, prefecto —quiso disimular el miedo de quienes guardan secretos.

—¿Qué razón me da del joven Bernardo? —le dijo mirándolo a los ojos—. Se me esconde, Bonsito.

—No sé de él, prefecto.

—¿Mentiras, Bonsito? Dígame que lo voy a encontrar para nuestros pendientes. ¿Se mudó del Moro?

—¿Le debe dinero, prefecto? —Tablada se hizo el desentendido.

—Me debe algo más que dinero —el prefecto miró a Tablada al fondo de sus ojos negros.

Cuando llegó a La Alemana, Tablada llevó a Couto a una mesa aparte y le dijo:

—Te busca el prefecto, Coutito. ¿Le debes?

—Nunca se sabe con los policías —le contestó Bernardo, y se hundió en un silencio de cemento armado.

Couto se había mudado del hotel del Moro, cerca de la calle Coliseo, donde vivió con Amparo, una prostituta robada a la noche a la que le puso casa en la Calle Verde. Ese lugar fue el gran escenario de los sueños sombríos y delirantes que coleccionó en *Asfódelos*, su único libro. Los doce relatos que escribió cuentan la obsesión de un bohemio en el bulevar, piezas narrativas

de un buen lector de Baudelaire, Laforgue y Gautier. Del primero quiso adaptar los ácidos corrosivos con que escandalizó al París de los cincuenta del siglo XIX, *Les Limbes*, expresiones de la ciudad moderna. Los fantasmas invadidos de tedio son los personajes que lo desvelaron y a los que dedicó sus insomnios: asesinos, putas, alcohólicos, artistas fracasados, sexualidad abrasiva. La mezcla enloquecida de sus lecturas produjo los cuentos de *Asfódelos*, nombre exótico de un poderoso veneno. El estudio de la muerte que intentó el joven Couto está lleno de estas imágenes: «Una tarde, cuando dormía sin sentirse criatura humana, cuando invadido por un profundo sueño vagaba en algún Paraíso Artificial, mi bisturí rasgó profundamente sus puños. La sangre fluyó tiñendo las ropas que torpemente le arrancaba y por completo la extendí en el diván. La sangre brotaba por palpitaciones, corría en hilos bañando la mano, goteando de los cinco dedos como de cinco heridas, rápida, negruzca».

Couto escribía párrafos como estos durante la noche, en una habitación en penumbras del hotel del Moro, iluminado por la luz tenue de una lámpara de gas. A media luz, Amparo ensayaba en el cuerpo del joven Couto todas las lecciones que aprendió en la oscuridad de los hoteles de callejón. A través de la cortina raída de la ventana Couto podía ver la penumbra de un cubo interior del cual sobresalía un campanario.

En ese tiempo, Couto les dio a sus amigos una señal de su destino. Aparecía al atardecer en el bar La América extraviado y sin memoria. Tablada y Ruelas le ordenaban un coñac con Ginger Ale. Pasajero fugaz de la tarde hacia la noche de Amparo, Couto volvía a la vida. Se había propuesto ser el príncipe de los amaneceres después de las noches con Amparo. Escupía sangre por la piorrea, se lavaba la cara en una jofaina con agua de doble uso y salía a la calle a buscar el siguiente trago.

Amparo le contó a Ruelas: el prefecto Villavicencio tocó a la puerta de la casa de la Calle Verde una mañana. Ella salió a tomar un baño turco y perfumarse para atender los calores de su clientela:

—Cuando volví, encontré a Bernardo tirado en el mosaico del baño, helado y desnudo, borracho, con la mirada perdida —le dijo Amparo—. Apenas me habla, no come, y en la noche las fiebres lo envuelven en delirios. El prefecto lo persigue. Pienso cosas horribles de ese degenerado.

Días después, la noticia corrió por La América como fuego en la paja: Couto había contraído una pulmonía. Rubén M. Campos, Alberto Leduc, Pablo Escalante y Ciro B. Ceballos entraron a la estancia mínima de la casa de la Calle Verde convertida en capilla ardiente. Los familiares de Bernardo Couto llevaron una corona que colocaron a la cabeza del ataúd, las llamas de los cirios puestos en cada esquina del féretro producían sombras incomprensibles. Sentada frente a él, Amparo pasaba las cuentas de un rosario. En un rincón de la habitación un hombre extraño de atuendo incomprensible miraba el ataúd. El médico dio órdenes estrictas de mantener cerrada la caja por los peligros del contagio. El prefecto Villavicencio no apareció en los funerales de la casa de la Calle Verde.

Villasana al teléfono:

—Hermano, no contestas mis llamadas —reclamó con acento cubano—. Te tengo noticias: ya los has contactado. De verdad: en una de mis visiones caminabas por Izazaga y entrabas a un tendajón. Ahí te perdí, pero podemos encontrarte de nuevo. ¿Quieres? Seguí las huellas con tus pañuelos, hermano.

—¿Tú fuiste? ¿Te los llevaste?

VI

No sé qué quedó de mí después del cáncer. Para empezar, un sobreviviente, un coleccionista de dudas a la espera de una cita, un *rendez-vous*, dirían los decadentes. Las enfermedades serias que te perdonan la vida, o la muerte, te liberan. Durante las instilaciones, las cistoscopías, los exámenes, las noches en vela, se abría siempre una puerta de fuga. Salí por esa puerta rumbo a sueños a los que no me atreví nunca en mi vida de editor y periodista. En ese sueño aparece la Ciudad de México y un episodio de la vida de esos escritores.

Lo primero que arrasa la enfermedad es el autoengaño. En secreto y a oscuras sabemos quiénes somos, por eso quien se ha enfermado nunca vuelve a dormir en paz. Sé lo que están pensando: un melodrama; quizá, la vida sería imposible sin emociones en el límite, eso es la enfermedad.

Después de la noche en la Alameda, los actores del hotel La Española iniciaron distintas fugas. Ruelas viajó a París; Nervo empezó en un viaje su carrera de éxito desmesurado; Tablada abandonó la vida que deseaba y adquirió la que necesitaba, desde luego fuera de México. Ceballos se convirtió en un escritor de memorias, un periodista tocado por la maldición de la longevidad. Couto desapareció muy joven atropellado por el deseo destructivo de Villavicencio. Madame Lara se hizo vieja en aquella casa de perdiciones, nunca le contó a nadie su secreto, nadie supo, salvo dos personas, que su verdadero apellido era Grunewald. Peter Gay amó a Guadalupe Greimbel, a quien le heredó una modesta fortuna. Sin ese amor, del cual nació mi abuela, esta historia nunca habría sido contada de esta forma.

Un día lo entendí: el mensaje de Izazaga, cuyo nombre en el siglo XIX fue Calle Verde, había llegado a mi vida. No sé desde qué cara del tiempo escribo este informe.

UN MAPA REPENTINO

Algunos de los personajes reales que aparecen en este informe nocturno acudieron a estas páginas por el camino de la ficción. Los hechos narrados atraviesan la frontera de la realidad y se pierden en la neblina de la ilusión. Una parte de mí cree que el encuentro con estos artistas me salvó la vida. Agrego un breve mapa de personajes y lugares verdaderos.

JULIO RUELAS
(1870-1907)

Julio Ruelas murió el 16 de septiembre de 1907, su ataúd y su obra pasaron como una ráfaga de viento al purgatorio del olvido. Sólo hasta mediados del siglo xx los críticos reconocieron la obra de un artista de primera línea en cualquier parte del mundo.

Es probable que el olvido en el que vivió Ruelas durante muchos años se desprenda de su voluntad radical. Despreció el academicismo europeo y la vena popular de José Guadalupe Posada; eligió, en cambio, el laberinto simbólico. Después de la Academia de San Carlos, su escuela fue la Universidad de Karlsruhe en Baden y su modelo, las aspiraciones de los románticos alemanes. Cuatro años en Alemania, de 1891 a 1895, fueron suficientes para que Ruelas le agregara a sus atormentados talentos la fuerza de la técnica y la cárcel de la disciplina, pero su nombre estará unido siempre a la *Revista Moderna*, ese antro pretencioso y genial que fue el nervio del modernismo mexicano y aun latinoamericano. Julio Ruelas produjo para las páginas de esa revista viñetas, letras capitulares, cornisas, ilustraciones, aguafuertes que le dieron imagen a la idea de la decadencia, el gran tema y la gran búsqueda de los escritores reunidos alrededor de esa publicación. ¿De qué tratan los óleos, los grabados, los aguafuertes de Ruelas? De la muerte, de la sexualidad abismada, del dolor, del éxtasis y de la pérdida del paraíso. Estos asuntos eran ácido corrosivo para la moral social porfiriana. José Juan Tablada, Bernardo Couto, Alberto Leduc, Amado Nervo, Rubén M. Campos, Ciro B. Ceballos, sus compañeros, celebraron en su obra la revelación de la decadencia, esa puerta abierta a una nueva sensibilidad que los convirtió en eminencias antiporfirianas.

Ruelas viajó a París en 1904 pensionado por Justo Sierra para estudiar el arte del aguafuerte. Aprendió de J. M. Cazin la técnica y de sus amigos el arte de la bohemia. Vivió en el hotel Saint Michel, bebía coñac por las noches y estricnina con café por las mañanas. Lo mantenía Jesús Luján. Uno de sus amigos, Rubén M. Campos, ha contado para nosotros que la noche del 15 de septiembre de 1907, un grupo de mexicanos celebró las fiestas patrias en un restaurante parisino. Contrataron a Mimí Pinsón y a un ramillete de prostitutas de París. Fue la última fiesta de Ruelas. El cadáver de treinta y seis años yacía en la cama de su cuarto cuando Luján decidió pagarle un lote a perpetuidad en el cementerio de Montparnasse. El escultor Arnulfo

Domínguez le esculpió una mujer doliente en mármol, que ha acompañado a Ruelas durante más de cien años.

Alfonso Reyes tenía serias dudas del decadentismo como forma de vida; en 1908 escribió: «Julio Ruelas es satánico, como Baudelaire, y es, como él, aunque de menor intensidad, cristiano negativo. Es lascivo, porque la lascivia es pecado, que si no sería un amante. No sabe, como el amante, del goce de la fecundidad, su amor es doloroso y estéril. Lo que menos hay en Ruelas es espíritu clásico y temperamento de amante».

AMADO NERVO
(1870-1919)

Dijo Nervo:

—Rafael, vengo a despedirme de ti.

—¿A dónde vas? —le preguntó Rafael Reyes Spíndola en la oficinas de *El Mundo Ilustrado*.

—Me voy a suicidar.

Reyes Spíndola le contestó:

—¿Y qué te parecería si en vez de suicidarte te fueras mañana a Europa?

—No hagas bromas —respondió Nervo.

—No es broma. Dentro de tres días parte un buque de Veracruz y mañana mismo puedes apartar tu pasaje. Vas por cuenta de *El Imparcial* a la ciudad de Europa que elijas para vivir.

—¡A París! —le respondió Nervo.

Así lo cuenta Rubén M. Campos en *El bar. La vida literaria de México en 1900*.

Después de despedirse de su gente, Amado Nervo comió un día antes de viajar con Luis G. Urbina y Rubén M. Campos en el Salón Weber. Les contó que buscaría primero a Rubén Darío en París y que escribiría un libro: *El éxodo y las flores del camino*, impresiones, poemas, crónicas de su paso por el mundo. Cuando Reyes Spíndola supo que Nervo enviaba colaboraciones a la *Revista Moderna*, le escribió un cable y le informó que cancelaba la corresponsalía de *El Imparcial*. Nervo le escribió a sus amigos para contarles su despido. Entonces la revista se hizo cargo de sus gastos. Nervo se mudó a Montmartre, cerca de Rubén Darío, a quien le escribía artículos cuando este se perdía en la niebla del alcohol.

Mientras escribía este informe, la Universidad de Arizona compró un lote de manuscritos en el cual se encontraban algunas cartas de amor de Darío a Nervo. El escritor Sergio Ramírez se empeñó en demostrar que los documentos eran falsos. Sólo un peritaje caligráfico, los pigmentos y colorantes utilizados en la época, las cáscaras de semillas y glándulas de calamares empleados en la fabricación de tintas de esos tiempos podrían revelar o no la veracidad de esos incendios amorosos. No importa, da igual.

En 1914, Nervo pierde su trabajo diplomático, pero lo recupera con el triunfo de Carranza. En 1918 fue ministro plenipotenciario en Argentina y Uruguay. Una cauda de homenajes lo persigue mientras una grave nefritis mengua la felicidad de su éxito. La vida da y quita al mismo tiempo. Murió en Montevideo. El regreso de su ataúd a México fue una apoteosis. Había muerto «el mayor poeta de América».

JOSÉ JUAN TABLADA
(1871-1945)

Tablada se entregó muy pronto al periodismo, en el año de 1891 trabajaba para *El Universal* de Reyes Spíndola. José Emilio Pacheco ha explicado que el poema «Onix» inicia el movimiento simbolista o decadente en México.

«Misa negra» irritó a los porfirianos eminentes y a Carmen Romero Rubio, esposa de Porfirio Díaz. Apareció en el periódico *El País*, la última estrofa dice así:

Y celebrar, ferviente y mudo,
sobre tu cuerpo seductor,
¡lleno de esencias y desnudo,
la Misa Negra de mi amor!

En 1898 crearon entonces una nueva casa para la literatura con los dineros que Jesús Valenzuela obtuvo de la venta de unos terrenos en la colonia Roma: *Revista Moderna*.

Tablada abandonó el camino que le había trazado su amigo Ruelas, dejó la oscuridad, optó por la extraña luz del deporte y se convirtió en importador de vinos. Hizo dinero. Se construyó una casa en Coyoacán. Viajó a París después del triunfo revolucionario. Vivió exiliado en Nueva York hasta que Carranza lo nombró secretario de la representación de México en Bogotá. Años después volvió a Nueva York, escribió y publicó en 1927 una *Historia del arte en México*. Sus memorias reunidas en dos tomos, *La feria de la vida* y *Las sombras largas*, restauran su vida y su tiempo. Murió en Nueva York de un mal cardíaco.

EL SIGLO DIEZ Y NUEVE

Las oficinas de *El Siglo Diez y Nueve* estuvieron en Eje Central (antes Santa Isabel), entre Artículo 123 (antes calle de Rebeldes) y Victoria. En la sociedad porfiriana, los periódicos ocuparon la mayoría de las veces el lugar de los libros. Los últimos treinta años del siglo XIX cuentan la historia de un sueño: el del México moderno. La literatura y el periodismo relatan la trama de esa ambición. En ambos frentes, se trata de un verdadero sueño nacional —que poco a poco fue perdiendo toda su carga de promesas— que creyó posible, al fin, la grandeza y la prosperidad que dejaban atrás la orilla miserable del pasado para dirigirse al paraíso del progreso. El arranque histórico lo marca el ejército triunfal de Porfirio Díaz. Y en un país que hizo sonar las campanas del optimismo y el gozo confiado en el futuro inmediato, la literatura fue, también, una celebración que viajó en ese auténtico tren de la esperanza cuyo destino final e improbable era la utopía. El periódico *El Siglo Diez y Nueve* fue una de las grandes instituciones liberales del periodismo decimonónico. Lo fundó Ignacio Cumplido en 1841 y atravesó todo el siglo hasta desvanecerse. A su regreso a México, lo dirigió Francisco Zarco.

EL UNIVERSAL

En Alcaicería número 212, hoy calle de Palma, entre Tacuba y avenida 5 de Mayo, estuvo el periódico *El Universal*. A partir de 1890, en sus páginas escribieron Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), Carlos Díaz Dufoo (1861-1941), Federico Gamboa (1864-1939), Justo Sierra (1848-1912).

La aventura más arriesgada y cierta, una de las obras más notables de la cultura mexicana,

fue el periodismo del siglo XIX. La edad apacible de la modernización porfiriana produjo varios periodismos. Una posible división ofrece varios momentos en el tiempo: el primero es el de la esperanza, son los años de construcción que van de 1876 a 1888. En ese tiempo de ilusiones, la prensa no fue muy distinta de la liberal-militante, era libre y las instituciones más batalladoras, *El Siglo Diez y Nueve* y *El Monitor Republicano*, aún no perdían su poder crítico; se funda además, *El Diario del Hogar* de Filomeno Mata en 1881 y *El Tiempo* de Victoriano Agüeros en 1883 —uno liberal, el otro católico—. El patrocinio directo fue una de las armas más eficaces que usó Porfirio Díaz; subvencionando compitió y arruinó a la vieja prensa. Así, en 1878, un grupo de escritores fundó *La Libertad*, que fue la casa del positivismo y el reino de la celebración.

La segunda prensa de esos años fue la del entusiasmo; va de la llegada de los «científicos», en 1888, a la cuarta reelección de Díaz, en 1893. Los diarios fueron entonces menos libres: la figura presidencial era monárquica y su autoritarismo, feroz. El comentario crítico desaparece de los periódicos y la oposición vive el trajín de las persecuciones, las demandas y las visitas a la cárcel de Belén. Los diarios que alcanzaron mayor vuelo en esos años fueron *El Partido Liberal* y *El Universal*. Si la voz política se esfuma de las columnas, la literatura aparece con una fuerza inopinada; las páginas de estos diarios son muchas veces auténticas lecciones de periodismo.

La tercera fue la industrial y, también, la de la desilusión; avanza rumbo al desmoronamiento del régimen a partir de 1896 y va a parar al nuevo siglo, en el turbulento 1907. Se trata de un sueño vencido, del derrumbe de la mentira porfiriana enamorada de sí misma. Por supuesto, el líder, el máximo de los linotipos y las imprentas, fue Rafael Reyes Spíndola, quien importa técnicas nuevas del periodismo estadounidense, encumbra al *reporter*, se plagia la *interview* y arrincona a los escritores como si fueran adornos prescindibles, anacrónicos, inútiles. Ese nuevo periódico se llamó *El Imparcial*.

GRAN CAFÉ LA CONCORDIA

En la esquina de Madero e Isabel la Católica estuvo La Concordia. Corría el año de 1868, los escritores liberales Ignacio Ramírez y Manuel Payno tomaban café en una de las mesas de esa esquina e intrigaban contra sus enemigos políticos y sus rivales literarios. En la oscuridad, las sombras atravesaban las calles enfangadas.

Veinte años después de que Payno y Ramírez intercambiaran juramentos de venganza contra sus adversarios, en ese mismo lugar, Manuel Gutiérrez Nájera tomaba café con coñac y escribía uno de los miles de artículos que redactó en mesas de café, vestíbulos de teatro y gabinetes umbrosos. Con frecuencia lo acompañaban Amado Nervo, Luis G. Urbina, Jesús Valenzuela. Hablaban de la melancolía, la enfermedad del fin de siglo. La Concordia era una casa colonial construida por Lorenzo Rodríguez, dedicada a los servicios del café y el restaurante. Por los amplios ventanales podían verse las pequeñas mesas cubiertas de mármol entre dos pequeños bancos forrados de terciopelo rojo. En todos los salones había divanes forrados de terciopelo y las paredes estaban decoradas por grandes espejos. El edificio fue derruido en 1906; en su lugar se construyó la aseguradora La Mexicana, obra de Genaro Alcorta.

SALÓN PETER GAY

En Portal de Mercaderes y San Francisco (hoy Madero y Zócalo) estuvo en el año de 1901 el

famoso Salón Peter Gay, cantina-bar al que acudían políticos, militares, periodistas.

Peter Gay era un cincuentón con tendencia a la obesidad que siempre atendía detrás de la barra a los parroquianos de la sociedad porfiriana en un pequeño local, una pieza solamente. La barra de Peter Gay se distinguía en la ciudad por su gran surtido de licores. Gay hablaba dos o tres idiomas y siempre traía en la cabeza un fez rojo con una borla de seda negra colgante.

Cuenta Ciro B. Ceballos en sus memorias *Panorama mexicano, 1890-1910*:

Los empleados públicos que en una hilera de hormigas humanas, terminadas sus labores, salían por la puerta central del Palacio Nacional: los dependientes de las casas comerciales situadas en el contorno, los abogados que salían del Palacio de Justicia, [...] los políticos militantes y los [...] murmuradores y despechados, los militares en servicio activo [...], los periodistas famélicos y abnegados de la oposición [...], todos, [...] hasta los vendedores de baratijas, [...] [pasaban alguna vez a tomarse una copa en el Salón de Peter Gay]. Si no podían adquirirla del elegante coñac aromático, costoso y dorado, se conformaban con ingerir un «cartucho» del democrático tequila amarillento, transparente y venenoso, [...]. O bien, tomaban un «gatito» de amargo y áspero mezcal potosino, claro como el agua y maligno como el diablo, que una vez ingerido se subía a la cabeza arañando las tripas como un tigrillo, encendiendo en la sangre un infernante fuego de tizón o ardorosa llama.

EL DIARIO DEL HOGAR

En la esquina de Filomeno Mata y Tacuba estuvo el edificio que albergó las oficinas del periódico *El Diario del Hogar*, fundado por Filomeno Mata en 1881.

Filomeno Mata murió el 2 de julio de 1911. Juan Sarabia asumió entonces la dirección de *El Diario del Hogar*. El 15 de diciembre de aquel año, el periódico publicó el Plan de Ayala con la previa autorización, según cuentan los cronistas, del presidente Madero. «Sí, publíquelo para que todos conozcan a ese loco de Zapata», dijo el presidente.

BERNARDO COUTO (1880-1901)

Según los diarios de la época, 1898 fue el año en que se extendió el sistema bancario mexicano y se inauguró el ferrocarril Mérida-Campeche, que unía el último rincón del país con el resto del territorio. *El Imparcial* consignaba el malestar de los yaquis en el norte y ponderaba al general Ignacio Bravo, que más tarde apagaría a sangre y fuego a los mayas de Quintana Roo. Pero también fue el año en que apareció por primera vez la *Revista Moderna*, esa especie de «contrasueño» nacional que construyeron, al principio, Tablada, Jesús E. Valenzuela y Bernardo Couto. Desde su fundación, en julio de aquel año, hasta su desaparición en junio de 1911, cuando ya se llamaba *Revista Moderna de México*, los escritores que la integraron se negaron a que sus producciones fueran una extensión más de la estética porfiriana. Entonces, la libertad, la audacia y la novedad se adueñaron del tono y el contenido de la revista.

El producto más acabado de la mitología «maldita» es Bernardo Couto. Su leyenda, una promesa incumplida, Couto —o Coutito, como lo llama Tablada en sus *Memorias*— pagó con su vida el mito del artista adolescente devorado por la pasión literaria. Bien visto, Couto fue víctima de sus cualidades: la agresividad y el exceso de la prosa. La misma leyenda lo retrata perdido en burdeles y cantinas, consumido por la droga y el alcohol, concibiendo en el delirio una obra lo suficientemente terrible como para romper la pared entre la vida y el arte. Murió a los veinte años y dejó un libro de doce cuentos: *Asfódelos*.

Acerca del autor

RAFAEL PÉREZ GAY (México, 1957). Entre su obra destacan *Me perderé contigo* (1988), *Esta vez para siempre* (1990), *Llamadas nocturnas* (1993), *Paraísos duros de roer* (2006), *Nos acompañan los muertos* (2009), *El corazón es un gitano* (2010), *El cerebro de mi hermano* (Premio Mazatlán de Literatura 2014) y *Arde, memoria* (2017). Desde hace años la prosa de Rafael Pérez Gay se publica en periódicos y revistas; en 1997, 2001 y 2007 reunió una parte de su periodismo literario en los libros *Cargos de conciencia*, *Diatriba de la vida cotidiana* y *No estamos para nadie*.

Estudió Letras Francesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y ha publicado numerosos artículos y textos sobre literatura francesa. Sus ensayos sobre la prosa y el periodismo del siglo XIX, y acerca de climas porfirianos, autores decadentistas y encrucijadas culturales de fin de siglo, han aparecido en diversas publicaciones a lo largo de más de veinte años.

Diseño de portada: Genoveva Saavedra
Fotografía de portada: © Shutterstock / Everett Collection

© 2018, Rafael Pérez Gay

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: septiembre de 2018
ISBN: 978-607-07-3950-7

Primera edición en formato epub: septiembre de 2018
ISBN: 978-607-07-3963-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE